





# EL VARÓN DE CASTILLA

José Antonio Ramos Rubio

**T** Tau  
Editores

©De esta edición, 2023

TAU EDITORES

Cuesta de Aldana 6

10003- Cáceres

[www.taueditores.es](http://www.taueditores.es)

©Del texto: José Antonio Ramos Rubio

© Diseño de cubierta: Juan Díaz Bernardo

I.S.B.N.- 978-84-127250-6-3

Depósito legal:cc-00172-2023

Impreso en España

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).”

*A los hombres que derramaron su sangre  
por una causa justa*



## Capítulo I (1378—1402)

*Corría el año 1378.....*

Son los últimos días de la primavera, los campos de Trujillo verdean, pronto se tornarán amarillos. A lo lejos, el extenso horizonte donde domina la fortaleza moruna. En torno a Trujillo, el peñascal, el berrocal, por donde un esclarecido mozalibete del linaje de los Chaves procedente de Ciudad Rodrigo va galopando a Trujillo.

Esta población se incluía en el reino de Castilla, en la conocida Extremadura—Leonesa, situada entre las cuencas de los ríos Tajo y Guadiana.

Nuño, que así se llamaba, era un hombre fuerte, de mirada penetrante, bien proporcionado y de rasgos regulares. Buena impresión le produjo a Nuño esta tierra, sembrada de caseríos y verdegueante de árboles y pastos. Atrás quedaba su familia, sus hermanos Diego, Gonzalo y Fernán; y el recuerdo de su padre Juan Alfonso de Chaves que había ejercido cargos públicos importantes en el gobierno de Ciudad Rodrigo, y que había destacado en la defensa de Ciudad Rodrigo cuando fue atacado por Enrique II de Trastámara. La familia de Juan Alfonso tuvo que huir a Portugal, una vez que el reino estuvo reducido al rey Trastámara. Cuando el rey Enrique II les permitió regresar a

su reino, Nuño García de Chaves se marchó a Trujillo a probar fortuna, mientras que sus hermanos en compañía de su madre Aldonza Manuel, regresaron a Ciudad Rodrigo donde recuperaron algunos de sus privilegios.

La familia Chaves se granjeaba la amistad de Ferrand Matheos, señor del Alcazarejo, vinculado a los Altamirano, el linaje más destacado de Trujillo y que tenía su origen en la tierra de Ávila. Era un hombre bueno y justo, aunque algo tozudo; años atrás, cuando la edad se lo permitía, se distraía en la caza y en la guerra. Ferrand iba a acoger con agrado en su casa a Nuño.

El joven llegó ante los muros de la villa trujillana por el lienzo norte, tras atravesar la puerta de Coria, entró en la ciudadela para dirigirse al Alcazarejo, produciéndole un mayor interés las casonas que se encontraban a cada lado de su camino; sobre todo, las de Juana García, esas que treinta y ocho años después se convertirían en el convento de monjas franciscanas de San Francisco el Real. De frente, se encontró con la tardorrománica iglesia bajo la advocación de Santa María, con su torre campanario, de cuatro cuerpos y articulada de vanos, que a medida que gana en altura va aumentando el número de huecos, rematando el conjunto una cornisa volada sobre canecillos. Las funciones litúrgicas más solemnes se reservaban a este templo.

El espacio urbano de la villa se conformaba como un marco excepcional en el cual se articulaba un conjunto de vivencias y realidades de signo muy distinto. Este marco urbano se encontraba rodeado de murallas; un complejo orgánico, vivo, en el que operaban fuerzas de muy distinto signo y que mantenían continuo el ritmo de la comunidad. De esta forma, la existencia de murallas es la primera realidad diferenciadora a tener en cuenta ya que permite configurar, delimitar y precisar el espacio netamente urbano conocido con el término *villa*, allí vivía la nobleza local, formada por hidalgos y caballeros.



Esto fue lo que se encontró Nuño a su llegada a Trujillo, un cerco murado y una compleja estructura defensiva, que si en un primer momento desempeñó una función primordial frente al enemigo musulmán, en la Baja Edad Media la conflictiva situación política castellana fue determinante para su reforzamiento. La muralla de la villa necesitó en no pocas ocasiones de fuertes inversiones que costearan las reparaciones y ampliaciones provocadas tanto por necesidades estratégicas como poblacionales, especialmente las segundas, quizá las más interesantes.

Un campo casi virgen, apenas repoblado, con fortalezas para saciar las aspiraciones nobiliarias y con inmensos términos adhesados para la dedicación ganadera. Aquí en Trujillo, Nuño quiso aumentar su honra y su patrimonio.

En la villa medieval, las personas no vivían aisladas sino que conformaban pequeñas comunidades perfectamente organizadas en función de unos criterios que podían ser muy variables, desde elementos económicos hasta étnicos y religiosos. La unidad fundamental en torno a la que se articula la comunidad es el barrio y la colación. En Trujillo, las colaciones (de connotaciones étnico—religiosas) y los barrios (entidad socio—profesional) estaban bien organizados, al menos en lo que se denominaba *villa vieja*, en la que se localizaba básicamente la comunidad cristiana.

La presencia de judíos y musulmanes quedaba reducida a barrios circunscritos al espacio extramuros. Aunque vivían agrupados en aljamas y morerías, sitas en las zonas de expansión de la villa nueva, sí puede constatarse la presencia de algunos miembros destacados de ambas comunidades, hábiles expertos en oficios de reconocido prestigio, tal es el caso de Abraham Cohen, que era un reconocido cirujano, al que en más de una ocasión tuvo que acudir Ferrand Matheos.

Ante esta realidad, hasta cierto punto discriminatoria, articulada desde las instancias superiores de la localidad, con-

troladas por las poderosas oligarquías de caballeros villanos agrupados en linajes, los únicos recursos que les quedaban al común de la población era la práctica de un asociacionismo elemental materializado en hermandades y cofradías que les permitiera una articulación eficaz de sus intereses y un apoyo mutuo en momentos difíciles. Efectivamente, en el Trujillo medieval siempre existió en el plano de la comunidad un sentimiento de hermandad ampliamente extendido, aunque haya que destacar matices de signo religiosos. Este esquema de agrupamiento y ayuda mutua se vertebró desde la calle, pasando por barrios y colaciones.

Esta era la villa en la que iba a vivir el resto de sus días Nuño García, que continuó a lomos de su caballo hasta llegar al alcázar de Ferrand Matheos. Era la primera vez que Nuño pisaba Trujillo. Por el camino se encontró con algunos jóvenes desgarrados, que llevaban el traje acuchillado; pero también, con hidalgos con capa abierta, calzas, espada y daga al cinto. Nada más llegar a Trujillo se percató de la población tan variada con la que se iba a encontrar. No podía menos de pensar que cada una de aquellas casas envueltas en la sombra guardaban su propio secreto.

Preguntó a unos mozalbetes por el paradero del alcázar y, bajando por una cuesta empinada, llegó a su destino. El alcázar se encontraba en plena muralla la cual dominaba para su defensa, desde su altura se vigilaban los caminos y los campos, así como la defensa de la puerta de San Andrés. Había sido construido en la segunda mitad del siglo XIII, sobre el aljibe árabe califal, ya que en sus orígenes había sido un alcázar musulmán. Nuño se fijó en la puerta de entrada, sobre la que campeaba el simbólico escudo de los Altamirano, las diez monedas en campo de plata. Con sus armas, se sellaban los pesos y las medidas de la villa.

Ferrand era un hombre justo, trataba a sus convecinos muy bien, tenía el rostro lleno de arrugas, las manos anchas y una nariz helénica. En Trujillo era bien conocido por su porte, siempre salía de su alcázar con prestancia, con una gorrita tocada de pluma gallarda y ondulante; otras veces, se dejaba ver armado, con loriga y coraza relucientes y, con su inseparable espada. Estaba casado con Estefanía de Torre, piadosa señora que vivía rodeada de sus doncellas, dedicándose a obras de beneficencia. Tuvieron varios hijos, Alfonso Ferrández Altamirano, Gonzalo Hernández de Torres (que sigue el mayorazgo de los Torres con doña María), Álvaro Fernández Altamirano (su hija Estebanía Fernández Altamirano se casaría con Lope Alonso de Hinojosa, hijo de su cuñado Alfonso Álvarez de Hinojosa), Teresa Fernández Altamirano que varios años después se casaría con el anciano Alonso Álvarez de Hinojosa y tuvieron a Teresa de Hinojosa que se casaría en Córdoba con un sobrino del arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio.

El sentimiento feudal del honor estaba muy presente en Ferrand. El sentimiento formal del honor era muy fuerte entre los nobles trujillanos, una falta contra la decisión de un noble era considerada como una ofensa mortal.

Pretendía casar a Nuño García con su hija Teresa Fernández Altamirano, la más hermosa de la villa trujillana y a la que no se le permitían otras distracciones que contemplar desde una ventana los juegos de los niños de Trujillo y acudir a los oficios litúrgicos cuando las campanas de la iglesia anunciaban el rezo correspondiente. Las campanas de la iglesia era el elemento guía de la actividad humana. Gozaba de relativa libertad. Ferrand tenía sacra veneración por ella. Nuño era un hombre virtuoso, de generosa condición, de conciencia temerosa, tenía muy buena presencia y señoril elegancia. Algunas relaciones de especial cariño debieron existir entre Nuño y

Teresa entre los muros del viejo alcázar, pero con el tiempo no llegaron a cristalizar.

No dejó de llamarle vagamente la atención el que los centinelas le dejasen pasar sin pedirle la consigna, según era la obligación; pero los centinelas ya tenían orden de Ferrand de permitir el paso a Nuño, al cual estaba esperando desde hacía varios días. Ferrand Altamirano había conocido desde hacía muchos años a Juan Alfonso, padre de Nuño. Cuando Nuño llegó al alcázar, y una vez que había descansado de su largo viaje, Ferrand se sentó junto a él al abrigo del fuego de la chimenea del salón principal.

—Llegaste muy tarde.

—Pues no me he entretenido por el camino.

Ferrand varias veces se quitaba el sombrero para rascarse la cabeza, la cual, a excepción de la coronilla, que tenía calva, estaba cubierta de pelos gruesos y ásperos que le caían por el cuello. Le contó que los años pasan con rapidez, que le aterraba cuando contaba los años que había participado en miles batallas, que iba relatando como una inmensa cadena de días, cuyo último eslabón se perdía en la eternidad.

El diálogo quedó interrumpido por la presencia del ama, que presta, se dispuso a atender a los señores, era una mujer de aspecto bondadoso, entrada en años.

—¿Que te apetece comer?—, le dijo Ferrand a Nuño, pegando fuerte con uno de sus puños en el respaldo de madera de la jamuga.

—Con un caldo caliente tengo suficiente—, respondió Nuño.

Ferrand era un hombre curtido en batallas, ya no resonaba en sus oídos los cantos de los hombres de armas, ni la voz del vigía en la torre del homenaje de la fortaleza. El que había participado doce años atrás librando duros combates en una guerra civil castellana a las órdenes del rey Pedro I, generada

en una inestabilidad interna dentro de Castilla a la muerte de Alfonso XI en el año 1350, cuando dejó como heredero al trono a Pedro I. Este era el único hijo varón dentro del matrimonio del rey, pero Alfonso XI mantuvo una larga relación ilegítima con Leonor de Guzmán, que le dio nada menos que diez hijos.

Los hermanastros de Pedro se convirtieron en una poderosa amenaza, y el mayor, Enrique, conde de Trastámara, fue el que mejor jugó sus bazas para ir aglutinando un partido opositor a Pedro I, surgiendo una rebelión abierta entre ambos hermanos. Finalmente fue derrotado, y Enrique acabó exiliándose en Francia a principios de 1356, mientras que otros nobles rebeldes decidieron huir a la Corona de Aragón, siendo acogidos por Pedro IV “el Ceremonioso”.

Entre 1356 y 1367, surgió un enfrentamiento armado entre Pedro I y Pedro IV, “la guerra de los Dos Pedros”, en la que llegó a intervenir en el transcurso de los años Francia, Portugal e Inglaterra. Interviniendo Ferrand Matheos en abril 1367 en la batalla de Nájera, en la que ganó Pedro de Castilla a Enrique, que tuvo que huir a Francia. La victoria definitiva se produjo en febrero de 1367, el ejército inglés encabezado por el Príncipe Negro atravesó los Pirineos en ayuda de Pedro “el Cruel”, y en abril se produce la segunda batalla de Nájera, en la que al igual que sucedió en la confrontación ocurrida siete años antes, gana Pedro de Castilla a Enrique, que no tiene otra que huir de nuevo a Francia. Tras esta victoria, en la corte aragonesa se temía que las tropas anglo—castellanas avanzaran de nuevo sobre Aragón, por lo que Pedro IV, aprovechando la huida de Enrique, decide romper toda relación con este.

En marzo de 1369 se había producido la batalla definitiva en Montiel –Ciudad Real—, donde Pedro fue derrotado. Allí se refugió, y envió un emisario al francés Bertrand du Guesclin, ofreciéndole dinero, tierras y títulos a cambio de que le dejara

huir. Bertrand aceptó y propuso reunirse ambos la noche del 22 al 23 de marzo en el campamento de los mercenarios franceses para sellar el acuerdo. Pero a la tienda del comandante francés llegó también Enrique. Ambos hermanastros se enfrentaron, y Enrique asesinó a Pedro I, poniendo fin a su turbulento reinado.

La guerra civil acabaría unos meses más tarde cuando el ya Enrique II de Castilla logró imponerse a aquellos nobles legitimistas que seguían apoyando a los descendientes de Pedro. Enrique II dio inicio a una nueva dinastía, los Trastámara, que reinaron Castilla durante siglo y medio, y en cuyos enfrentamientos con la corona participaría años después Trujillo, ya que el hecho de que dos ramas de la misma familia estuvieran asentadas en ambos tronos, favoreció la unión dinástica entre las dos coronas a finales del siglo XV con el matrimonio de los Reyes Católicos.

Entre 1378 y 1379, últimos años del reinado de Enrique II de Castilla, supone el triunfo de la alta nobleza y el fortalecimiento de la poderosa institución de la Mesta, con la consiguiente crisis de la actividad agraria y los progresos en la ganadería lanar. El mérito de una hacienda desahogada tuvo mucho que ver con la política de aproximación de la comunidad judía en el gobierno, aunque los vientos soplaban en una dirección desfavorable para los hebreos, sobre todo a niveles locales como era el caso de la villa de Trujillo.

Ferrand, continuando su conversación, le contó a Nuño que a su linaje perteneció el héroe de la toma de Trujillo, Fernán Ruiz de Altamirano, que fue el primer alcaide de la fortaleza. Fueron señores de Orellana la Vieja, población situada al sur de la tierra de Trujillo junto al río Guadiana, que el rey don Alfonso le había concedido en el año 1335 el señorío de Orellana a su pariente Juan Alfonso de la Cámara, desde entonces se llamaban también Orellana, utilizando el topónimo como

apellido indistintamente que Altamirano, teniendo el mismo escudo los Orellana y los Altamirano. Eran dos ramas de la misma familia.

Juan Alfonso de la Cámara había fundado el mayorazgo de Orellana en la persona de su hijo primogénito, Pedro Alfonso. Éste recibió todos los bienes que constituían el patrimonio del señorío, que en esos momentos estaba formado por una casa solariega junto a la Alberca en Trujillo, la Casa Fuerte de Orellana, dos casas más en Trujillo y otros bienes en el lugar de Orellana, como molinos y norias, situados a orillas del Guadiana, y las tierras de pastos y cultivos de su demarcación.

Nuño, después de los sucesos históricos referidos por Ferrand y cansado de su extensa conversación, se marchó a sus aposentos.

Desde su llegada a Trujillo, Nuño tardó años en construir su casa fuerte junto a la puerta anexa a la románica iglesia de Santiago apóstol. En una zona en la que no existían defensas, a excepción de la muralla y de dos torres cuadradas que aún se mantenían en pie desde la época romana. Ese fue el lugar elegido por Nuño para construir su casa fuerte, a la que dotó de muros admirables, una esbelta torre—homenaje y de ricos ornamentos para mayor ennoblecimiento de su futura familia.

Se ganó la confianza de Esteban Fernández del Bote, Corregidor de Trujillo, para obtener los permisos necesarios para la construcción de su casa, además, le envió un joven escudero, para que le asistiese. Era de noble cuna, aunque su linaje tenía un rango muy humilde dentro de la jerarquía de la nobleza. Parecía alegre y muy locuaz. El adolescente se presentó ante Nuño vestido con pantalón, camisa, chaleco y calzas.

—Haré cuanto pueda por serviros a vos. Yo os asistiré y serviré, estaré por entero a vuestras órdenes —añadió irguiendo su enjuto cuerpo—.

Mientras tanto, Nuño participó en luchas fronterizas con los moros andaluces, desde esta tierra marginal, fronteriza y erizada de fortalezas. Era una época convulsa, de abundantes intrigas palaciegas y luchas nobiliarias que ensangrentaron varias páginas de la historia de Trujillo. El escudero le acompañaba, se encargaba de trasladar el escudo del caballero cuando éste se dirigía a la batalla, pero no participaba en la misma, era un mero observador. Además, el escudero mantenía las armas de su señor, cocinaba para él, acudía a actos sociales y, en definitiva, servía a su caballero en todas sus necesidades.

La corte castellana se fue llenado de luto. El rey Enrique II falleció el 29 de mayo de 1379 en Santo Domingo de la Calzada, tras doce días de dolencia. Su cuerpo fue trasladado a Burgos, donde continuaría viaje a Valladolid y, finalmente, a Toledo, donde fue enterrado en una capilla de la catedral. Con su muerte desaparecía el primer monarca de la dinastía Trastámara. Cinco meses después nacería en Burgos el futuro Enrique III, hijo de Juan I de Castilla y de Leonor de Aragón.

Mientras tanto, Nuño en Trujillo comenzaba a hacerse un hueco entre la nobleza. Lejos de enamorar a Teresa Fernández, hija de Ferrand, conoció a Marina Alfonso de Orellana, una joven de trece años de edad que respiraba una santa fe católica, sincera y candorosa, y una piedad transmitida por su madre. Se pasaba horas arrodillada sobre un almohadón de un reclinatorio. Esta pureza brillaba también en todos los actos públicos.

Una fría mañana se presentó Marina velada con tres damas de pura estirpe trujillana en el interior del templo de Santa María a dar un toque de religiosidad en el ambiente. La dama permaneció alejada, observando atentamente. Nuño, que estaba arrodillado, no la quitaba ojo. La dama traía consigo las tradiciones piadosas de sus antepasados, que habían sido patronos de la iglesia parroquial. Se acercó ante la imagen de



Nuestra Señora de la Asunción con un presente, extendió su mano y encendió una vela tocando suavemente los pies de la sagrada imagen. La dama al pasar cerca de Nuño, levantó el velo. Su cara tenía un sello aristocrático y denunciaba una inteligencia viva, ambas miradas se cruzaron. Al finalizar la ceremonia, Nuño siguió a aquella joven por las angostas calles de la villa, con paso incierto y temblorosa actitud, iba abriéndose paso entre la muchedumbre en una mañana de mercado. Al pararse ante un gran portalón, Nuño se percató del linaje de la joven, Orellana, era hija de Martín Alfonso, perteneciente al señorío de la villa de Orellana la Vieja, noble que había quedado viudo meses atrás por una grave infección en la garganta.

Cuando Marina traspasó la puerta de su casona, la soledad y el aburrimiento cayeron como un inmenso manto sobre la plazuela de San Andrés. Luis cerró los ojos durante unos momentos, como si hubiera dejado de existir.

Desde aquel día, aquella dama despertó una pasión constante en el joven Chaves. No era un ardor de absoluta pureza moral.

Día a día, se acercaba por la casa de la dama para intentar verla. Hasta que una tarde consiguió hablar con ella, en incentivo de coloquio amoroso.

La estancia en la que vivía la joven tenía tres ventanas abiertas a la calle. Cada día se asomaba desenvuelta esperando ver a aquel joven. Aquel día vestía un traje muy tableado. Se sentaba a bordar en uno de los asientos de piedra o cortejadores que tenía en una de las ventanas; de frente de una matrona respetable de alta estatura, delgada y tiesa, que cubría su cabeza un tocado blanco apretado que le ocultaba el pelo y en lo alto formaba un promontorio en forma de grandes cuernos. A veces se entregaba a los placenteros ensueños mirando por la ventana. La muchacha bordaba, con gracia, tenía una frente ancha, blanca y despejada. Su rostro era bastante ovalado y su

piel era una pureza asombrosa. La matrona vestía un corpiño ajustado y una falda, abrochado con cordones que bajaban hasta la cintura, permitiendo ajustar la talla para conseguir un ajuste personalizado. Los extremos de los cordones estaban equipados con puntas metálicas que facilitaban mucho el enhebrado. Por su parte, Marina, lucía un bonito vestido de terciopelo rojo y detalles ocre, y una cofia de tela azul celeste con papagayos verdes.

Marina, intentaba esforzarse en disimular su amor hacia Nuño. El único interés que tenía Nuño era hacerla comprender que la amaba, pero siempre se ponían obstáculos en su encuentro. Las ocasiones se presentaron en vano, y aunque Nuño redoblase sus esfuerzos para conseguir hablar a solas un momento con la dama, todas sus tentativas terminaban del mismo modo y con sentimiento de amargura.

Ya por fin, el joven, en un alarde de voluntad, encontró el momento propicio para declararse. Se personó en la casa de la joven y tras saludar al guardia de la puerta, atravesó un largo pasadizo hasta llegar a los aposentos privados de Martín Alfonso, padre de Marina, un caballero demacrado por la angustia de haber perdido en varias batallas a algunos de sus hijos varones. Según avanzaba hacia la estancia, en el establo, escuchaba el chocar de espuelas.

Esa mañana Martín Alfonso estaba reunido con sus amigos Alvar Alfonso, Garçi Sánchez y Johan Alfonso. No habían hecho nada más que llegar del portal de la iglesia de San Martín, donde se reunía frecuentemente el concejo, a campana repicada y por mandato del alguacil de la villa, para tratar asuntos importantes. Palabras recias y torpes risas. Se disculpó y atendió presto a Nuño.

El joven Chaves se acercó a él, latiéndole el corazón. Hubo un silencio. Ambos permanecieron unos segundos inmóvi-

les, mirándose. Martín Alfonso, sonrió, se mostró tolerante y aceptó en su familia al joven Nuño.

Aquel hombre le inspiró a Nuño una confianza instintiva, pero al mismo tiempo intuía que su actitud comprensiva podría ser una habilidad destinada a conocerle mejor y saber de sus intenciones con su hija.

—¿Qué puedes ofrecer a mi hija?— le preguntó.

—Entregaré una dote consistente en el patrimonio de mis tierras, le contestó Nuño.

— ¡Pardiez! —exclamó— Pues firmaremos por escrito la “carta de arras”, prosiguió Martín Alfonso con ardiente entusiasmo.

Nuño encongiéndose de hombros, rompió a reír.

Seguidamente, llamó a Marina para encontrarse con su amado. Nuño se puso en pie al punto. Levantando la vista, vio el bello rostro de Marina. La dama se sonrojó y se fue a sentar en una jamuga junto a su padre, sus ojos se cubrieron de lágrimas de alegría y una desvaída sonrisa pasó por sus labios, silenciosa y encogida. Nuño, que no estaba menos agitado, recorrió con la mirada a la joven y le contó, en un ensayo de aproximación gradual, que su padre le había aceptado. Ella exhaló un breve suspiro de satisfacción. Fue un momento delicioso para los enamorados.

A Ferrand le llegó la noticia del desposamiento de Nuño y Marina. Montó en cólera. Envió emisarios para que Nuño desistiera de tal despropósito.

—No me obligarán a prometer mi mano a esa joven —Teresa Fernández—; porque desde ahora juro solemnemente que la repudiaré al otro día.

Nuño se despachó sobradamente con los emisarios que había enviado Ferrand, hablando con insólita resolución.

Cuando los mensajeros llegaron ante Ferrand, tras un momento de imperceptible titubeo, exclamó:

—Sea como dice Nuño.

Así pasaron los años. Una vez terminada su casa—palacio, Nuño se casó un caluroso día del mes de julio del año 1382 con Marina Alfonso de Orellana, en la iglesia de Santiago Apóstol. En el interior del templo destacaban los vestidos de color rojo, hombres vestidos de seda bermeja con gorros de seda verde y las mujeres vestidas con abundante seda violeta sobre hacanea o con gualdrapa de seda azul. Pero, sobre todo, el rojo haciendo gala de boato orgulloso.

Mientras tanto, Ferrand Matheos estaba recluso en su casa—fuerte, desasosegado y de mal temple.

—Ya se oye el repicar de campanas.

— Sí, anuncian los desposorios de Nuño y Marina —agregó como entre dientes un lacayo—.

—¡Oh, mala landre para mi hacienda! —exclamó enojado Ferrand—. ¡Qué feliz hubiera sido si se hubiera puesto los ojos en mi hija!

Teresa Fernández, en su alcoba, al verse despreciada, arrugó entre sus manos un fino pañuelo de encaje para enjugar las lágrimas que se habían agolpado en sus oscuras pestañas.

Con este matrimonio quedaban los Chaves unidos a los Altamiranos y a todos los avatares que protagoniza este linaje en la ciudad. Nuño tenía diecisiete años y Marina Álvarez dieciséis años. Después de la ceremonia, los esposos y sus invitados se trasladaron al cercano palacio para disfrutar del banquete. Iban acompañados por varios juglares que tocaban varios instrumentos, el laúd, el caramillo, la viola y el rabel. Desde las primeras horas de la mañana se había estado organizando por parte de los sirvientes, los cuales tuvieron la tentación de comer a hurtadillas algo de aquellos manjares.

Marina era una hacendosa mujer que tenía abastecida su casa de todo lo necesario para el alimento, ropas y los uten-

silios precisos para las actividades domésticas. Mantenía el fuego en las estancias para iluminar, calentar la casa y para condimentar los alimentos. En la parte trasera del palacio tenía el matrimonio un huerto donde podían aprovisionarse de los alimentos diarios. Además, tenían aves de corral y cerdos.

Por las tardes, se dedicaba afanosamente a su pequeño telar de ruecas y, a veces, acompañaba a su esposo a los frecuentes torneos que se celebraban delante de la recién construida iglesia de San Martín de Tours, fuera de las murallas.

En tiempos de paz, los nobles trujillanos organizaban torneos, una fórmula para que los caballeros aprovecharan las pausas en las campañas bélicas. Esto permitía mantenerlos ocupados, mejorar la coordinación con sus compañeros y ejercitar maniobras conjuntas que implicaran el uso del caballo y la lanza. Se trataba de acontecimientos costosos, lo que venía muy bien a sus promotores, ya que el gasto garantizaba su fama de generosos, y la generosidad era una de las virtudes más valoradas en un rey o un noble. En definitiva, una fiesta para consumo y deleite de la aristocracia.

Había todo un ceremonial en estos festejos. Diversos caballeros concededores de las reglas hacían las funciones de jueces, supervisaban el correcto estado de las armas y tomaban juramento a los participantes sobre su noble comportamiento; otra figura importante era el rey de armas, encargado de anunciar a los distintos contendientes. Los caballeros tenían que especificar su linaje, pues sólo podían enfrentarse entre sí los de un mismo nivel, y situar su estandarte en el campo. El torneo predilecto de los nobles trujillanos era el enfrentamiento, frente a frente, con su montura y lanza; vencía quien rompía más lanzas contra el rival. Al principio, se hacía sin separación entre los caballeros, pero con el tiempo se colocó una valla entre ambos para garantizar la seguridad.

Nuño propinaba en todos sus lances a sus adversarios certeros golpes. En aquellos tiempos los nobles estaban hechos a pelear y si no era en el campo de batalla, medían sus fuerzas en los torneos.

Nuño y Marina tuvieron varios hijos. Antes de marcharse a la campaña militar de Atoleiros, su esposa estaba a punto de dar a luz a su primogénito, Juan de Chaves.

Era el mes de abril de 1384, Nuño tuvo que partir con su hermano Gonzalo a Portugal. La batalla de Atoleiros tuvo lugar en 1384, en el marco de la crisis de 1383—1385, donde Castilla quiso aprovechar la anarquía que sufría Portugal por la falta de herederos varones a la muerte del rey Fernando I para anexionarse el reino de Portugal en la Península Ibérica. Ante la decisión de la mujer del rey de escoger a Juan I de Castilla como marido para su hija, hecho que supondría una pérdida de independencia para Portugal frente a la vecina Corona de Castilla, muchos nobles que habían apoyado a otros pretendientes al trono portugués a la muerte de Fernando I de Portugal se opusieron.

Estos nobles que apoyaron a Juan, el maestre de Avís, comenzaron a hacer actos hostiles y comenzaron una guerra abierta contra lo que ellos entendían como una usurpación del trono portugués tomando algunas ciudades como Lisboa o Évora.

Ante esta situación, Juan I de Castilla dirigió un ejército hacia Portugal y tomó la corona al obligar a su suegra a abdicar de la regencia. Nuno Álvares Pereira venció a la caballería castellana, a pesar de su superioridad numérica, gracias a la utilización de una táctica militar de inspiración inglesa, la “táctica del cuadrado”. En esta batalla participó Nuño García, una de las más lóbregas para el ejército castellano.

Tendíande las tiniebas sobre el llano y en el valle donde se dieron cita los ejércitos reinaba un silencio absoluto, a ex-

cepción de algún suspiro o de algún grito de dolor. Nuño, que de niño había aprendido a pelear cabe el estribo de su padre, espoleó al caballo y junto con los nobles que formaban el ejército castellano, se lanzó hacia el enemigo. Los portugueses al ver acercarse al ejército, formaron un enorme cuadrado para, de esa manera, no presentar ningún punto débil ante el ataque de la caballería enemiga. Los castellanos, despavoridos y desperdigados, tuvieron que huir.

Nuño recibió un golpe en su cónico casco. La oscuridad se cerró en su torno; ya no pudo ver ni oír nada, se hundió en el lóbrego abismo. Cuando recobró la conciencia se encontraba en el campamento castellano. Ya no había ruido, la batalla había finalizado, el fragor de las armas, los gritos y el relinchar de los corceles, todo se había hundido tras el horizonte cargado de nieblas. A los cinco días de haber perdido la batalla, y avanzada la mañana, emprendió el camino de regreso a Trujillo acompañado de otros caballeros y de su fiel escudero.

En verdad que las heridas que le infligieron fueron para él una suerte embozada, pues le depararon un buen pretexto para regresar a Trujillo y estar presente en el nacimiento de su hijo.

Esta contienda supuso un fatal resultado para las tropas castellanas; eso sí, Nuño actuó como uno de los más destacados en el campo de batalla.

Gonzalo, hermano de Nuño, se había quedado en Portugal. Había sido herido en el cerco sobre la ciudad de Lisboa, durante los primeros compases del asedio sobre esta capital. Las tropas castellanas llevaron varios días concentradas en las inmediaciones de Lisboa, cuando se declaró un foco de peste que cada día cobraba un alto número de víctimas entre los sitiadores, Gonzalo de Chaves fue una de esas víctimas de la epidemia, junto al maestre de Santiago y el comendador mayor de Castilla, no pudieron esquivar la terrible enfermedad que asoló al ejército castellano.

Gonzalo además de estar herido tuvo muchas calenturas con motivo de la enfermedad que se había cogido en el campamento, se debatía entre la vida y la muerte. Murió a los pocos días. A pesar de las dificultades, las operaciones militares continuaron, no cesaron, y el bloqueo llegó a hacerse efectivo, obligando a los defensores de Lisboa a entablar una negociación. El rey Juan I acabó por rendirse y ordenó el levantamiento de un asedio que duró siete meses.

Nada más llegar Nuño de la frontera portuguesa, apenas habían transcurrido unos días de su pronta recuperación, cuando una mañana, Nuño exultante de alegría gritaba a los cuatro vientos:

—Marina ha dado a luz un varón, a honor y gloria de Dios nuestro Señor.

Podemos imaginarnos el estado de ánimo en que se hallaba Nuño aquella fría mañana de otoño. Un enternecido esposo que se postró de rodillas ante una imagen de la Virgen que tenía en el oratorio antiguo de sus aposentos, ofreciéndose enteramente al servicio de Dios, pues la casa de los Chaves había recibido gracia maravillosa con el nacimiento de su primer hijo, Juan de Chaves, que con el correr de los años llegaría a ser el padre de Luis de Chaves, el protagonista de nuestra historia.

Pasaron los años, sin que operase en Nuño variación alguna, el presente le halagaba y el porvenir le sonreía, ya que fueron naciendo sus otros hijos, Diego García de Chaves en el año 1390, y Gonzalo García de Chaves que nació en 1401.

A finales del siglo XIV Trujillo era una próspera villa con 3.600 vecinos a pesar de haber sido sacudida por los efectos de la peste. La villa dominaba su tierra, donde se extienden aldeas, lugares, ermitas y conventos. Gobernaba Castilla el Enrique III, hijo de Juan I y de Leonor de Aragón, rey de personalidad extraña y contradictoria que debido a una prema-



tura enfermedad que acabaría con su vida siendo muy joven recibió el apodo del “doliente”.

Tras la muerte de Juan I la situación del reino era insostenible. El esfuerzo económico de la guerra había dejado la hacienda real en la bancarrota; la relación con Portugal e Inglaterra era frágil, además contaba con las ansias de poder del primado que quería hacerse cargo de la regencia, contando con la fidelidad de los eclesiásticos y vasallos de Toledo, a pesar de que Juan I había abdicado a favor de su hijo. Enrique III, tras asumir el poder efectivo el 2 de agosto de 1393, a la edad de trece años, consiguió pacificar a la nobleza y restauró el poder real, apoyándose en la pequeña nobleza y desplazando así a sus parientes más poderosos como Alfonso Enríquez y Leonor de Trastámara). Derogó privilegios concedidos por sus predecesores a las Cortes de Castilla, como la alcabala y el derecho de asistir al Consejo Real, impulsó la figura de los corregidores en las ciudades, y saneó la economía del reino. Disminuyó las persecuciones contra los judíos, promulgando varios edictos contra la violencia, que había sido particularmente grave en 1391.

Mientras esto ocurría en la Corte, Nuño vivía en Trujillo con el logro de sus primeras esperanzas, en una población que, en su mayoría, vivía en la villa amurallada, donde abundaban los vestigios medievales, la alcazaba amurallada, casas fuertes e iglesias. Allí residía la sociedad estamental que estaba integrada por una oligarquía formada por una nobleza local, bien considerada en la ciudad y en su tierra, agrupada esencialmente en tres linajes: Altamiranos, Añascos y Bejaranos. Tenían prestigio y poder político y económico.

La mayoría de la población era campesina, pecheros, dedicados a una economía familiar o al servicio de la oligarquía, una agricultura que se combinaba con la ganadería, destacando los cereales y el viñedo. Los cargos concejiles estaban

formados por cargos mayores que eran ocho regidores y dos fieldades, los cargos menores, la venta de las hierbas, el arca, la procuración, la abogacía, el peso, la cuchara y la ida. Los cargos del concejo, aparte de una remuneración importante, tenían otros beneficios como la posibilidad de acaparar bienes comunitarios, la inmunidad, beneficiar afiliados y allegados con los cargos menores y dominar por medio de ellos la vida del municipio.

Entre los años 1398 y 1399 se reanudaron las hostilidades con Portugal. El rey Enrique III dedicó su atención a los asuntos internos de Castilla, intentando reorganizar la administración, favoreciendo a las propiedades y señoríos de los nobles, mientras que los caballeros o villanos, quedaron asimilados a la nobleza reclamando la exención de tributos. El 18 de febrero de 1398 una pragmática determinaba que los no hidalgos a quienes se hubiese dado el privilegio, tenían que contribuir en los impuestos reales o municipales. En las Cortes de Toro celebradas ese mismo año, se definió que la hidalguía era una condición hereditaria que poseían solo los “de solar conocido”, sus esposas, pero no las hijas que casasen con no hidalgos, ya que la mujer sigue la condición del esposo. Este ordenamiento que ya había sido promulgado el 8 de agosto de 1298 en las Cortes de Toro se incorporaría años después a la legislación de los Reyes Católicos.

En el mes de septiembre del año 1399 en algunos países se respiraba un ambiente muy agitado en la vida política y el destino de algunos príncipes iba a tener nefastas consecuencias. El Parlamento inglés se reunía en Westminster para escuchar la declaración de que el rey Ricardo II, vencido y hecho prisionero por su primo Lancaster, había renunciado al trono. Al mismo tiempo, estaban reunidos en Maguncia los príncipes electores de Alemania para deponer también a su

rey, Wenceslao de Luxemburgo, un hombre versátil e incapaz de reinar. En Francia, el rey Carlos VI, tuvo que soportar un feroz enfrentamiento entre las Casas de Orleans y de Borgoña. Luis, hermano del rey, fue asesinado por orden de su primo al duque de Borgoña, Juan “sin Miedo”. Y, no olvidemos a los turcos, que habían aniquilado en Nicópolis el magnífico ejército de caballeros franceses, bajo el mando de Juan de Borgoña. El pesimismo y la decepción eran alimentados con el odio y la violencia, como los principales caminos en una Europa donde la injusticia era poderosa.

Mientras estos acontecimientos ocurrían en Europa, en la Castilla de Nuño García de Chaves, su primogénito Juan de Chaves, estaba creciendo, era un caballero de corta estatura, robusto y de semblante enérgico.

En el año 1401 contrajo matrimonio con Mayor Álvarez de Escobar, pasando a ser el eje de la vida familiar. Mayor Álvarez no quería desposarse con Juan, pero fue obligada por su padre, ya que si no accedía la desheredaría. Un recurso habitual en aquellos tiempos para que la hija aceptase el enlace, eso sí, aportando cartas de dote muy sustanciosas. Esta dote sería administrada por el esposo, aunque no se apropió de ella de forma inmediata tras el matrimonio. Mayor Álvarez actuó como pilar de la economía doméstica, protagonizando actitudes muy firmes destinadas a proteger su fortuna.

No obstante, Juan de Chaves no pretendía desposarse con Mayor Álvarez en un matrimonio de conveniencia. Una dama que había sido solicitada por los más preclaros trujillanos, representaba lo más noble y codiciado de la villa.

Juan y Mayor tuvieron dos años después del enlace matrimonial a Luis de Chaves, que con el correr del tiempo le conocerían con el apodo de “El viejo”. El niño bebió de aquella fe robusta que manifestaban sus padres. Fue bautizado en la

iglesia de Santiago. Luis se empañó durante la juventud de esta piedad con laxitud de costumbres. Revivían en él las devociones tradicionales de Trujillo. Pero, sobre todo, se educó en un ambiente caballeresco, desde niño tenía una imaginación desbordada, rodeado de una atmósfera inteligible donde florecía el ardor militar.



La villa medieval de Trujillo



El Alcazarejo



Casa fuerte de los Altamiranos



Capilla medieval

## Capítulo II (1403—1433)

Nuño García de Chaves fallece de una caída del caballo en el mes de marzo de 1405 en los montes de Guadalupe, lugar al que había ido a cazar. Esta zona estuvo muy visitada desde que a principios del siglo XIV apareciese una imagen de la Virgen y se construyera en su honor una ermita, hoy monasterio. El lugar constituyó un importante nudo religioso y cultural. Y, a la vez que la peregrinación cobraba importancia, surgía toda una red de caminos e infraestructuras para dar respuesta a las necesidades de los viajeros.

Los caballeros que acompañaban a Nuño se hallaban en un pequeño claro del bosque. Montados en caballos. Todos eran de crines y colas largas, alazanes. Un silencio mortal. Parecía como si el firmamento se hubiera desmoronado sobre las cabezas de los presentes. Una vez que recogieron el cuerpo sin vida de Nuño, Ivan de Hinojosa montó en su caballo y se adelantó a dar la triste noticia, para que la familia fuese preparando la mortaja y el sepelio.

Nada más llegar a la puerta del palacio de los Chaves y descabalar, advirtió que la familia ya conocían los pormenores del incidente. Grupos compactos de hombres se encontraban a la entrada. Sus pensamientos no eran difíciles de imaginar. Marina Alfonso vivía en continuo sobresalto, unas veces

cuando su marido se marchaba a los campos de batalla y, no menos aún, cuando iba a cazar. No en vano, vivía en uno de los sotanos de palacio una antigua nodriza que era una verdadera bruja. Hacía tiempo que había vaticinado la muerte de Nuño. Desde luego, los sueños de la vieja se realizaban.

Tras el fallecimiento de su padre, Juan de Chaves pasó a ser el eje de la familia. El corcel negro de su padre ahora le correspondía a él. Nuño falleció el mismo año y mes que nació el infante don Juan en el monasterio de San Ildefonso de Toro. La situación se estaba complicando. La frontera estaba desgarnecida desde que se firmaron las últimas treguas con Granada, de tal manera que los nazaríes comenzaban a combatir tierras cristianas. La expansión territorial del reino cristiano sobre al—Andalus se había detenido prácticamente la segunda mitad del siglo XIII. Ello habría permitido la pervivencia del reino nazarí de Granada, último bastión del Islam peninsular. En el transcurso de los siglos XIV y XV, se habían producido frecuentes enfrentamientos entre cristianos y árabes, choques fronterizos o, en el mejor de los casos, enfrentamientos armados aislados.

Así fue la muerte trágica del esforzado caballero Chaves que había llegado a Trujillo con ansias de triunfar.

Una vez trasladados los restos mortales de Nuño a Trujillo, recibieron cristiana sepultura en el altar mayor de la iglesia de Santiago Apóstol, el mismo templo en el que veintiún años antes se había desposado con Marina Alfonso.

Durante el sepelio, hubo un embarazoso silencio. Marina permaneció durante un rato silenciosa, con los dolientes ojos clavados en el infinito. Exhaló un suspiro. Una vez finalizada la ceremonia fúnebre, Marina se retiró a su palacio y, no pudiendo hablar, se alejó a su estancia, aislándose como por instinto de cierto peligro que parecía achecharla en el trémulo latir de su corazón. El silencio del temor del adiós.



Diariamente, antes del anochecer, entraba en el templo a visitar a su marido, se hallaba desierta en el inmenso oratorio, la luz del crepúsculo penetraba por las rasgadas ventanas, prestando a las majestuosas bóvedas ese tinte de divina sublimidad. De rodillas, con profunda amargura, se confesaba con el padre Anselmo. Las lágrimas corrían de sus ojos. Esos ojos hinchados que miraban al sacerdote con indecible angustia. Asombrado el padre Anselmo de tanto dolor.

Marina Alfonso lloró mucho la pérdida de su esposo. Pasaba la triste Marina días enteros sin tomar aliento alguno, encerrada en su estancia a oscuras.

Pasaron los días y una tarde al salir a la plaza, después de varias horas en la media luz de la iglesia, Marina enfermó. Sus más fieles sirvientes atravesaron el barrio de la colación de San Martín y se adentraron en un tugurio para buscar a un judío que tenía fama de curar a los enfermos. Vivía en uno de los barrios más indeseables, fuera de la villa. Era un día ventoso y plomizo, con amagos de tormenta, cuando llegaron a la casa del judío sanador, cuyo nombre era Cresques ban Abraham, la instante les entregó una pócima secreta que preparaba con diferentes tipos de bebidas. Pero, ese prodigioso brebaje no curó a Marina, a pesar que durante unos días había notado mejoría. Tal era el amor que tenía a su difunto esposo, que pasó varios meses encerrada en el vestusto alcázar, hasta que la llegó el final de sus días. Así murió, cuerda y santamente, aquella dama como mueren los justos, mirando a la muerte, esperando encontrarse con su amado en la vida eterna. Ese era el argumento de las largas y frecuentes conversaciones que mantuvo Marina con el padre Anselmo durante meses.

Sus hijos, Juan, Diego y Gonzalo, formaron el cortejo fúnebre en una ceremonia que contó con los más preclaros varones de Trujillo. Fue enterrada junto a su esposo, en un rico arcón de encina labrada, cubierto con paños de brocado.

El día de Navidad de 1406 doblaban inoportunas las campanas de Trujillo por el fallecimiento de Enrique III. La corona pasaría a un niño que el 7 marzo de 1407 cumpliría los dos años. No obstante, por la minoría de edad, se encargaría de gobierno la reina viuda, Catalina de Lancaster, y el infante de Castilla don Fernando, conocido vulgarmente como Fernando el de Antequera, de la casa de Trastámara, hermano del fallecido Enrique III. Fernando vivió en un ambiente impregnado de ideales políticos. Consiguió reconciliar el reino castellano con el papa de Aviñón Pedro de Luna y consiguió dominar a la nobleza.

Esa mañana habían finalizado las obras de ampliación de una vetusta iglesia, las tapias enjalbegadas, grandes troncos de madera se habían utilizado para su construcción y robustas piezas de sillería arrancadas del berrocal granítico. Los mozalbetes se reunían en el atrio de la iglesia, bajo el porche. Se oía el martillero esporádico de las herraduras sobre el suelo. Allí mismo se celebraba un mercado en la plazuela, frente a la iglesia de la Vera Cruz. Allí llegaban mercancías de todos los lugares, cargamentos de telas preciosas, de marfil, de especias. Los vecinos de la villa se mezclaban con los viajeros que llegaban desde distintos puntos de Europa, sobre todo, con los mercaderes italianos que traían vestidos de seda y ricas telas. artículos de madera y de hierro, frutas, legumbres, hortalizas, cereales, pan (hogaza o amasijo de avena y mijo), cerveza, licores, hierbas medicinales. Incluso, algunos habían entrado en contacto con ciertos piratas que merodeaban por el Mediterráneo.

En 1410, Juan de Chaves contaba con veintiséis años de edad, se marchó a participar en la guerra de Granada, en un año glorioso para el infante don Fernando, consiguiendo su hazaña militar más preciada.

Don Fernando había iniciado en febrero de 1410 su marcha hacia la frontera, desde Valladolid se trasladó a Trujillo, donde

supo que Garci Fernández de Villagarcía se hallaba sublevado por estar en desacuerdo con el maestrazgo de Santiago. Garci Fernández tuvo que huir a Portugal al ser perseguido por las tropas reales, pero fue perdonado por la reina Leonor. Mientras tanto, don Fernando, desde Trujillo, inició una leva en la que intervino Juan de Chaves. Ambos, don Fernando y Juan de Chaves, partieron a Córdoba en el mes de abril, porque los nazaríes habían conquistado Zahara, donde retuvieron como cautivos a hombres, mujeres y niños.

Don Fernando decidió atacar Antequera. Tras duros enfrentamientos, Fernando de Castilla conseguirá el 6 de mayo de 1410 la victoria castellano—leonesa sobre la guarnición nazarí de esta ciudad española. Tras el desastre, el emir granadino intentó concertar la paz a través de su embajador, Zayd Al—Amín, pero el regente castellano se negó, determinado como estaba a obtener una gran victoria que le abriera las puertas del trono aragonés. La victoria otorgó gran prestigio al infante Fernando de Castilla, facilitándole la sucesión en el trono de Aragón, concluida en el Compromiso de Caspe de 1412.

Don Fernando regresó a Trujillo con Juan de Chaves en 1411 para curarse de unas calenturas que le aquejaron en Sevilla. Los frailes de Guadalupe que tenía la propiedad de la cilla de Trujillo, le aconsejaron que en el monasterio de Guadalupe le sanarían mejor de sus dolencias. Y, así fue, una vez curado en el mes de abril de 1411, se marchó a Valladolid a reunirse con la familia real, mientras que Juan de Chaves se quedó en Trujillo administrando sus tierras. El monasterio guadalupense era una referencia en medicina. Hacía veintidós años que habían entrado en el monasterio treinta y tres monjes jerónimos, concretamente, el viernes 22 de octubre de 1389, celebrando su primer capítulo para la elección del prior jerónimo de Guadalupe, cayendo el cargo por unanimidad en Fernando Fernán-

dez de Figueroa. Para elevar el número de romeros, objetivo inexcusable si se pretendía popularizar aún más el monasterio, era necesario que la comunidad proporcionase hospedaje y comida a un elevado porcentaje de aquéllos.

Así fue, los frailes ofrecían a los romeros pobres: aposento y comida gratuita durante tres días, un par de zapatos, servicios sanitarios y algo de pan y de vino para el camino de regreso; y, también, labor asistencial a los enfermos, llegando a tener mucha fama el hospital de Guadalupe y la práctica de la medicina y cirugía. Por dicho motivo, don Fernando pasó varias semanas en el monasterio hasta su total curación.

Por aquel entonces, notábase en Trujillo una extraordinaria actividad constructiva. En 1412 se estaba construyendo la casa—fuerte de Diego García Bejarano, tras su matrimonio con Teresa Gil. Tenía el apodo de “el Rico”, e hizo ostentación de su nombre, levantando en la villa las dos torres cuadrangulares más altas de cuantas se habían permitido los miembros linajudos de Trujillo. Mientras tanto, en la corona castellana se cumplían las treguas con el reino granadino, los regentes acordaron prorrogarlas; movimientos diplomáticos con el fin de conseguir la liberación de centenares de cristianos en poder musulmán, al tiempo que se establecía un pacto por representantes de los reinos de Aragón, Valencia y del principado de Cataluña para elegir un nuevo rey ante la muerte en 1410 de Martín I de Aragón sin descendencia y sin nombrar un sucesor aceptado. La corona castellana iría extendiendo sus dominios.

Entre los candidatos al trono de Aragón estaba Jaime de Urgell, bisnieto del abuelo de Martín, Alfonso IV. Es significativo que ejerciera el cargo de gobernador general de todos los reinos, reservado normalmente al heredero de la Corona. Sin embargo, tenía muchos enemigos en los distintos territorios del reino que se oponían radicalmente a su entronización. El

otro candidato que parecía tener más posibilidades era Luis de Calabria, hijo del duque de Anjou y sobrino nieto del monarca fallecido. En un segundo término estaban el duque de Gandía, nieto de Jaime II de Aragón, y Fernando de Trastámara, un miembro de la familia real de Castilla (era hijo menor de Juan I y, a la vez, sobrino de Martín el Humano). En Aragón y Valencia la nobleza se dividió en bandos según el apoyo que prestaban a Jaime de Urgell y a Luis de Calabria. El problema se complicó cuando fue asesinado por los seguidores de Jaime de Urgell en junio de 1411 el arzobispo de Zaragoza, García Fernández de Heredia, representante del partido angevino (de Anjou), cambiando radicalmente el rumbo de los acontecimientos. Los aragoneses defensores de la causa de los Anjou, viendo que no recibirían de éstos ayuda militar, se sintieron en peligro y decidieron pedir protección a otro de los candidatos a la Corona aragonesa mucho más próximo a sus fronteras: Fernando de Trastámara, que había conseguido una gran victoria en Antequera, envió un ejército de tres mil soldados a Aragón.

Los trastamaristas aragoneses y valencianos, con el decisivo refuerzo de las tropas castellanas, lograron imponerse sobre sus rivales en la batalla de Murviedro, que les dio el control de Valencia, en febrero de 1412. Ante tales acontecimientos, tomó parte en el asunto el papa Álvaro de Luna, que propuso que se nombrara a un grupo reducido de personas para designar en conciencia al sucesor legítimo de la Corona. Efectivamente, fueron nombradas nueve personas, tres por cada reino, que se reunieron en Caspe para decidir quién tenía mejor derecho a la Corona, estudiaron durante meses quién sería el mejor candidato. El 28 de junio de 1412, las campanas de la colegiata de Santa María la Mayor de Caspe doblaron para convocar a los vecinos a conocer el nombre del que iba a ser el nuevo rey de Aragón, reconociendo a don Fernando, infante de Castilla, como nuevo rey.

Pasaron los años. En la ciudad castellana de Trujillo, en el año 1416, Luis de Chaves era un mozuelo de trece años, era el inicio del reinado de Alfonso V “el Magnánimo”, a la muerte de su padre Fernando I. Un reinado que no fue fácil, mientras en Castilla comenzaba a quebrarse el bloque de sus partidarios, en el Mediterráneo, Génova, amenazaba una vez más con infiltrarse en los asuntos de Cerdeña, a la vez que en Sicilia el autonomismo reforzaba sus posiciones y aumentaba sus exigencias. También surgían conflictos en Cataluña con el partido pactista, con la intención de aprovechar los primeros actos de gobierno del joven monarca, con la finalidad de imponer sus reivindicaciones políticas y administrativas, sociales y jurídicas, que no habían sido atendidas por Fernando I. Estos acontecimientos habían creado una atmósfera de recelo entre la monarquía y los estamentos privilegiados. Por otro lado, dos años después comenzaba la vida pública de Juan II de Castilla, bajo los augurios de la boca, día de Aragón.

Luis de Chaves subía cierto día por una de las calles empinadas de la villa, con la espada puesta al cinto, cuando aparecieron en dirección contraria tres hidalgos. Tal vez no les gustó el ademán altivo de Luis. Le provocaron y le arrimaron a la pared con el fin de propinarle una buena tangana. Luis, después de golpearles duramente, echó mano a la espada, la desenvainó.

—Me pagaréis este agravio— les dijo apretando los dientes.

Los hidalgos viendo que la situación era desesperada salieron corriendo calle abajo, Luis corrió tras ellos, que si no hubiera quien le detuviera, los habría matado. Desde aquel preciso instante, comenzó a ser respetado en la villa. Aquel día se granjeó la amistad de Alonso de Hinojosa, caballero que acompañaría a Luis en algunas empresas militares. También colaboraría cierto día con Luis de Chaves y otros caballeros junto con el claverero en el asesinato de Ternero, capitán de la duquesa de Arévalo.

Mientras tanto, Luis de Chaves, iba demostrando un gran temperamento. Sentía una intensa emotividad religiosa. Frencuentemente entraba en el templo de Santiago, junto a su palacio, y se postraba ante la imagen de un Crucificado doloroso de la capilla de los Tapia.

Pasaron los años. Una mañana, saliendo de la iglesia, Luis tuvo que salvar a una dama del linaje de los Barrantes que había sido asaltada en una calleja angosta de la villa. La dama, acompañada de una sirvienta, vestía de brocado verde con extrema riqueza y elegancia, era una mujer bella de cabellos rubios ligeramente ondulados, se había arrimado contra el muro de una casa y pidió ayuda angustiada. Luis entró en la calleja y se puso frente a frente a los dos agresores. Estuvo unos minutos indeciso. Les rodeaba una densa oscuridad y un silencio se adueñó de la villa.

—¿Qué os sucede?

—Estos hombres han intentado agredirme....

—No tengáis miedo, mujer.

Con nervios de acero, frunció el ceño, desenvuelto, echó mano con sus manos vigorosas sobre un cuchillo que llevaba en su cinturón y rápidamente, los dos pendencieros huyeron por las callejuelas perdiéndose por las sombras.

—He visto que salíais sin escolta, y en verdad que los tiempos que corremos no son como para deambular tan descuidado.

—Admiro y estimo vuestra generosidad.

En aquella época, había centenares de intrigas, venganzas, represalias en Trujillo, los habitantes de la villa vivían en constante peligro. Luis acompañó a la dama y a su sirvienta hasta su casa palaciega, en la colación de Santa María. Se trataba de Elvira Barrantes, hija de Guzmán Barrantes, personaje noble de gran reputación en Trujillo, una mujer muy codiciada en la nobleza por su hermosura y galantería. Había obtenido ga-

nancias con el comercio en Europa, que incluían especias, perfumes, joyas, artículos de cuero, pieles de animales y tejidos lujosos. Tras atravesar callejas que estaban desiertas, menzudas candelas colocadas en farolillos, llegaron a la casona de los Barrantes.

Guzmán Barrantes diole gracias con breves palabras y su hija junto con su sirvienta, atravesaron el umbral y se perdieron por los jardines de la casa. Luis se despidió asintiendo con un movimiento de cabeza. La reverencia de Luis fue muy respetuosa.

Luis era un hombre notablemente elegante, gallardo, de fino espíritu que podría haber enamorado a cualquier dama a la que hubiera pretendido.

El escenario donde va a moverse Luis de Chaves no puede entenderse fácilmente sin conocer bien la situación política de Castilla en el siglo XV.

Por las tardes, cuando el sol de poniente lanzaba un rayo de luz por los ventanales del templo de Santa María y la oscuridad creciente proyectaba sombras en torno a las murallas, los nobles e infanzones de Trujillo se congregaban en la iglesia mayor, y rezaban por el bienestar de los soberanos castellanos.

En Trujillo, los nobles buscaban su raíz más profunda en los troncos de los linajes con antiguos bandos, aquellos que habían participado en la ya lejana reconquista de 1233, Altamiranos, Añascos y Bejaranos. La tierra estaba en poder de los grandes hacendados como eran los nobles, el concejo y los conventos (dehesa boyal, ejidos, montes y el aprovechamiento del resto de los campos). La posesión de la tierra daba prestigio, la oligarquía estaba formada por la baja nobleza y los funcionarios del concejo, que detentan el poder económico y social; cuya administración estaba dirigida por el concejo y cuyo funcionamiento estaba regulado en las ordenanzas. La vida del concejo estaba organizada por la asamblea vecinal,



los funcionarios concejiles y los funcionarios regios. Lo más característico de este concejo fue la forma de repartirse los cargos entre los tres principales linajes: Altamiranos, Añascos y Bejaranos.

Estos linajes conforman una estructura de poder que extiende su actuación a todos los niveles en que se organiza el gobierno local. Las demás familias se unen a uno de los linajes, formando los bandos—linajes, uniéndose en lazos sanguíneos. La representación regia del concejo de Trujillo recaía sobre la figura del corregidor y los funcionarios concejiles reincidía en los tres linajes más importantes y se elegían por dos años el día de San Andrés, festividad del patrono de la villa.

Las diferencias que en el control del concejo tienen cada uno de los tres linajes tienen su origen en la reconquista definitiva del año 1233 y en el posterior repartimiento de la tierra de los que se beneficiarán aquellos caballeros principales que por su origen y actuación en dicha reconquista se distinguieron. Los oficios del concejo quedaron así ligados a las tres principales familias cuyos escudos campean en el Arco del Triunfo, lugar por el cual consiguieron las tropas cristianas entrar en la entonces villa agarena. Los regidores del gobierno de la ciudad y su tierra, son elegidos de entre los citados linajes consiguiendo de esta manera el control de la ciudad y, por tanto, el poder.

Cuando las tierras pertenecientes a Trujillo son anexionadas a la corona castellano—leonesa, el concejo abierto que había imperado en Castilla va dejando paso a un concejo reducido, de esta manera, los nobles pertenecientes a los linajes Añascos, Bejaranos y Altamiranos, aglutinan bajo su poder el desarrollo político, económico y social de Trujillo y su tierra, desde el gobierno local de la villa. La población campesina vivía gracias a los grandes espacios que poseía la comunidad, eran las tierras concejiles para la explotación de sus habi-

tantes. Las zonas baldías pertenecían al Concejo, así como la explotación forestal, la casa y los bienes comunales que sólo podían disfrutar los vecinos de la ciudad.

En esta época hubo un enfrentamiento entre los infantes de Aragón, deseosos de usurpar el poder, y la realeza. En 1420 el infante Enrique llegó a secuestrar en Tordesillas al propio monarca castellano, Juan II que contaba con catorce años de edad, en un tiempo en el que la escena política castellana estaba dominada por el arzobispo de Toledo, Sancho de Rojas, debido al favor que le prestaban la reina Leonor y los infantes de Aragón.

Este secuestro del rey tuvo lugar cuando la corte residía en Valladolid. Finalmente, consiguió evadirse de su cautiverio con la ayuda de Álvaro de Luna, quien por este hecho comenzó su ascenso en la corte hasta convertirse en el hombre más poderoso de la Corona de Castilla. Esta captura tuvo consecuencias nefastas, iniciándose un largo período de inestabilidad y de guerras civiles que tuvo como escenario la corona castellana entre 1420 y 1479, viéndose paliado solamente con el nacimiento del príncipe Enrique en Valladolid el 5 de enero de 1425. Este nacimiento causó una profunda satisfacción en Castilla, ya que se contaba con un heredero al trono.

En el mes de marzo de 1422, Luis de Chaves fue a pasar unos días a la fortaleza de Portezuelo, invitado por Juan de Sotomayor, hermano del clavero Gutierre de Sotomayor. Previamente, Luis buscó un escudero. Prefirió salir por las calles de la villa a buscarlo y no aconsejarse de algún noble. La plaza de Santiago estaba desierta por la destemplanza del día, nublado y amenazando tormenta. Continuó por las callejuelas de la villa en dirección a la plaza de la Vera Cruz. Al pasar por la Alberca, le llamó la atención un muchacho que estaba sentado sobre una piedra, jugaba distraído con unas piedrecitas que intentaba colocar en unas intersecciones de un tablero esculpido en una roca trabajada.

Luis se dirigió a él sin vacilar. Eduardo, que así se llamaba el mozalbete, conocía el marcado respeto con que le trataban sus gentes a Luis de Chaves y le impresionó que el caballero se dirigiera a él.

—Buenos días, guárdeos Dios— saludó el chiquillo.

Era un joven de unos catorce años, muy delgado, pero se le veía muy espabilado.

—¿A qué te dedicas? ¿Sirves a algún señor? – le preguntó Luis.

Eduardo, respiró jadeante y con un ligero temblor de sus manos, le contestó:

—No señor. He trabajado en la fragua, en la tahona y en algunos establos, pero ya no.

—Voto al diablo, sí que has tenido trabajos. Rapaz, por ventura ¿querías ser mi escudero?, le preguntó Luis.

Eduardo, levantó la cabeza y le miró inquieto y asombrado, encontrándose durante ese momento desconcertado y perdido.

—¿Qué tendría que hacer?

— Tareas como ensillar un caballo o cuidar y portar las armas, mi escudo y mis armaduras— apostilló Luis.

El adolescente aceptó rápidamente. Sus padres eran cristianos viejos, sin raza de moros ni judíos. Luis le miró de alto a bajo y sonrió.

Pasaron varios días. La tarde comenzaba tormentosa. Muchas nubes cárdenas y negras se enganchaban en el pico de San Gregorio. Luis emprendió camino hacia Portezuelo acompañado de su fiel escudero Eduardo. Atrás quedaba la villa, cuando la tarde era ya manto de sombras. Cabalgaron sin tropiezo. Entre los bosques corría el rumor que agita las hojas de los árboles cuando está cerca la tempestad. Las ramas se retorcían y formaban figuras fantasmagóricas. Luis consideró que lo más prudente era descansar en una venta. Cerca de

Cáceres, entró en la “Venta del Sordo”. Los extraños clientes examinaron prolijamente la traza del caballero. Luis vestía una casaca realizada en tela brocada granate oro con pechera y puños de chaqueta de terciopelo de algodón granate y se cubría con un gorro de terciopelo. Su escudero aguardaba en la puerta apoyado en el quicio con aire enfurruñado.

Luis le ordenó desensillar los caballos e invitó al mozalbete a sentarse en su mesa.

El ventero se le acercó.

—¡Vive Dios, tiene buena estampa vuestra merced!

Luis pidió para comer pan, vino, ternera y un plato de potaje de coles. El desmayado estómago del escudero no resistió la invitación y acometió con brío algunas viandas que había puesto el ventero, las que sobraron se las guardó en las alforjas.

Tras descansar en la venta, y sin apretar mucho a su cabalgadura, continuó su viaje a un paso moderado a sabiendas que podría encontrarse con algún bandido en alguno de los lóbregos desfiladeros que había en su camino, lugar que podría prestarse fácilmente a una emboscada. Pero, Luis era buen jinete y nunca daba la espalda a ningún riesgo. Se deslizó sinuosamente por los peligrosos desfiladeros hasta que llegó a su destino a los dos días de su partida. Luis había tenido ocasión de estudiar con detenimiento todos los accidentes del terreno preguntando a otros caballeros que habían realizado este viaje. Ello le valió bastante para ahorrar tiempo escogiendo senderos y atajos que presto les llevaron cerca de la fortaleza de Portezuelo.

—Has cabalgado muchas horas seguidas.... Le dijo Luis a su escudero.

—No estoy acostumbrado a cabalgar, pero aspiro a ser un soldado con honor algún día, y para ello hay que endurecerse en la fatiga y cabalgar varias jornadas sin descanso.

Luis llegó ante la fortaleza de Portezuelo, tras hacer un alto en una fuentecilla en las proximidades de El Castillejo, junto a Santiago del Campo, que pertenecía al señorío de Monroy. Tras atravesar ásperos caminos de montaña, se presentó ante él un impresionante castillo que se alzaba sobre un cerro, una imponente masa gris erizada de torreones. Aún quedaban restos de la ocupación almohade. Esta fortaleza había sido durante la Reconquista fue un punto estratégico, ya que desde su altura controla un desfiladero que da acceso a las Tierras de Coria. Tras ser conquistado por Fernando II, fue entregada a la Orden del Temple y seguidamente recuperado por los musulmanes en el año 1196. En 1213 fue definitivamente reconquistado por Alfonso IX de León que se lo cedió a la Orden de Alcántara. Era la morada de Gutierre de Sotomayor, hijo de Gil García de Raudona y de su mujer Catalina, hermana del maestre de Alcántara Juan de Sotomayor. Había sido claverero de la orden alcantarina y desde el año 1426 comendador mayor, dignidad a la que sumó la de la encomienda de Portezuelo.

Gutierre de Sotomayor recibió con agrado a Luis y le agasajó con muestras de afecto. Juan de Sotomayor se había desplazado desde Alcántara para pasar unos días en compañía de su amigo Luis de Chaves.

Esa noche durmió plácidamente en una alcoba del castillo, justo la que estaba en la torre norte. Este aposento tenía una cama que ocupaba uno de los espacios, compartiéndolo con estrados y mesas vestidas. Ricas telas cubrían mesas y la cama, que tenía un bastidor de madera y pilares para los cortinajes. Había un escritorio que estaba lleno de escrituras y documentos.

Por la mañana, Luis se levantó muy temprano. La pasada tormenta aún había dejado un ambiente frío y de humedad. Cuando paseaba bien esbozado por los jardines del castillo, levantó la vista hacia una ventana y vio un bello rostro

en el marco que formaba el vano de una ventana. Una mujer hermosa que llamó toda su atención. Era María de Sotomayor, hija no legítima del maestro de Alcántara, Gutierre de Sotomayor, I Conde de Belalcázar, que había dejado tras de sí catorce hijos ilegítimos. La figura de esa dama parecía recortada en la ventana de aquel palacio, bañada de sol. Hilaba la señora en su rueca de marfil, de afinado rostro, el talante grave y concentrado en sí. Aunque estaba sentada, Luis creyó ver en aquella dama un aire marcial, de semblante atezado. Su madre era María de Raudona, una hija del caballero Gonzalo de Raudona, comendador de Lares y Herrera en la Orden de Alcántara.

Seguidamente, Luis decidió pasear por las tortuosas callejuelas de la villa que se extendía en uno de los extremos del castillo. En este barrio no existía el lujo ni el esplendor que había encontrado Luis en la fortaleza. El centro de la villa estaba ocupado por casuchas, destartaladas. A su paso se cruzó con genes de faz demacrada que se asomaban a los viejos portales. Siempre iba acompañado de su fiel escudero. Había notado que Eduardo, a pesar de su mocedad, era muy prudente. Además, tenía un don extremo, sus oídos captaban los ruidos más leves y tenía una vista de lince.

Mientras caminaba Luis volvía con insistencia a su memoria el recuerdo de aquella dama, con aquella sonrisa entre dulce y altiva que era un encanto. Luis echó a navegar su fantasía por un mundo apartado de las contiendas, de las intrigas y las disputas políticas. Hundido en sus intrincadas meditaciones, solamente pensaba en cortejar a la dama, escuchar las trovas.

En definitiva, un mundo novelesco, mientras escuchaba el rítmico chocar de las espuelas de los caballos sobre los guijarros del pavimento de aquella villa. Estaba en mitad de una calleja angostísima pero muy larga, al tiempo, se interrumpieron bruscamente y de súbito los ensueños de Luis. Varios

mozalbetes corrían por las calles profiriendo fuertes alaridos de terror. Al instante, detrás de ellos, les perseguía un judío porque le habían robado varios enseres. Luis le detuvo con un golpe de brazo, pareció suspendido en el aire y luego cayó con apagado golpe. Luis no podía soportar que aquel hombre alcanzase a los pequeñuelos y los golpease. Aunque el motivo fuese robarle para poder comer unos mendrugos de pan y algunas viandas.

—Vos, señor, ¿por qué habéis les habéis defendido si han sido ellos los que han robado?— preguntó Eduardo.

—En ocasiones, los que más tienen deben ayudar a los más desfavorecidos— respondió Luis.

Seis días llevaba Luis en la fortaleza de Portezuelo, y no faltó a su cita en aquella ventana. Aunque todavía no había hablado con ella, pensaba que no tardaría en lograrlo, pues ya tenía recibida más de una muestra de cariño. Uno de esos días, la doncella sacó de la escarcela un pañuelo bordado y se lo arrojó a los pies de Luis. Era una prueba palpable de la aceptación de la dama. Esa tarde, Luis llegó a sus aposentos y se sentó en un jergón que le servía de cama y se puso a oler y contemplar el pañuelo que traía consigo.

Presto entregó una misiva a su escudero para que se la hiciera llegar a María. El escudero se presentó ante la dama. Ella quedó un instante suspensa. Estaba en el vano de la ventana, donde una oleada de sol la envolvía como un manto dorado.

—¿Sois el escudero del caballero Luis de Chaves? —logró decirle María.

—Para serviros, señora—replicó él.

Eduardo se inclinó como correspondiendo afirmativamente y le entregó la carta.

—María al leerla se estremeció levemente. Esa carta había acrecentado el sentimiento que ambos se habían transmitido en aquellas mañanas desde la ventana de la fortaleza.

—Mi señor es valiente y caballeroso—, exclamó Eduardo cuando se marchaba.

Cuando regresó el escudero. Luis, sin más demora, al clarear el día, decidió hablar con su amigo Juan de Sotomayor para facilitarle una entrevista con el comendador y pedirle la mano de su hija.

Luis esperaba a Gutierre de Sotomayor en la sala noble del castillo. Las paredes estaban cubiertas por grandes tapices. En estas colgaduras había representaciones religiosas, entradas reales, la caza del unicornio o combates, cerraban los huecos entre los tapices varias armas puestas en panoplias. Los pasos del comendador sonaron largamente sobre las gastadas losas de los viejos peldaños. Entró en la estancia.

—Habéis tenido a bien acogerme en vuestra fortaleza. Es grande la amistad que os une con mi familia— afirmó Luis.

—Bien dices, Luis –repuso Gutierre de Sotomayor— advierto que el motivo de esta reunión tiene que ver con mi hija María – sonrió el comendador mientras se sentaba en un sitial.

—A fe mía que tiene razón – admitió Luis. He quedado prendado de vuestra hija María. Hoy me ha entregado una prenda, está apercebida a amarme – suspirando lastimeramente. Quiero desposarla y honrarla como merece una dama de alta alcurnia— afirmó Luis en voz recia.

—Pues bien—repuso vivamente Gutierre.— sois mi huésped y mi amigo. Yo también acepto. Sé de la bravura y tenacidad de que haces gala en Trujillo—añadió con risible solemnidad. ¡Tú, sí eres digno de desposarte con María!

Tras retirarse el comendador a su cámara privada, María se personó –con aire candoroso— en la estancia, acompañada de una dama, Luis se acercó a ella con talante y gracia, haciendo honor a un gran caballero. Con razón corrían los rumores en la villa trujillana que nadie mejor que él sabía dirigir un cumplido.



María de Sotomayor era uno de los catorce hijos ilegítimos que dejó el marqués de Alcántara, el potentado paladín extremeño Gutierre de Sotomayor no se había casado antes de tomar el hábito y después de tenerle no podía casarse en aquél tiempo. El comendador tuvo esta hija y dos hijos más con la relación que tuvo con una noble señora y deudora suya, hija de Gonzalo de Raudona, comendador de Lares, que antes de ser fraile de esta caballería se había criado en la casa del comendador, de ahí la relación que tuvieron.

El encuentro entre Luis y el comendador fue muy corto. No hubo más. Ambos, de común acuerdo, acordaron celebrar los esponsales en Trujillo, donde estaba congregada la mayoría de la corte castellana.

Antes de partir hacia Trujillo, María se despidió de Luis con desolación en las balaustradas de la galería que circundaba el patio de armas del castillo.

Luis, tras despedirse de Juan de Sotomayor, espolé a su montura, camino de regreso a Trujillo donde comenzaría los preparativos para la boda. María subió a sus aposentos con rapidez. Desde una berroqueña balaustrada observó en la lejanía a su amado, con los labios apretados en gesto de amargura, pero convenciéndose a sí misma que en unas semanas estaría unida a él.

Días antes de la ceremonia nupcial, iban llegando a Trujillo distinguidas personalidades para acompañar a Luis y María y testimoniarles su afecto y lealtad. Había un rebullir de inquietudes en la villa trujillana por tan relevante acontecimiento que despertaba la curiosidad de los vecinos.

Llegó tan esperado día. Luis de Chaves se casó con María de Sotomayor en el mes de mayo del año 1422, en una solemne ceremonia en la iglesia de Santa María de Trujillo, donde asistió la flor y nata de la nobleza trujillana. Aquella mañana

María estaba radiante y ella lo sabía, envuelta en un vestido blanco de seda cruda y esta convicción le prestaba un delicioso mohín de dignidad. Luis estaba en el interior del templo con extática adoración esperando a la dama. Fueron entrando en el templo caballeros de porte señorial. De pronto, se hizo un silencio cuando apareció en la entrada la dama acompañada de varias doncellas, detrás caminaba su cortejo de damas y gentileshombres que habían llegado de Alcántara, Portezuelo y otros lugares. El sacerdote dirigió la ceremonia y bendijo a los felices casados.

Tras la ceremonia, tuvo lugar el banquete en el salón del palacio de Luis de Chaves, hasta allí se dirigieron los setenta invitados. Los manjares eran excelentes. Las mesas estaban cubiertas de finísimo hilo y cargadas de fuentes de plata, recipientes que contenían sal y especias, y succulentos manjares: pan, carne de cerdo y jabalí; e incluso pavos reales asados a los que cubrieron con el plumaje de su cola abierta. Todo regado con hidromiel y vinos superiores a todo encomio. La mesa de los anfitriones estaba elevada sobre una tarima y cubierta con dosel. El resto de mesas se colocaron en torno a la del noble Luis de Chaves. Los invitados, que honraron y agasajaron a los contrayentes, se vistieron con sus mejores galas, se sentaron por el lado exterior de la mesa, dejando el interior libre para facilitar el trabajo del servicio. Los amigos más cercanos a Luis se sentaron cerca de los novios. Cada servicio se componía de diversos platos que se colocaron en las mesas de modo que cada comensal iba tomando lo que le apetecía.

Aquella familia que formaron Luis de Chaves y María de Sotomayor viviría desde sus inicios una vida cortesana y fecunda. Fruto del matrimonio entre María de Sotomayor y Luis de Chaves son los escudos que aparecen en diferentes lugares del palacio trujillano, que muestran las cinco llaves de los Chaves, y las tres bandas ajedrezadas horizontales de los Sotomayor.

María de Sotomayor acudía casi diariamente al convento de San Francisco el Real a visitar a sus dos tías, Catalina e Inés, freilas del convento, que habían ingresado en el mismo. Este convento había sido fundado por disposición real del rey Juan II en 1426. Fue el cenobio más favorecido con donaciones y obras perpétuas, y materialmente por bienes de beatas.

Mientras tanto, la vida de Luis de Chaves transcurría en Trujillo donde tenía su casa fortaleza situada junto a la puerta de Santiago, uno de los principales accesos a la ciudad medieval. A Luis le confiaron la tarea de la defensa de esta puerta y los monarcas le encomendaron mantener para la Corona la ciudad de Trujillo. En este empeño puso todas sus fuerzas esta novísima figura de Trujillo, uno de los más famosos caballeros en armas y prestigio de Castilla. Luis sirvió fielmente a la Corona, desde tiempos de Enrique IV y continuó su fidelidad en tiempos de los Reyes Católicos, obteniendo muchos privilegios “*por los muchos, buenos e leales servicios que facisteis a la Corona, e facedes eso mesmo a mi cada día*”, así finalizaban la mayoría de las cartas que la reina Isabel “la Católica” dirigía a Luis de Chaves.

Caracteriza al período de los Reyes Católicos el alumbramiento de ideales universalistas, donde el panorama político dejaba adivinar multitud de lealtades y servicios a la Corona, no escatimando en bienes, hasta el punto que pocos le aventajaron en sacrificios y en valor.

Por aquel entonces, el príncipe don Fernando de Aragón, tenía prestigio en Castilla, digno de anteponerse a cualquiera de los que en la época presente podía ofrecerse a despojarse con la princesa Isabel. Los chicos de Trujillo jugando a soldados cantaban unas canciones cuyo estribillo era: “*Flores de Aragón, flores de Aragón, dentro de Castilla son*”, a lo que contestaban otros, jinetando caballeros en cañas: “*Pendón de*

*Aragón, en donde Aragón*". Era muy popular en Castilla, por eso el pueblo llano lo aceptó y lo aclamó como rey con plena soberanía y autoridad, cuando se desposó con la ilustre heredera de los reinos de León y Castilla.

Cada vez que Luis de Chaves regresaba a Trujillo de alguna empresa militar, entraba en la iglesia de Santiago, en busca de humilde y dolorosa confesión, en una tempestuosa época de su vida, temeroso de que volvería a enfrentarse con los fantasmas del pasado.

Luis y María tuvieron varios hijos. El mayor se llamó Francisco de Chaves y el segundo Alonso de Sotomayor. Tuvieron otros hijos, Martín de Chaves, Diego García de Chaves. En pocos años Luis fue acumulando mucha hacienda, llegando a ser el noble más preclaro y rico de Trujillo. Gutierre de Sotomayor quedaría constancia de su testamento de la entrega a su yerno de 1.000 ovejas y a su hija 40.000 maravedíes.

El hijo mayor de Luis y María, Francisco de Chaves, se casó con una noble joven del linaje Alvarado y llegó a ser uno de los caballeros más ricos del territorio. Martín de Chaves se casó con doña Francisca, apodada "la Gorda", del linaje de los Bonillejas. Tuvieron un hijo, Luis de Chaves de la Calzada, que se casó con Daniel Isabel, hija de Pedro Calderón de Carmonilla. Tuvieron muchos hijos.

Otro de los hijos de Luis de Chaves y María Sotomayor fue Diego García de Chaves, que se casó en Medellín con una hija de un caballero del linaje Mexía.

Luis de Chaves participaba en los torneos de la corte que se seguían celebrando en un amplio escenario que se presentaba delante de su casa fuerte, junto a la iglesia de San Martín de Tours, lugar en el que también se celebraba la feria de ganado. Los apuestos caballeros participantes se presentaban montados a caballo, embrazando el escudo y blandiendo la lanza

fulgurante. Efectivamente, Luis demostró en los torneos la fuerza de su brazo, siempre dispuesto a la liz y al torneo en una tierra de grandes oportunidades para los más temerarios y esforzados.

Frecuentemente, cazaba con otros caballeros en las Villuercas, invitados por Diego de Orellana, que era dueño de algunas tierras altas de la sierra de Guadalupe. Tras atravesar con las cabalgaduras pueblos escondidos entre las montañas con iglesias, ermitas y el castillo de Cañamero, donde sus escasos moradores cultivaban lino y cáñamo en los ricos huertos regados por las aguas del “chorro gordo” y “la zarzosa,” pues el territorio más alejado de las dehesas quedó en posesión de los nobles caballeros que años atrás habían intervenido en la reconquista de Trujillo. Allí, en aquellos bosques cazaban ciervos y corzos y el omnipresente jabalí.

Uno de los rasgos más sobresalientes del carácter de Luis de Chaves era su individualismo reflexivo, anteponeía su vida a la de los demás. A este paladín caballeresco le gustaba a veces mezclarse con el pueblo llano. Dejaba sus ricas vestiduras y el armamento, y tomaba otras de un hombre pobre. Uno de aquellos días, se echó sendero abajo, camino del barrio de la iglesia de San Clemente, allá donde vivían los artesanos y campesinos. Era la mejor manera de conocer las dolencias y escaseces de sus paisanos. Un alma adentrada donde imperaba la reflexión y la ayuda a los más necesitados, en una sociedad dinámica y en constante transformación como es el trujillana de finales del siglo XV, la diferenciación social, es decir, la estratificación interna entre los colectivos pecheros y menos pudientes estaba ya muy presente en el organigrama social.

La pobreza e indigencia se cebó sobre los colectivos menos favorecidos. Los niños se arrodillaban ante los forasteros sobre el espeso barro de aquellas callejuelas desiertas, ante la

loca desesperación de encontrar un mendrugo de pan o unas pocas monedas.

Luis se fijó en uno de aquellos mozalbetes y le preguntó:

—¿Qué edad tienes, muchacho?

—Diez años, señor — respondió el chico, algo sorprendido, levantando sus grandes ojos.

—Acepta estas monedas y repártelas entre tus amigos.

Nuño se inclinó para darle unas monedas de vellón y con suave gesto rozó la cara del niño.

Después, se cubrió con una capucha, se alejó, sin volver la cabeza atrás.

Aquel año el invierno había sido muy crudo y muchos niños habían sufrido por el frío. El empobrecimiento de muchas familias ante las constantes subidas de precios, las malas cosechas, la estructura de la propiedad y, en menor medida, las arbitrariedades cometidas desde el gobierno municipal provocaron significativas bolsas de pobreza y miseria raramente recogidas por las fuentes. La pobreza y la mendicidad son lacras que estaban presentes en Trujillo. La presencia y situación de la más extrema indigencia de algunos habitantes de la villa o de sus alrededores conmovía al concejo.

Cuando Luis se iba alejando del barrio le llamó la atención un hombre con traje de penitente, caminando a pie delante de su mula. Era barbudo, fosco, con las ropas arrugadas y los pelos revueltos.

Se pusieron a conversar con la mayor franqueza. El viajero era un fraile franciscano, natural de la villa de Capistrano, en Italia, que terminó por contarle a Luis una entremetida historia que había conocido de primera mano del padre Gonzalo de Illescas, prior del monasterio de Guadalupe. Había venido a Guadalupe a despachar con prior varios asuntos de Roma. Durante su estancia en el monasterio, había sido testigo pre-

sencial de la traída de aguas desde los «manaderos» de la Sierra de las Villuercas, el levantamiento de un nuevo templo y la adquisición de fincas. El crecimiento del patrimonio territorial del priorato de Guadalupe era importante, viéndose facilitado por las numerosas donaciones.

Parecía atento y humilde. Después de una larga plática, Luis le dio un cariñoso abrazo, y le despidió sin decirle una palabra más. Ese rasgo le conmovió hasta las lágrimas, aquel peregrino comprendió que había estado con un gran caballero, clavando en él una mirada escrutadora. Con el tiempo oiría hablar mucho de él. Se abría aquí un nuevo destino de espíritu y de vida para muchos trujillanos, que sin barruntarlo, ese viajero pondría los cimientos del futuro de muchos trujillanos allende los mares.

Luis de Chaves observó en sus incursiones por los barrios extramuros de la villa las escaseces por las que pasaba la población. Entre las necesidades más importantes y que obviamente no se pueden olvidar está la alimentación. La alimentación en Trujillo no era una necesidad sino un problema cuando no una aventura. En este sentido tenemos que indicar las graves deficiencias que producía en los sistemas de abastecimiento la baja productividad de las cosechas, la extremada dependencia de las variaciones climáticas a lo que tenemos que sumarle las limitaciones técnicas. El hombre medieval, en extrema dependencia de la tierra, siempre se mantuvo embarcado en la cruda realidad que imponía la aparición de malas cosechas y las consiguientes hambrunas.

Evidentemente, en un mundo como el medieval en el que la jerarquización de la sociedad y de los comportamientos mentales eran tan rígidos, el sistema alimentario estaba sujeto a un alto grado de diferenciación. El estrato social y el cuadro alimentario es evidente en Trujillo: carne para los ricos, vegetales

para los pobres. Aún con todo eso, la carne fue un producto de consumo muy elevado entre todos los colectivos sociales que, junto al pan y al vino, constituía la dieta alimenticia urbana por excelencia de Trujillo en el siglo XV. Efectivamente, carne, pan y vino eran los alimentos que más presencia tenían en el mercado en sus variantes cualitativas. Para el pueblo llano, el problema más grande era la seguridad de las personas, de su vida, de su honra y de su hacienda.

De hecho, a principios del XV, la población se había desplegado fuera de la villa, buscando el llano y fijando la expansión y el esplendor demográfico y económico que para Trujillo tendrá el siglo XVI.

A mediados del siglo XV, se citan en las Actas municipales y en otros documentos concejiles los nombres de calles radiales que parten de la Plaza, y las peticiones de los vecinos a la ciudad para el empedrado de las calles se harán cada vez más continuas: calle Garciaz, San Miguel, Lanchuela, Olleros, hasta los moros de la calle Nueva accederán a las Casas Consistoriales solicitando el arreglo de sus respectivas calles. Un gran fervor constructivo, en el que van a ser protagonistas los canteros trujillanos, determinando la actual fisonomía de la Plaza, apenas alterada posteriormente, así como las calles adyacentes.

El trazado de la Plaza alcanzará ahora una importante mutación de apariencia, que no de espacio urbanizado, configurándose en su forma actual algunos de sus edificios más singulares. Las primeras calles que se implantarán serán Ballesteros, Garciaz, Mingo Ramos, Sillería, Carnicerías. Tenemos noticias de la existencia de algunos nuevos arrabales: en la calle de Tiendas y Nueva, camino de Medellín, asientan respectivamente la judería y morería, población que se nos presenta muy activa, dedicada a sus menesteres artesanales. Se asientan también las comunidades de dominicos y franciscanos, y se citan ya tres



nuevos arrabales: el Campillo, San Miguel y Sancti—Spíritus. La época del reinado de Isabel y Fernando fue decisiva para la ciudad y nadie desconoce la importancia que para la historia de España supuso a su vez Trujillo, particularmente en la campaña de la guerra contra Portugal.

En 1428 se construyen las Casas Consistoriales en “*la facera de la plaza*”, y que en tiempos de los monarcas católicos se van a reformar por indicación de la reina Isabel I. A partir de entonces, comenzará la construcción de casas de una y dos plantas, muchas de ellas con ventanas con vistas al espacio placero, que servirán de escaparate a sus dueños, que se exhibirán ante la muchedumbre sabiendo que su presencia provocaba envidia ante la masa que pasaba necesidades.

Una mañana, en el mercado que se celebrará en la plaza, Luis estaba enfrascado en sus pensamientos, cuando se encontró con un curioso personaje, un zíngaro que presagiaba el futuro, y que dirigiéndose a Luis de Chaves, le preguntó:

—Señor, por unas pocas monedas le puedo adivinar su futuro.

A lo que Luis asintió, respondiendo:

—Sí. no tengo inconveniente en ello...

—¡Qué Dios me guarde!

El zíngaro le contó que iba a ser un hombre preclaro en Trujillo, un caballero destacado y valorado por reyes y príncipes.

Poco después se despidieron:

—Que Dios te proteja!, le dijo Luis.

Desde aquel día salió a la calle con el corazón más ligero. Las cosas no iba a resultar tan difíciles como había imaginado, aunque sus marciales entusiasmos se enfriarían a los pocos meses cuando tuvo que participar en un enfrentamiento bélico en Alcántara, en ayuda de Alonso de Monroy.

Alonso de Monroy era el hijo segundo de una familia señorial. Por línea paterna eran poseedores de un importante

señorío, su madre Juana de Sotomayor era la hermana del maestro de Alcántara don Gutierre de Sotomayor. Cuando contaba con trece años de edad, su madre le envió a educarse con el maestro, su tío. Su madre había quedado viuda de Alonso de Monroy. Era una costumbre medieval la de enviar a un joven, desde la adolescencia con algún pariente para encontrar una oportunidad de promoción. Con dieciséis años de edad Alonso de Monroy se convirtió en la cuarta dignidad de la orden de Alcántara, cuando fue nombrado clavero de la misma, gracias a su habilidad en el uso de las armas.

Efectivamente, en los primeros años del reinado de Enrique IV, Luis de Chaves se convierte en un destacado personaje en Trujillo, el rey le mandó llamar, junto a otros principales de su reino para que siguiera su acción y defendiera la ciudad de Trujillo y la mantuviera para la Corona. Una difícil misión por la lucha entre Enrique IV y la nobleza rebelde en la que se veía involucrado Luis de Chaves, y otro a nivel comarcano queda la lucha por el más trágico de Alcántara entre Gómez Solís y Alonso de Monroy. Los problemas se intensifican cuando el maestro Gómez Solís forma partido por la alta nobleza descontenta y el clavero de la orden alcantarina, Alonso de Monroy por el monarca Enrique IV.

Luis de Chaves se va unir al partido de su pariente Alonso de Monroy, que era primo hermano de su mujer María de Sotomayor, y la unión de las dos huestes serán definitivas en algunos acontecimientos. Fueron días de angustiosa espera para su esposa; sobre todo, cuando la llegaban rumores de masacres en masa, aunque esto no eran más que rumores imposibles de confirmar.

Juan II había concedido Trujillo como dote al infante de Aragón don Enrique que se había casado con la infanta de Castilla doña Catalina a cambio del marquesado de Villena,

que le tenía prometido. Los hombres de confianza del infante en Trujillo fueron: Pedro Alfonso de Orellana, sexto hijo de Pedro Alfonso de Orellana la Vieja y nieto de Juan Alfonso de la Cámara al que puso al frente del Castillo junto a su escudero el bachiller García Sánchez de Quincoces.

Los trujillanos no vieron bien la situación y menos aun cuando comenzaron los desmanes de las gentes del infante, comenzando la guerra de Aragón y Castilla en el año 1429. Álvaro de Luna pidió al Rey don Juan II la capitania de Extremadura organizando un ejército de doscientos caballeros de Alcántara y Calatrava más las huestes del conde Benavente, las de los adelantados de Andalucía, Cazorla y tropas de Cigales. Con todos marchó contra Trujillo donde don Enrique y don Pedro estaban bien pertrechados.

A Luis de Chaves la despertó el frío. Era de noche aún, pero el cielo estaba despejado. A la salida de la villa esperó con sus hombres a los infantes. Luis permanecía inmóvil, sin respirar apenas. En los peñascales que florecían bajo el alcázar de los Chaves se refugiaron, esperando la luz del día. Por las calles de la villa apenas se notaba tránsito y la población tenía aspecto de abandono. Por todos los senderillos aparecieron hombres con el arco o la ballesta dispuestos al ataque. Hombres que estaban dispuestos a vender caras sus vidas y que por tanto habían de luchar con el valor suicida de su desesperación. En cuanto se encontraron con los soldados de don Enrique y don Pedro, les abordaron y consiguieron matarles a todos, expulsando de la Villa a los infantes que al verles venir huyeron por los arrabales de San Martín y San Clemente hacia Alburquerque. En su huida las flechas hacían blanco tan certeramente que los acompañantes de los infantes iban muriendo con celeridad.

No obstante, el castillo seguía en manos de Pedro Alfonso de Orellana, Alfonso de la Cámara y de Garci Sánchez de Quincoces. Álvaro de Luna parlamentó con Pedro Alfonso impo-

niéndole que entregase el castillo no mataría a dos de sus hijos que tenía presos, el de Orellana le contestó que no eran modales de caballero sus argucias pero que le reconocía como representante real y por su parte no había inconveniente si lograba convencer a su otro socio, a Sánchez de Quincoces. Así transcurrieron los días, destrozando los nervios de Pedro Alfonso. Por primera vez en su vida, sentíase desconcertado y sin elementos para ordenar sus ideas, hasta que no tuvo más remedio que ceder entregando la fortaleza en las postrimeras luces del día, con el rostro demudado, hosco, silencioso.

Entre los años 1429—1430 tuvo lugar esta guerra que enfrentó al rey de la Corona de Castilla Juan II —alentado por su valido Álvaro de Luna— con el rey de la Corona de Aragón Alfonso el Magnánimo. En este enfrentamiento intervinieron los infantes de Aragón y tuvo como escenario Trujillo, donde se harían fuertes los infantes Enrique y Pedro.

Retrocediendo en el tiempo, el 12 de abril de 1428 se había firmado el tratado de Tordesillas por el que se establecían acuerdos entre los reinos de Castilla, Aragón y Navarra. Sobre la mesa estaba la paz con Granada. El sultán pedía treguas de varios años, pero Castilla estaba en una buena situación para pedirle al sultán la liberación de los cautivos cristianos. Mientras tanto, Juan II se enteró que los reyes de Aragón y Navarra se habían unido contra Castilla. Había mucha desconfianza entre Navarra, Aragón y Castilla. Juan II era consciente que sus dos primos tenían preparados sus ejércitos, incluso, cuando Navarra había llamado a sus vasallos castellanos solicitándoles ayuda. Ante estas circunstancias, el rey castellano se olvidó de la guerra de Granada y comenzó prepararse para el enfrentamiento contra los infantes de Aragón. El rey Juan II ordenó hacer la guerra contra Aragón y Navarra y ordenó al conde de Benavente que confiscarse todos los bienes del infante Enrique. Los enfrentamientos se saldaron con centenares de muertos y provocó la despoblación de importantes lugares aragoneses.

Los seguidores de los infantes Enrique y Pedro se habían refugiado en el castillo de Trujillo. Mientras tanto, el monarca castellano se encontraba en Medinaceli, asegurando los núcleos fronterizos contra Aragón. Una vez aseguradas las fronteras, Juan II se marchó a Peñafiel donde celebró consejo para determinar importantes asuntos de la guerra y para impedir que los infantes hiciesen la guerra en Extremadura acordó quitar y repartir lugares y maravedíes de los infantes.

Luis de Chaves no había hecho nada más que llegar a Trujillo cuando se habían hecho fuertes en el castillo los seguidores de los infantes, ya que había estado a las órdenes de Juan II en la frontera aragonesa, junto con los maestros de Calatrava y Alcántara.

El rey Juan II se vio acosado por varios frentes, tomando la determinación de hacerla llegar a sus primos. El rey ordenó a Luis de Chaves que regresase Trujillo, acompañando al Condestable Álvaro de Luna y a sus hombres a Trujillo. Una vez que los infantes se refugiaron en la fortaleza de Albuquerque, que estaba muy fortificada y cercana a Portugal, el infante Enrique había dejado en Trujillo alcaide y corregidor, con los que llegaron a un acuerdo Álvaro de Luna y Luis de Chaves para evitar un enfrentamiento ante las murallas del Castillo. Tras entregar el alcaide la fortaleza, Álvaro de Luna partió hacia Montánchez.

Conseguidas todas las posesiones de los infantes de Aragón en Castilla se procedió a su reparto el 17 de febrero de 1430 entre la alta nobleza castellana que había respaldado al rey, empezando por el propio Álvaro de Luna que un mes y medio antes había obtenido en Cáceres el cargo de administrador perpetuo de la Orden de Santiago, lo que le convirtió en el hombre más poderoso de Castilla. La corona únicamente se quedó el señorío de Medina del Campo, la localidad donde se había hecho efectivo el reparto. Olmedo fue entregado a la reina María.

Este enfrentamiento entre el monarca castellano Juan II contra Aragón y Navarra que se había iniciado el 24 de junio de 1429, con la declaración de guerra del rey castellano Juan II, finalizó con la firma de las treguas de Majano de julio de 1430, que supuso el reconocimiento de la derrota por parte de los reyes de Aragón y de Navarra. En virtud de lo acordado los infantes de Aragón, incluido el rey consorte de Navarra, perdieron todas las tierras y vasallos que poseían en Castilla. Hubo que esperar seis años para llegar a la paz definitiva con la firma de la Concordia de Toledo.

Los infantes don Enrique y don Pedro que todavía resistían en el castillo de Alburquerque se negaron a aceptar las treguas de Majano y durante los dos años siguientes siguieron combatiendo por Extremadura hasta que en julio de 1432 el comendador de Alcántara Gutierre de Sotomayor les traicionó y gracias a ello Álvaro de Luna pudo apresar al infante don Pedro. Esto obligó al infante don Enrique a deponer las armas y a abandonar Castilla a cambio de la libertad de su hermano. Don Enrique les impuso que debía entregar todas las fortalezas que detentaran sus partidarios y todos sus bienes fueron secuestrados. El infante don Pedro fue entregado al rey de Portugal, que había actuado como mediador, y los dos hermanos zarparon de Lisboa en 1432 rumbo a Valencia para después dirigirse a Italia, donde se encontraba el rey aragonés Alfonso “el Magnánimo”.

La ayuda que los trujillanos hicieron en la causa contra los infantes de Aragón predispusieron a Álvaro de Luna para interesar al rey que extendería a la villa de Trujillo el título de Ciudad en el año 1430, confirmando el nombramiento en un pergamino fechado en Zamora el 20 de enero de 1432, doscientos años después de su reconquista se reconocía un derecho que ya tenía en los tiempos de Abd al—Rahman III cuando *Tarjala* era una cora con su correspondiente gobernador o *walí*.

Esta ciudad se fue conformando como un núcleo de poder territorial que llegará a gozar de autonomía en los aspectos jurídicos, administrativos y hacendísticos.

Mientras tanto, Luis de Chaves comandó un ejército contra los musulmanes nazaritas rebeldes en la frontera de al—Ándalus. Eran las primeras horas de la noche. Aquel día había sido muy caluroso, y una neblina roja había muerto el resplandor del sol. Dos formidables ejércitos estaban el uno a la vista del otro. Tras una dura batalla que duró varias horas. Unos cuatrocientos cristianos cubrían el campo de batalla y tantos otros moros, horrible por el número infinito de muertos y otros tantos que habían sido apresados. Por todos los sitios la carnicería era espantosa. Luis, se sentía arrastrado por aquel vértigo de sangre, se había acercado y mirado cada uno de aquellos cadáveres, reconociendo veces a un amigo. Con paso lento y grave hacia los musulmanes solicitó la libertad de que los cristianos. La luna iluminaba de lleno el camino.

Luis y sus hombres entraron en el campamento, un círculo de guardias agolpaban con antorchas en torno a ellos. Había una gran tienda alrededor de la cual se veían varios musulmanes apoyados en sus lanzas, cubiertos con sus capuces. Al fin llegaron muy cerca del gobernador. Luis llevaba la cabeza descubierta, ensangrentada el rostro. El gobernador era de la familia de los jerifes descendientes del Profeta, gozaba de gran respeto.

Salió de la tienda con paso indiferente y altivo.

—Dios, con su muerte nos da la paz— aquí no hay ningún enemigo—, dijo Luis con voz sonora. Mis soldados han vencido, costando torrentes de sangre en esta batalla y tú te has apoderado de varios soldados, algunos amigos míos. Vengo a reclamar respetuosamente su libertad.

Los ojos de aquel gobernador dejaron ver un relámpago de desprecio. Soltando una carcajada, estridente, exclamó:

—La bandera cristiana nos ha desafiado con gran insolencia, han rodado cabezas por el suelo, pero eres un hombre leal a tus principios y eso te honra. No verteré más sangre. Guardó silencio, ese silencio particular que producen las situaciones muy graves. El semblante del gobernador se encontraba en aquellos momentos algo turbado.

La situación en que se encontraba el gobernador era fuertemente comprometida. Había perdido la batalla contra los cristianos y, a pesar de haber apresado a varios de ellos, prefería que los cristianos le abrieran el camino hacia la huida.

Al momento, el gobernador tomó un alquicel blanco de lana, se envolvió en él y ordenó liberar a los presos. La luz de la luna dejó ver a aquel hombre. Tenía los ojos grandes y rasgados, y una expresión franca y valiente, aunque de aspecto noble y fiero.

—Es necesario honrar nuestros cadáveres—, pidió el gobernador.

Luis le permitió ir con algunos moros principales para hacer un nuevo reconocimiento por el campo de batalla. El gobernador montó en un magnífico caballo y se encaminó con varios de sus hombres el campo de batalla. Hombres y caballos estaban hacinados los unos sobre los otros. Todo había concluido. Tras varias horas, los moros quitaron sus tiendas, desprendieron del asta los cordones de los estandartes y se marcharon. La pálida luz de la luna, que lo inundaba todo, la roja luz de las antorchas que vagaban y el vivo resplandor de las hogueras se fueron apagando.

Al desaparecer en la frontera entre Extremadura y al—Ándalus el peligro sarraceno, con una nobleza poderosísima, como consecuencia de sus intervenciones decisivas en las ocupaciones de estos territorios, surgió el problema de la hegemonía de estas y el poder real. Se dieron casos de “des-



naturalizaciones” por parte de muchos nobles, con lo que se iniciaron una serie de luchas, que fueron aumentando, hasta convertirse en guerra civil.

Los reyes potenciaron el “poder llano” por lo que las ciudades y villas realengas les prestaron su colaboración y fueron el soporte de la Corona. Dichas luchas se agravaron porque en cada comarca existían otras para dirimir la hegemonía entre los linajes influyentes, pues la rivalidad era fruto permanente, produciéndose una serie de hechos que debemos resumir en dos periodos, el de la privanza de Álvaro de Luna y la de Juan Pacheco, Marqués de Villena.

En el reinado de Juan II, su privado don Álvaro, siguiendo una política de autoridad, intentó reducir las desmesuradas ambiciones de la gran nobleza y las demasías de los caballeros de las ciudades. Cuando en el año 1430, Pedro Alfonso de Orellana y Pedro Alfonso de la Cámara entregan la fortaleza de Trujillo, siendo vencido tanto él como su escudero el Bachiller García Sancho de Quincoces, el valido fue premiado con el ducado de Trujillo, elevándose de villa realenga a la categoría de ciudad. Por entonces se produce el principio del fin de las luchas de los infantes de Aragón. Don Álvaro hizo huir de nuestras tierras a don Enrique y don Pedro. Perseguidos en Montánchez, son definitivamente derrotados en Alburquerque. Italia fue su refugio.

Comenzaría un período de gobierno en manos de Álvaro de Luna, al frente de una oligarquía nobiliaria, libre de la influencia de los infantes. Quiso crear un gobierno asentado en una red de equilibrios nobiliarios, y personalmente elevado sobre un basamento de bienes y rentas que le hicieran poderoso.



Palacio de los Chaves y castillo, al fondo



Fachada principal del palacio de los Chaves



Arco de Santiago, entrada a la villa medieval



Arco de Santiago y torre de la casa fuerte de los Chaves

## Capítulo III (1434—1479)

En 1434 le llegó la noticia a Luis del Chaves del fallecimiento de Hernando de Monroy, padre de una numerosa descendencia entre la que se encontraba Diego de Monroy y Almaraz, fiel amigo de Luis de Chaves que moriría un año después en Écija, luchando contra los moros de Granada en la desafortunada campaña emprendida por el suegro de Luis de Chaves, don Gutierre de Sotomayor en 1435.

Era muy concurrida y frecuentada una taberna que había en el barrio de San Clemente. Este centro de ocio tenía una dependencia para la venta al por menor de vino, había barriles y tinajas; y el lugar donde estaban las mesas donde los clientes bebían y comían. Pero, también, servía para hospedaje. Allí se recibían noticias que traían los viajeros. Viajar en el siglo XV no era fácil, la forma más rápida de hacerlo era en barco.

Tras el frío helador del invierno pasado, una calurosa mañana de julio de 1438, regresaba Luis de Chaves de una de sus muchas propiedades que poseía en el Tozo, había quedado en una taberna con varios amigos para jugar a los naipes. Abríase en medio del bosque un gran círculo triste, que contrastaba con el verdor de los árboles. Se decía por la villa que en las profundidades del bosque se oía una voz tristísima, la de una dama por nombre Leonor que había sido atacada años

atrás por varios hombres y no volvió nunca. El tiempo cubrió con su polvo aquella leyenda. Una vez en la venta. Hallábanse sus amigos Alonso de Sotomayor, Guzmán Pérez de Escobar y Beltrán Bote, esperando a Luis. Los hombres congregados en derredor en la mesa de encina golpearon impacientes el tablero con sus vasos de vino. Escanció la bebida en los vasos el tabernero, pacienczudo y sonriente. Al pronto, iba a echar las cartas sobre la mesa Alonso de Sotomayor, cuando crujieron los bornes de la puerta de la taberna. Entró un viajero de porte muy elegante y se sentó en una mesa.

La ventera que se había asomado a la puerta para vaciar un dornajo de aguas sucias, invitó a entrar a aquel viajero. Era Pedro Tafur, noble y embajador del rey Juan II de Castilla, que había recorrido varios centros de poder político, económico y religioso en Italia, El Cairo, Alejandría y Jerusalén. Esa mañana había llegado a Trujillo agobiado de cansancio. Luis de Chaves le invitó a compartir la mesa. El viajero, tras dejar en una banqueta una especie de mochila de cuero que llevaba con correas a la espalda, les explicó que procedía de Sevilla, se había entrevistado con el emperador bizantino Juan VIII. Los comensales no daban crédito a las palabras de aquel hombre.

Hay que aclarar que cuando Pedro Tafur visita Constantinopla, esta ciudad no había caído aún en manos de los turcos pero cuando escribió su libro hace ya mención a la conquista de la ciudad por el sultán Mehmed II (año 1453).

—Pero, he viajado por todo el mundo conocido—, expresó.

Luis y Alonso estaban embelesados —continúe—.

Pero, también estaban abstraídos en la conversación unos mercaderes que estaban sentados en una mesa cercana, adosada a la pared, sumidos en la delicia del vino.

—He estado en el monte Sinaí, allí me encontré con una caravana de camellos que venía de la India, y venía cargada

de especies, oro y perfumes, lienzos, papagallos. Allí conocí al viajero veneciano Nicolo de Conto, que aunque procedía de Italia se había criado con el rey de Chipre.

El encuentro del veneciano con Pedro Tafur mantuvo fascinado a los cuatro nobles trujillanos. Continuó Pedro Tafur hablándoles de otras maravillas que había encontrado en sus viajes, plantas, animales como la jirafa que tiene un cuello tan alto como una torre, señalando Pedro la cercana torre de la iglesia de San Clemente que se veía desde uno de los ventanucos de la taberna. Pero, también, cocodrilos e hipopótamos.

No daban crédito a las palabras del viajero. Unos hombres curtidos en miles batallas que lo único que habían visto eran campos de batalla o la sosegada vida de una ciudad, en tiempos de paz.

Estaban entusiasmados con la narración de aquel viajero.

Pedro Tafur, en un momento dado, respiró. Pero, Beltrán Bote, que estaba muy interesado, enarcó el ceño, y le insistió para que continuase aquel relato.

Tafur era un hombre que se regía por un modelo de valores religioso y de honor a la batalla, rasgos característicos de un hidalgo castellano. Estaba a favor de la lucha armada contra el Islam, pero a su vez era un hombre caritativo. Detalló a los cuatro comensales su viaje a Tierra Santa.

Con voz en extremo apagada y ronca, añadió rápidamente:

—Entre los meses de mayo y octubre de 1437 estuve en Tierra Santa, deseoso de conocer mundo y vivir aventuras. Había escuchado en la corte de Juan II la narración de la embajada al Gran Tamorlán, realizada por Ruy González de Clavijo en el reinado de Enrique III. Además, estaba deseoso de entrar personalmente en contacto con los príncipes y monarcas de los nuevos países.

— Prosigue, repuso Luis, mirando al caballero con ceño de perplejidad, mientras engullía con apetito tasajos.

Pedro Tafur, tendiéndoles una mirada de confianza y aprecio, suspiró con resignación y sin dedicar más que un fugaz pensamiento, continuó:

— Allí conocí curiosos sistemas de defensas: fosos, murallas, castillos, pertrechos, que nunca había visto en tierras castellanas. Pero, no acaban aquí mis aventuras, ni mi peregrinaje. Marché a Alemania, y allí conocí ciudades ricas, limpias, calles bien pavimentadas y no estas calles que tienen en esta villa llenas de tierra. Allí ví mesones bien puestos. Los alemanes son gente muy sutiles, y muy hábiles para las artes prácticas, para cantar, y tienen bien organizados los servicios públicos. Es también país de muchas comidas y bebidas y, por último, es la tierra del maravilloso panorama del Rin.

—Nos deja fascinados – replicó Luis, con los ojos relucientes de intenso fuego interior, fijos en el caballero.

De pronto, se oyó el grito del tabernero, ya estaba preparada la mesa para comer.

El caballero, aunque insistieron los nobles trujillanos en invitarle, desistió.

Comenzó a sacar bolsa tras bolsa de dinero, los presentes le observaban perplejos, las iba estibando en las faltriqueras de su colete y, tras pagar al tabernero, se marchó.

En aquel momento, Trujillo había permanecido bajo la jurisdicción real desde su reconquista hasta la primera mitad del siglo XV, en la que Juan II la dio sucesivamente, a su hermana Catalina y a Pedro de Stúñiga —previa renuncia del príncipe Enrique— a mediados de octubre de 1440, con título condal, en sustitución de la villa de Ledesma que dio al infante de Aragón y maestre de Santiago Enrique.

El 20 de octubre de 1440, Juan II y su hijo, el príncipe Enrique, escribían una carta al alcaide de Trujillo, Gómez González de Carvajal, para que entregase la fortaleza de la ciudad a



Pedro de Stúñiga *“fasta tanto que le yo faga enmienda en equivalente de la dicha villa de Ledezma e su tierra, de que le yo ove fecho merced, la qual él dió y entregó por mi mandato al ynfante don Enrique mi primo, maestre de Santiago”*.

El 28 de octubre de 1440, Diego de Orellana, en nombre y con poder de Pedro de Stúñiga, tomaba posesión de la villa y tres días más tarde García López de Carvajal, hermano del alcaide de Trujillo, hacía pleito homenaje por el castillo de la ciudad de Pedro de Stúñiga.

Sin embargo, la donación regia había producido un grave malestar entre la población de Trujillo, y el descontento pronto se cambió en resistencia al dominio señorial. La ciudad rechazó la dominación del conde con el apoyo del maestre de Alcántara Gutierre de Sotomayor, quien detentó el control de la misma por un período de tiempo.

—No olvidéis a los que no tenemos otro patrimonio que nuestra espada.

El día 29 de octubre de 1440 se reunían los oficiales en el portal de la iglesia de San Martín, como era costumbre, a toque de campana. Allí pidieron a Diego de Orellana, como representante de Pedro de Stúñiga que respetase los privilegios, libertades y exenciones que la ciudad tenía. Los representantes, conde de Ledesma y Diego de Orellana, se comprometieron a guardar y cumplir las ordenanzas de Trujillo. Diego de Orellana juró servir al rey y al conde, ante el regidor Blasco Domínguez.

El 15 de diciembre de 1440, Juan II concedió la ciudad a su valido el condestable Álvaro de Luna. El 26 de febrero de 1441 Juan II retira a Pedro de Zúñiga el señorío de la ciudad y se somete de nuevo a la corona. En febrero de 1441, encomendó Álvaro de Luna la custodia de Trujillo al maestre de Alcántara, fiel aliado suyo, aunque no parece que la medida

surtiera efecto, pues, un año después, el propio Juan II requería a Gómez González de Carvajal la entrega de la fortaleza de la ciudad al maestre Gutierre de Sotomayor.

El príncipe Enrique, que no se resignó a perder la ciudad, envió en el mes de agosto de 1443, desde Segovia, una carta a Pedro Miño, instándole a pasar con once hombres armados a Ávila para acompañarle a tomar Écija, Cáceres y Trujillo, pero, en diciembre de 1445, Juan II confirmó a su condestable Álvaro de Luna la merced que le había hecho de la ciudad de Trujillo, que de nuevo se opuso a entrar en el “régimen señorial”. No parece que Álvaro de Luna gozara la plena posesión de la ciudad, como tampoco la gozó el conde de Plasencia, Álvaro de Stúñiga, que la recibió en señorío de manos del príncipe Alfonso en abril del año 1465.

Pero, lamentablemente volviendo al año 1445, la corte de Juan II guardó luto por el fallecimiento de la reina doña María de Aragón. El momento es importante para la historia de España y para la vida de la futura Isabel de Castilla, la reina que más relación tuvo con Luis de Chaves.

Mientras tanto, Juan II preparó a sus tropas para enfrentarse a los infantes que habían regresado de Italia, con la ayuda de su condestable Álvaro de Luna y de su consejero el obispo Lope Barrientos. Luis de Chaves contaba con una tropa de pocos hombres, pero a los que no se les acercaba ningún enemigo y, menos aún, cuadrillas de bandoleros, porque había turbas de malhechores que infestaban la campiña y la montaña, hasta el punto que los campesinos estaban aterrados, en muchas ocasiones tenían que abandonar los ganados y labranzas y huir a la ciudad. Los hombres que seguían a Luis de Chaves poseían un armamento desigual, pero formidable. Tenían un aire insolente y provocativo con que miraban a los villanos que se topaban al paso. Más hombres se alistaron a su bandera, bus-

cando el calor del trono, que les ampararía y defendería. Tal prisa se dieron, que en dos días consiguió Luis de Chaves que se alistasen treinta peones y sesenta a caballo.

Se pagó un ejército procedente de Portugal, que penetró en Castilla al frente del don Pedro de Portugal, unido a Álvaro de Luna. Juan II de Castilla consiguió el 15 de mayo de 1445 una victoria completa sobre los infantes de Aragón en los campos de Olmedo. La noticia no tardó en llegar a Trujillo.

La guerra entre los linajes sólo cesaría por las ordenanzas de Sevilla del 1 de enero de 1451 otorgadas por los Reyes Católicos, donde se ordenaba que se eligieren por suerte el día de San Andrés a cuatro electores que jurarían el cargo en el altar de la iglesia de Santa María la Mayor entre las imágenes de San Fulgencio (patrón de la diócesis placentina) y la de San Andrés (patrón de la ciudad de Trujillo), para elegir a dieciséis regidores, de los cuales ocho pertenecían a los Altamiranos, cuatro a los Añascos y cuatro a los Bejaranos, para el primer bienio y los restantes para el segundo envolviendo sus nombres en pellas de cera, se metían en un cántaro y era un niño el que las sacaba.

El día 22 de abril de 1451 algo extraordinario acontecía en el vetusto palacio real de Madrigal de las Altas Torres, nacía la futura reina Isabel I, hija de Juan II de Castilla y de su segunda esposa, Isabel de Portugal. Este nacimiento tenemos que remarcarlo en una época trágica de la historia de Castilla en el que adquieren importancia el desplazamiento político del condestable don Álvaro de Luna, el triunfo de la coalición nobiliaria contra la calificada tiranía del condestable y su usurpación del poder real, la pérdida del favor de Juan II y el desenlace final con la ejecución del día 3 de junio de 1453 en Valladolid.

El 17 de diciembre de 1453 nacería en Madrigal su hermano el infante Alfonso de Castilla. Juan II falleció el 21 de julio de 1454 en Valladolid, de muerte repentina. Fue enterrado en la iglesia del monasterio de San Pablo de Valladolid.

Pasado algún tiempo. El 27 de septiembre de 1464 el rey Enrique IV, se reunía en una aldea cercana Valladolid, Cabezón, y daba orden al Coria, Trujillo y otras ciudades de ponerse a las órdenes de Gómez Suárez de Figueroa, Pedro Ponce de León y Juan de Sotomayor, a quienes había encomendado tener para su gobierno a toda la región extremeña. Entretanto, en el reino de Jaén comenzó una rebelión armada por la ciudad de Baeza. El condestable Miguel Lucas tuvo que emplearse a fondo para devolver la ciudad y su territorio al poder real. El oficial incondicional de Enrique IV era Luis de Chaves, al que le encargó *“que mireis bien lo que su señoría vos escribe y aquello pongáis luego en obra”*, incluyendo la mismo tiempo creencia para Pedro de la Concha, que le hablaría de los maravedíes de juro que le había situado el rey en aquellas tierras.

En 1465 intentó la familia Zúñiga apoderarse de Trujillo y consiguió en ese año el príncipe Alfonso que hiciera donación de ella a Alvaro de Stúñiga, conde de Plasencia. Pero, Trujillo se resistió. Jugó un gran papel Luis de Chaves, a favor de la monarquía.

A finales del reinado la ciudad que era realenga, fue entregada a Juan Pacheco, marqués de Villena, a lo que se opusieron los nobles trujillanos. Permaneció en poder de Juan Pacheco hasta 1475.

La ciudad de Trujillo tenía una economía eminentemente de subsistencia con desarrollo comercial desde que se celebrase los jueves en la zona del llano (futura Plaza Mayor), un mercado semanal concedido por el rey Enrique IV en el año 1465 y una feria los últimos quince días de mayo, donde la población se abastecía de los productos que no existían en el término municipal. La ciudad gozó de este privilegio y franquicia hasta que los Reyes Católicos la abolieron en las Cortes de Toledo de 1480, como hicieron con otros mercados del reino. En Trujillo se dieron cita mercaderes de todos los lugares, el

mercado comenzó a organizarse en distintos sectores donde los ciudadanos podían comprar grano y legumbres, también esencias hechas con flores y plantas de diferentes comarcas. Algunas plantas servían al peregrino como elemento curativo, especialmente para los pies, que sin duda la parte más machacada a lo largo del viaje. El mercado de Trujillo llegó a convertirse en un lugar de relación social, que con el tiempo daría lugar a la gran plaza pública.

En aquella época, lo fundamental era granjearse el apoyo de las noblezas locales, más recalcitrantes a los cambios, por lo que Isabel “la Católica”, el 8 de abril de 1466, contacta por primera vez desde Segovia con Luis de Chaves. Extremadura no era un territorio apaciguado, sino que las propias revueltas frecuentes señoriales eran la tónica general. Isabel conocía el valor, la tenacidad y el respeto que tenía Luis de Chaves hacia la corona que decidió enviarle una carta para que realizase el reparto de las rentas en los mejores lugares y ventas de la ciudad y tierra. También fue importante la donación que Enrique IV hizo a su hermana, con un documento firmado en Madrid el 12 marzo de 1467 en la villa de Casarrubios del Monte y su tierra con la condición de no poderla enajenar y de reintegrar las rentas a la corona cuando contraje matrimonio. La reina Isabel a los pocos días dio poder a Gonzalo Chacón para que tomase posesión de la villa. Así, poco a poco, el rey Enrique IV con estas donaciones contribuyó a que la infanta fuese organizando su casa y su vida.

En el año 1466 participa Luis de Chaves, con sesenta y tres años de edad, junto al clavero en la toma de Cáceres, consiguiendo reunir un ejército de trescientos a caballo y cuatrocientos peones que quisieron seguirle.

A Luis le inflamaba el deseo de gloria. Lo exigía la disciplina militar en la que había crecido. Luis marchó hacia Cáceres con su ejército, lánguidos guerreros en cabalgatas infernales

alumbradas de fulgurantes antorchas; castillos roqueros coronados de buitres, ermitas arruinadas, fue lo que encontraron en su camino. Tardaron en llegar una jornada de diez horas, descansando cierto tiempo. Sobre el ejército se cernía el puro cielo iluminado por la luna brillante; bajo sus pies extendía el sucio piso polvoroso que levantaba el trote de los caballos. Luis llevaba una bolsa, a modo de bandolera, donde guardaba algunas monedas, un trozo de pedernal, pan, queso y tocino.

Aunque la noche parecía interminable, una vez serena, con un cielo estrellado y tranquilo, el ejército llegó hasta los muros de Cáceres. Allí se encontraba al frente de sus hombres Luis de Chaves, con sus botas y espuelas, con su armadura. El noble se mantuvo gallardo sobre su corcel, como si estuviera posando para un cuadro. Vestía con sencillez, una túnica rojiza oscura y capa de lana. La espada le colgaba de su ancho cinto de cuero y estaba desprovista de adornos de toda clase. Se percibía el aire cargado, el olor de la tierra y del muro húmedo, los pasos firmes de los caballeros, dejándose oír retumbando como truenos los tambores.

Desde las almenas, los defensores, percatados de la llegada de Luis de Chaves con sus hombres, observaban los movimientos tácticos para rodearles, preparaban sus espingardas y las ballestas. En semejante ambiente, y al “grito de ataque”, entraron a galope y atacaron la puerta de Coria, también llamada “Arco del Socorro”, que fue una de las cuatro puertas con las que contaba el recinto amurallado de *Norba Caesarina* durante la época romana, defendida por Gonzalo de Cáceres.

Tras un duro enfrentamiento mataron los guardias e irrumpieron en la ciudad apoderándose de ella, logrando que permaneciera bajo la obediencia de Enrique IV.

—¡Vienen sobre nosotros! ¡Sálvese quien pueda!

Son los gritos que lanzaba la compañía de la guardia de la villa, que llegó corriendo en tropel a la ciudadela intramuros, unos con alabardas y otros ya desarmados

No les fue difícil dada la debilidad y el escaso número con que contaba la defensa de Cáceres. Optaron todos por la entrega.

—¡Viva nuestro señor!—exclamaban los soldados a Luis de Chaves que con su penetrante mirada iba recorriendo toda la pomposa fila, con clamor que despertó los ecos de las viejas murallas.

Luis correspondió como caballero a quienes mostraban serlo, respetando a los heridos y la libertad al resto de defensores de Cáceres. Un conmovedor pugilato de nobleza. El bizarro Gonzalo de Cáceres, por extremo turbado e indefenso, un gemido final de desesperación y de rabia, se dio por satisfecho.

Fue general el júbilo de los villanos de Cáceres, que habían estado sometidos a la dictadura de Gonzalo de Cáceres. Sus seguidores, leales y sesudos, torcían el gesto, meneaban las cabezas y se encerraban en sus casas. Luis mandó abrir de par en par todas las puertas macizas del recinto. Desde una de las murallas de una torre albarrana estuvo expectante y atento siguiendo todos los pormenores de la soldadesca que recorría las angostas calles de la villa cacereña, sonaron trompetas y atabales, y las campanas de la iglesia de Santa María comenzaron a tañer con alegría. El entusiasmo era indescriptible.

Lastimoso era el estado del reino de Castilla en aquel año de 1466. La incapacidad del rey Enrique IV, rayaba a menudo en lo imbécil. Aquel año escribió a Luis de Chaves mandándole recibir por señora de la ciudad a su hermana, la infanta Isabel, al tiempo que la reina Juana le recomendaba, mediante carta, el pago de ciertos maravedíes de juro que su marido tenía concedidos a la citada infanta sobre las rentas de Trujillo. El noble trujillano leería esta última carta hirviéndole la sangre en las venas de coraje.

Sin embargo, en enero de 1468 el propio Enrique IV, acompañado del conde de Plasencia, se desplazó hasta Trujillo, donde sólo se le permitió entrar con tres criados, con el firme propósito de entregarle la ciudad, pero sus moradores, apoyados por el alcaide de la fortaleza, Gracián de Sese, resistieron, una vez más, a que la ciudad fuera enajenada de la Corona y fueron inútiles todos los esfuerzos del conde de Plasencia y de su capitán Pedro de Hontiveros. Muchos hombres corrían por las calles excitando a la rebelión al vecindario, ponderando con calumnias los males que se sufrían, cantando a veces coplas denigrantes para el rey. Otros esperaban tras las paredes de las casas, con inquieta curiosidad, el devenir de los acontecimientos. Cualquier ruido insólito en la calle parecía oprimir el corazón y perlaba de sudores la frente de los villanos.

Luis se despidió de los suyos, aunque ya se encontraba un poco más viejo, muy lejos ya que aquel hombre lleno de fortaleza y arrogancia que cautivó a tantas mujeres. Pero, aún contaba con fuerzas para participar en la llamada “Farsa de Ávila “ de 1467, que extendería por toda Castilla una guerra nobiliaria que favoreció el reencuentro de los miembros del linaje Monroy. Junto al infante don Alfonso se alinearon el conde de Alba, el arzobispo de Toledo, el maestre de Alcántara, el comendador mayor de León de la orden de Santiago y otros nobles; al lado del rey don Enrique se situarían los duques de Alburquerque, los de Plasencia, el claverero de Alcántara y su primo Hernando Rodríguez de Monroy.

A Ávila se encaminó Luis de Chaves al amanecer de un hermoso día, cabalgando en un buen caballo, guarnecido, solidez y elegancia, manejándolo con gran agilidad y firmeza. Atrás quedaron los peñascales de Trujillo, con sus formas caprichosas que se matizaban de pinceladas rojas sobre la tonalidad de la masa granítica. Luis caminaba a buen paso.



No había hecho nada más que salir el sol, acariciando suave la desnudez de la naturaleza, y Luis se hallaba a unas leguas de Plasencia. Tendía la vista lo largo y alrededor del camino para asegurarse de que nadie pensaba interrumpir la marcha. Al llegar a un altozano donde descubría mucho campo, fijó la atención, advirtiendo a un caballero. Se trataba de Álvaro de Zúñiga y Guzmán, conde de Plasencia, que iba a participar en la “Farsa de Ávila”, Precisamente sería el representante castellano que proclamó rey en su lugar al infante Alfonso. Curiosamente y aunque realizaron el camino juntos, se enfrentarían posteriormente. Luis iba en apoyo del rey don Enrique.

Luis de Chaves se encontró con el conde de Plasencia al salir de entre un robledal, bien vestido y equipado, el cual montaba un precioso caballo y que, haciendo ademán de arreglar los estribos y las riendas, se detenía para proseguir su camino con el caballero de Trujillo.

Cuando se encontraron, el conde le saludó. Luis iba cubierto de sudor y polvo. Hizo una profunda cortesía y se presentó.

—Si no os molesta puedo acompañaros en vuestro viaje.

—Difícil es eso, porque voy muy lejos— contestó Luis.

—Yo voy camino de Ávila—, le dijo Álvaro de Zúñiga, mirando de reojo a su improvisado compañero.

—Pues llevamos el mismo camino. No me interesa enterarme del encargo que lleváis. Mi objeto no es otro que el de apoyar la causa del infante don Alfonso.

Luis miró fijamente a su singular compañero, y viendo una expresión de buena fe, le invito a acompañarle, sin explicarle el motivo de su viaje.

—Es necesario que me dispenséis la confianza de explicaros la naturaleza de los asuntos que me llevan a Ávila. No obstante, por el camino tendré tiempo de ponerlos al corriente de todo—, repuso Luis.

Nada más avistar a lo lejos Ávila. Los dos se tendieron las manos, aprestándose las con franca cordialidad y reanudaron el camino.

Para la mejor diligencia de nuestro relato será conveniente que retrocedamos en el tiempo y expliquemos las causas y el motivo del viaje de ambos caballeros a Ávila.

El rey Enrique IV de Castilla era un monarca sensible conocido con el insultante sobrenombre de “el Impotente”. En el año 1453 el Papa Nicolás V había anulado su matrimonio con la infanta Blanca de Navarra debido a que después de tres años casados aún no lo había consumado. Dos años después se casó con la princesa Juana de Portugal, que quedaría embarazada en dos ocasiones, uno de sus hijos fue Juana de Castilla. Fueron varios los nobles que le acusaron de ser homosexual, especulando que la niña había sido concebida por el nuevo hombre de confianza del rey, Don Beltrán de la Cueva.

Algunos de sus oponentes más crueles ya se habían reunido el 5 de junio de 1465 en el exterior de las murallas de Ávila, para celebrar un acto sin precedentes en la historia de Castilla que pusieron por nombre la “Farsa de Ávila”. Entre ellos, se encontraban algunos de los principales miembros de la liga de nobles adversarios al rey: el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, su sobrino Juan Pacheco marqués de Villena (hombre de confianza de Enrique IV hasta que fue sustituido por Beltrán de la Cueva), el conde de Plasencia y el conde de Benavente, así como muchos de sus vasallos y un numeroso público; éste estaba formado por villanos abulenses, convocados para la farsa.

Los nobles rebeldes habían ordenado que se levantase una gran plataforma de madera, visible desde gran distancia. Sobre esta colocaron una efigie de madera representando a un hombre vestido de luto, con una corona, un cetro y una espada. Ese decorado con el maniquí iba a ser donde se iba a celebrar una ceremonia de importantes consecuencias políticas. En el

acto se encontraba un niño de doce años, el infante Alfonso de Castilla, que era hermanastro del rey que allí se burlaba. Éste niño era hijo del rey Juan II y de Isabel de Portugal, y era hermano menor de la infanta Isabel.

El infante Alfonso ocupaba en aquel momento el tercer lugar en la línea de sucesión, detrás de su sobrina la infanta Juana de Castilla, la hija del rey. Antes de tan insólita ceremonia —sin precedentes en el reino— el arzobispo de Toledo celebró una misa. Finalizada la cual los magnates organizadores se subieron al entarimado para leer una declaración.

En ella acusaban al rey de sentir simpatía por los musulmanes, de ser homosexual, de ser un hombre pacífico y de no ser el verdadero padre de la infanta Juana. Seguidamente afirmaron que la infanta Juana no tenía derecho a sucederle como reina de Castilla.

Tras finalizar la lectura del manifiesto comenzó la siguiente parte de la ceremonia de desposesión figurada del monarca ausente. Primero, el arzobispo de Toledo se acercó a la estatua y le quitó la corona (símbolo de la dignidad real). A continuación el conde de Plasencia le arrebató a la efigie la espada (símbolo de la administración de justicia). En tanto que el conde de Benavente le cogió su bastón (símbolo del gobierno del reino). Finalmente, Diego López de Zúñiga —hermano del conde de Plasencia— derribó la estatua que representaba a Enrique IV al grito de: “¡A tierra puto!”.

A continuación subieron al tablado al infante Alfonso de Castilla. Todos le rodearon y gritaron a coro “¡Castilla por el rey don Alfonso!”.

Después de la deposición del anterior rey y la proclamación del nuevo, fueron uno detrás de otro a besar la mano de Alfonso como símbolo de vasallaje.

Tan evidente manipulación de un niño no sirvió para reunir las suficientes adhesiones para su causa; la “Farsa de Ávila” no

abrió paso a una Corte paralela ni a una guerra abierta entre el rey y su hermanastro. Cuando tres años después el infante Alfonso murió, su hermana Isabel se sometió a la autoridad de su hermanastro Enrique IV. Lo más incoherente e indigno de esta historia es que cuando accedió al trono Isabel I se dio la paradoja de que el marqués de Villena y otros participantes en la farsa de Ávila se declararon partidarios de Juana, la hija “ilegítima” de Enrique IV. De la misma forma que manipularon a Alfonso manipularían a Juana para declarar la guerra a la reina Isabel; esta vez apoyados por un ejército portugués que invadió Castilla. En realidad lo único que les importaba a los rebeldes era socavar la autoridad del rey y manipular al heredero a su conveniencia.

Poseía el marqués de Villena el genio de la intriga, y con extremada sagacidad, se procuraba amigos en todas las parcialidades para servirse de ellos a tiempo; por eso mantuvo siempre secretos tratos con la reina doña Juana, madre de “la Beltraneja”, a pesar de haber sido el principal promovido de la jura de los Toros de Guisando, y cuando se vio derrotado y vencido por la princesa en todos los caminos por donde había procurado atajar la subida al trono de Castilla del príncipe de Aragón, se refugió en alejar de la corona a la princesa doña Isabel, desbaratando todo lo hecho en el concierto de los Toros de Guisando. Imaginó desposar a la reina doña Juana “la Beltraneja”, que contaba con ocho años de edad, con el duque de Berry, hermano de Luis XI, que había pretendido la mano de la princesa doña Isabel. El rey se desdijo de todo lo jurado en los Toros de Guisando y, que, reconociendo a la niña doña Juana por su legítima hija, le hizo jurar de nuevo, con el duque de Berry, príncipes herederos del trono de Castilla. Mientras tanto, males y plagas corrían por el reino. Desafortunadamente murió de veneno el duque de Berry, también el marqués de

Villena de una postema en la garganta del cardenal de Arrás, muerto apuñalado.

A pesar de tan bochornosos acontecimientos, Ávila continúa llevando en su escudo las tres divisas que fue recibiendo de los antepasados de Enrique IV: “Ávila del Rey”, “Ávila de los leales” y “Ávila de los caballeros”. Esta fue una asombrosa excepción a la fidelidad habitual de los abulenses a la Corona y a España. Posiblemente por eso la ceremonia de la Farsa de Ávila no se conmemora ni recuerda de forma alguna en esa bella capital castellana.

Han desaparecido la mayor parte de los recuerdos de ese rey desgraciado que fue Enrique IV de Castilla. Éste rey nació en una casona situada en la calle Teresa Gil de Valladolid; era llamada *Casa de las Aldabas* por las once grandes aldabas de hierro que pendían de su fachada. Sólo se libraría del derribo el arco de entrada y algunos escudos, que merecen la pena ser observados.

La experiencia de Alfonso en la “Farsa de Ávila” le demostró a Isabel que la mejor manera de acceder al trono era a través de los cauces legítimos. En vez de ser proclamada reina por el bando rebelde, Isabel pactó con Enrique y ser nombrada heredera, haciéndolo efectivo en el acuerdo de los Toros de Guisando.

*“Bien sabedes las divisiones e movimientos e escandalos acaecidos en estos mis regnos de quatro años a esta parte. Yo sienpre he deseado e trabajado e procurado de los atajar e quitar e dar pas e sosiego en estos dichos mis regnos, non se han podido en ella dar asiento nin conclusión fasta agora e por la graçia de Dios la muy ylustre prinçesa doña Ysabel mi muy cara e muy amada hermana se vino a ver conmigo. He la dicha prinçesa mi hermana me reconocio por su rey e señor natural de todos estos regnos e señoríos e me otorgo e fiso la obediencia que devia e asy mismo cada uno dellos me otorgaron e fesieron la dicha obe-*

*diençia y reverençia. Determine de la resçebir e tomar e resçebi e tome por prinçesa e mi primera heredera e subçesora destos dichos mis regnos e señorios“.*

El príncipe Alfonso contrajo la peste, que azotaba a la comarca de Ávila y falleció en Cardeñosa, aldea cercana a dicha ciudad, el día 5 de julio de 1468. La noticia fue comunicada a las ciudades del reino, procurando la pacificación del reino y el posible doloroso episodio de una sucesión. La infanta Isabel vivió aquellos días inmersa en un drama angustioso. Su vida tomaba un imprevisible destino, apoyándose en el arzobispo Carrillo en algunos nobles, entre los que se encontraba Pacheco, Álvaro de Zúñiga, conde de Plasencia y justicia mayor de Castilla; Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana y Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro.

En estos conflictos por la corona castellana, la villa trujillana se sitúa como especial escenario de las luchas entre las distintas banderías, destacando principalmente Hernando de Monroy y Luis de Chaves. por entonces, el espacio extramuros de Trujillo siguiente a la zona amurallada se fue convirtiendo en la segunda mitad del siglo XV en la zona de mayor concurrencia de la comunidad y como espacio de intercambio por excelencia, adquiriendo una importancia vital, como eje articulador en torno al que se organiza la vida de la comunidad. Una realidad que potencia la creación de la futura plaza como “eje vital” de la villa es la actividad económica que se desarrolla en la misma. En 1465, por privilegio de Enrique IV, la villa gozaba de un mercado franco *“por el dia del jueves de cada semana e que todas las personas vezinos de esa çibdad e su tierra e de qualesquier otras partes asi de mis reynos como de fuera dellos christianos e moros e judios e omes e mugeres de cualquier ley, estado o condiçion, preheminençia o dignidad que sean e al dicho mercado vinieren puedan venir e vengan libre*

*e seguramente contodos sus bienes e mercadurias*”, tal y como rezaba en las ordenanzas.

Que la plaza se convirtió en el eje en torno al que se articulaba la vida política de la villa no cabe duda alguna. Esta plaza conocida como del arrabal, junto a la iglesia de San Martín, es producto del intenso crecimiento demográfico al que se encuentra sometida la ciudad durante la segunda mitad del siglo XV. En la misma plaza se localizaban las casas del concejo y otros edificios dependientes de las autoridades locales, como por ejemplo las carnicerías, ambas construcciones se presentaban contiguas y sus primeras noticias se remontan a 1418. Muchos documentos refieren con detalle esta realidad especialmente cuando aluden a la localización de las casas que el concejo arrendaba a diversos inquilinos, pero en el caso de Trujillo, que en el siglo XV estaba sufriendo una intensa expansión urbana, esta certidumbre se hacía más patente toda vez que el concejo mostró un gran interés por centralizar en dicho espacio los edificios públicos más importantes como la cárcel y la alhóndiga, para poner en ellas el peso del pan. Trujillo contó además con otras plazas de menor importancia pero que sin duda ejercieron una función similar a la que se convertiría en plaza principal de la villa.

La ubicación del mercado de la villa se concretó en la plazuela y puerta de Santiago. Lo que sí es cierto, es que en el mercado de los jueves se desarrolló una vida económica activa, bulliciosa. Allí confluían comerciantes de la villa y su tierra así como gentes foráneas con todo tipo de productos. A través de actas del concejo y de las ordenanzas sabemos que se comerciaba con telas, una amplia variedad de alimentos (higos, garbanzos, castañas, nueces, avellanas, aceite, miel), y utensilios domésticos (herraduras, mobiliario, cestas, tejas, botijos, jarras, barreñas, tinajas), sometidos a una férrea re-

glamentación que aseguraba calidad y una estandarización de los precios. Desde nuestra perspectiva, la presencia de moros y judíos muy activos en este sector fue decisiva para el impulso económico definitivo de la villa, a pesar de las limitaciones que tuvieron en lo relacionado con prácticas mercantiles.

La convivencia entre cristianos, moros y judíos no siempre fue fluida, aunque tampoco se documentan enfrentamientos directos dignos de mención. En determinados momentos surgieron problemas que, denunciados, en ocasiones no encontraron soluciones adecuadas. Es por ello que en las ordenanzas de la villa detectamos una serie de medidas tendentes a solucionar los problemas que provocaban la convivencia a la que estamos aludiendo, aunque siempre con ventaja para los cristianos. Con ello, no se dejaba de detectar una especial calma tensa. Judíos y musulmanes estaban supeditados a serias limitaciones en el ejercicio de actividades cotidianas como el comercio sólo practicado en momentos muy determinados, ni siquiera les era permitido cubrir necesidades relacionadas con el abastecimiento. El extremo de esta actitud separatista hacia estas minorías, además de su aislamiento en aljamas y morerías donde debían montar sus mercados, llegó con la rigurosa aplicación de los distintivos que iban sobrepuestos sobre los ropajes. Los judíos debían llevar señales “redondas coloradas” y los moros unas lunas.

A finales de 1469, Enrique IV volvió a encontrar la enconada resistencia de los trujillanos y el propio duque de Medina Sidonia, Enrique de Guzmán, intervino enviando unas trescientas lanzas, capitaneadas por su hermano Pedro, en auxilio del conde de Plasencia quien no tuvo más remedio que ceder en sus pretensiones y cambiar el señorío de Trujillo por la villa de Arévalo, con título de duque. Ese mismo año, Álvaro de Stúñiga tomó posesión de Arévalo, y en el mes de noviembre el marqués de Villena, Juan Pacheco, que estaba interesado en



el señorío de Trujillo, escribió a Juan de Porres para que en un privilegio de maravedíes de juro que él tenía, concedidos por Enrique IV al conde de Plasencia, pusiese la cantidad de un millón de maravedíes, cifra en la que evaluaron las rentas y tierra de Trujillo sobre las de Arévalo.

Luis de Chaves como caballero de armas, continuó destacando por su valor y su entrega a Castilla. Estuvo junto al clavero Alonso de Monroy en febrero de 1470 en el cerco de la villa de Alcántara, reforzadas sus huestes con las gentes que vinieron por orden del conde de Plasencia. Antes de la batalla, Luis y otros caballeros solicitaban que se les administrasen los sacramentos. Era un hombre prudente y la medida de su ánimo logró el afecto de sus súbditos. Al maestre la ayudaron el conde Coria, Gutierre Solís, el conde de Alba, Fernando Álvarez de Toledo y Alonso Carrillo.

Al caer de una tarde grisienta y tormentosa, el clavero venció por medio de la astucia, aunque contaba con menos soldados. Hizo unos desniveles en el terreno, donde caía el enemigo y eran hechos prisioneros. Tras la batalla, al encontrarse el clavero Alonso de Monroy con Luis de Chaves, se dieron un tierno abrazo. Palabras de amistad y afecto brotaron de los labios de los dos. Allí quedaba epilogado el drama de una guerra que no tuvo que haber existido. Allí daba fin una etapa de amargos resentimientos y de rencores.

Luis de Chaves también llevó a cabo un papel muy importante en los sucesos que acaecieron en la guerra civil. Junto a él sus parientes los Monroy, especialmente Alonso Monroy, nombrado maestre de Alcántara en el año 1473, quien buscaba consolidar su cargo frente al otro pretendiente al maestrazgo Juan de Zúñiga, hijo del conde de Plasencia.

La reina Isabel I de Castilla ocupó un gran protagonismo en la historia de España, concretamente en la formación de la monarquía castellano—aragonesa y del Estado moderno, aunque

su llegada al poder no fue un camino de rosas, teniendo que enfrentarse a su sobrina Juana.

En 1469 Isabel había sido admitida como princesa de Asturias, cuando decidió contraer matrimonio con Fernando, heredero de la Corona de Aragón. Lo hace con suma cautela y muchas precauciones. El acuerdo de Cervera reservaba a la sola Isabel la condición de heredera de la Corona de Castilla. Al morir el rey Enrique IV en 1474, Isabel se proclama reina de Castilla. El nombramiento de Isabel como reina no fue aceptado por todo el reino. Tuvo el apoyo de la meseta norte, las provincias vascas y otras zonas del reino. En Galicia, Andalucía y Extremadura existía un ambiente de anarquía fomentada por la nobleza. La ciudad de Trujillo vivió con gran protagonismo a esta contienda civil entre los años 1474 y 1479.

Hemos de partir del año 1469. Alonso de Monroy había logrado sentar una sólida base desde donde poder enfrentarse al maestro. Don Gómez controlaba todo el territorio de la Orden. Alonso de Monroy, consciente de la necesidad de adquirir un territorio propio, consiguió un ejército bien dotado militarmente y dio un gran golpe de efecto ocupando el castillo de Azagala. El ámbito occidental de la orden alcantarina estaba bajo su control, intentando una mayor proyección conquistadora hacia la zona de La Serena. Pero hubo que esperar la definitiva conquista de Alcántara para poder hacerse con los territorios de La Serena y así finalizar con los focos hostiles que estaban en poder de don Gómez. En poco tiempo consiguió Zalamea, con las consiguientes victorias en Magacela y Benquerencia gracias al ejército de Alonso de Monroy que se había destacado por su habilidad militar. Alonso de Monroy haya contado con la ayuda del prior de Magacela; de Francisco de Soto, comendador mayor; Diego de Cáceres, de Benquerencia; Pedro Pantoja, de Piedrabuena; Sancho Valverde, comen-

dador de Castilnovo; frey García Mexía, prior de Magacela; Fernando Gómez de Solís, comendador de Herrera y Alonso de Villasayas, de Santibáñez.

En este período entran en la escena extremeña los monarcas católicos. Uno de los principales defensores de los Reyes Católicos fue Luis de Chaves, el principal dirigente de Trujillo, era del temple del acero, junto a él Alonso de Monroy, nombrado maestre de Alcántara en 1473 por sus seguidores, militando en el bando de su pariente en la defensa de Trujillo.

En 1472, Enrique IV apartó de Trujillo los lugares de Logrosán, Zorita, Acedera, Cañamero, Naval, Villar, Berzocana y García. Ya en 1440 su padre había concedido a Pedro de Stúñiga Cañamero y Berzocana, y el 16 de septiembre de 1472 hizo donación a la condesa de Medellín, Beatriz Pacheco de 300 vasallos en Abertura, Burdalo, Escurial, El Campo (Campo Lugar) y Alcollarín, al tiempo que separaba dichos lugares de la jurisdicción de la ciudad. Juan Pacheco obtuvo de Enrique IV el señorío de Trujillo con título ducal pero no llegó a poseerlo porque la muerte le sorprendió en la villa de Santa Cruz el 4 de octubre de 1474, precisamente cuando estaba a punto de alcanzarlo. En 1477 Trujillo se reintegró a la corona con Isabel 1, pero el 20 de mayo de 1496, mediante cédula real dada por Isabel y Fernando, pasó a manos del príncipe Juan.

En 1474, el alcaide de la fortaleza de Trujillo, Gracián de Sesé, considera que es más conveniente que Trujillo esté en manos del marqués de Villena, negándose a entregarla. El maestro insistió ofreciéndole dinero y vasallos pero la negativa continuó, por lo que el monarca en persona tuvo que acudir a Trujillo a dialogar con él y convencerle de que era de gran importancia para la paz de sus reinos entregar la fortaleza de carcomidos sillares al marqués de Villena. Al fin el alcaide optó por cederla a cambio de que el maestre y marqués le diéramos

vasallos y unas cantidades de maravedí. El marqués de Villena se encontraba en Santa Cruz, logrando hacer un trato con Gracián de Sesé por medio de su criado Pedro Baeza, ya que el marqués se encontraba enfermo. Convencido el alcaide de la gran importancia que tenía la posesión de Trujillo por parte de Juan Pacheco, marqués de Villena para qué se celebrase el matrimonio entre la princesa Juana y Alfonso V de Portugal, prometió entregar la fortaleza y la ciudad en nombre del rey y de su hija Juana. Además pedí unas compensaciones para él y su familia. El maestre aceptó. Conseguidas las peticiones del alcaide entregó la ciudad de Trujillo, pero el maestre no pudo ver cumplido su deseo porque murió de un absceso a la garganta el día 4 de octubre de 1474.

Pero de Baeza mantuvo la muerte de Pacheco en silencio, para poder continuar las negociaciones. El maestre dejaba por heredero a su hijo Diego López Pacheco. Gracián de Sesé recibió en compensación la villa de San Felices de los Gallegos –aunque no le admitieron— con las mismas condiciones que la había poseído con Pacheco a cambio de los kurdos y Mercedes crecimiento dicho, también recibió la fortaleza de Mérida. Varios nobles de Trujillo apedrearon el alcaide a causa de lo cual murió, fue un castigo por haber vendido una fortaleza real.

No vamos a entrar a describir toda esta contienda civil que se internacionalizó con Portugal y Francia, aunque debemos de anotar que en el año 1475, Trujillo, fue una de las plazas donde la resistencia fue mayor y los combates más atroces. De parte de la reina, Fernando Monroy, señor de Belvis, mientras Luis de Chaves no estuvo presente en la ciudad, capitaneaba a todos los partidarios de doña Isabel, que hizo un llamamiento general a todos sus seguidores, prometiendo a cambio un perdón general para todos aquellos que fueron ayudar a tomar la fortaleza de Trujillo, librándose encarnizados combates. Las

bajas debieron ser numerosas, entre ellas dos hijos de Luis de Chaves murieron en el combate, Nuño y Martín. El rey escribió a su amigo para darle el pésame, el 27 de diciembre de 1476.

Cuando les llegó la noticia del fallecimiento de Nuño y Martín, Luis y su esposa María entraron en la iglesia de Santiago para postrarse en un reclinatorio ante la sagrada imagen del Cristo de las Aguas. María pedía:

—Señor, que estos clavos atraviesen la dureza de mi corazón.

Luis sintió una desolación interior. Mientras los dos se retiraban por un puente que unía la iglesia de su casa fuerte. Allí se quedó Luis, despidiéndose de su esposa que se fue a descansar. A lo lejos, los campos de Trujillo, sin más descanso que el de cambiar a ratos de postración, en vela a pie firme. De nuevo le asaltaron los recuerdos, aunque no quiso dejarse envolver por ellos. Recuerdos espesos que desaparecieron cuando un incidente inesperado vino a cortar en seco sus meditaciones en aquella noche clara. Bajo la muralla se apostaron varios soldados portugueses esperando el alba para que la villa abriera sus puertas. Habían participado en la batalla de Mourão, provincia del Alentejo, y huyeron hacia Castilla, a pesar del enfrentamiento entre las fuerzas portuguesas y castellanas, partidaria de Isabel, en el ámbito de la guerra de sucesión castellana. El tiempo pareció detenerse, le vinieron los recuerdos de las varipintas batallas en las que había participado y sintió lástima de aquellos hombres, agarrándose con fuerza a las duras piedras de la muralla y con el torso ligeramente encorvado les arrojó algunas mantas y algo de comida.

De la débil voluntad de Enrique IV, Pacheco consiguió el señorío de Trujillo y sus tierras, sin que el Alcaide Gracián de Sesé pudiera oponerse. Al posesionarse de este señorío muere en Santa Cruz de la Sierra, el 4 de octubre de 1474. Sus herederos Beatriz en Medellín y don Diego López en Trujillo,

continuaron la política de oposición a la Corona, hasta que Isabel *la Católica* les hizo entrar en la disciplina real, no antes de haber derruido castillos y desmochado palacios. Enrique IV donó la villa de Casariegos del Monte a Isabel y un juro en la ciudad de Trujillo por valor de 390.000 maravedíes. Esta es la primera relación que tiene Isabel con la ciudad de Trujillo cuando apenas era una adolescente y seguramente también con Luis de Chaves, pues le escribió una carta, luego ya tenía relación él o al menos con sus consejeros. En esa carta le pide que los maravedíes sean repartidos entre los mejores lugares y rentas de la ciudad y su tierra *“de manera que yo pueda ser bien pagada, dándole a este criado mío todo el favor e ayuda que menester oviere”*.

El rey Enrique IV fallece en Madrid el 11 de diciembre de 1474, a punto de cumplir cincuenta años, fue sepultado en el Monasterio de Guadalupe, junto a su madre doña María de Aragón, en donde aún se conservan los restos de ambos. Tras su muerte, sin solventar la cuestión sucesoria, se levanta una nueva guerra civil y nobiliaria en los campos de Castilla. Además, todavía en 1474, a la muerte de Enrique IV, un reino musulmán ocupaba las comarcas del sureste. en dicha guerra, unos defendían los derechos de la discutida hija del rey, la princesa Juana “la Beltraneja”, que había celebrado ya esponsales en Plasencia como el rey Alfonso V de Portugal, bajo la protección de los duques, sus padrinos; otros, en defensa de los derechos de la hermana del rey, Isabel de Trastámara, que contaba con veintitrés años de edad, casada con el príncipe heredero de Aragón, Fernando de Trastámara, de veintidós años. Los Monroy volverán a a la Guerra en defensa de dueño Isabel en contra de sus antiguos aliados los duques de Arévalo y Plasencia, que junto a la condesa de Medellín, doña Beatriz Pacheco, y otros nobles de la tierra, reconocerán como reina a Juana *la Beltraneja*” y entregarán al portugués la fortaleza de Trujillo.

La reconquista parecía virtualmente terminada, pues nada era capaz de contener el impulso de las armas castellanas y aragonesas. Sin embargo, la gran empresa nacional parece detenerse por espacio de dos siglos. Aragón había terminado la parte que le asignaban los tratados, y queda sola Castilla, incapaz para proseguir aisladamente la empresa. Era preciso que se reuniesen las dos coronas para que su consumación fuese posible. Castilla, agitada por guerras civiles—en las cuales los bandos piden el auxilio de los moros—y por largas minorías se desinteresa del anhelo de ocho siglos. Se había perdido el miedo a los moros, y musulmanes y cristianos convivían en las ciudades fronterizas. Por otra parte los Nazaríes, reyes de Granada, abren sus puertas a los sultanes africanos, y en cambio reclaman contra ellos, cuando es preciso, el auxilio de Castilla.

Por su parte, el príncipe don Fernando conoció la muerte de don Enrique por carta del arzobispo de Toledo, que dice así: *“Muy alto, y muy poderoso Príncipe Rey y Señor: Vra. Alteza sepa: Que ayer domingo a las dos horas de la noche feneció el Señor Rey, llamado por otro Rey, que todos los Reyes tenéis por mayor. Fago lo saber a Vra. Real Señoría, la cual me parece, que luego, sin ningún detenimiento, se deve partir para acá a más andar porque así cumple el servicio vro. e por agora no es menester más. Nro. Señor vra. Real persona guarde y muchos tiempos prospere y conserve. De Alcalá a doze de Deziembre del año de MCCCCLXXIII”*.

Está claro que el prelado se lo había comunicado para congraciarse con él y disminuir la influencia que los Mendoza tenían en el ánimo de la reina, ya que tenía formado propósito de no ayudarle e incluso de serle contrario si se le disputaba el trono. De esta manera, don Fernando entraría en Castilla en el mes de diciembre de 1474 convencido de que a la reina —se habían desposado en Valladolid el 19 de octubre de 1469— le

rodeaba un grupo hostil, además el temor a que don Fernando pretendiese reinar por derecho, como descendiente de Enrique de Trastámara por línea directa de varón, superior al de su mujer; y que el gobierno cayesen sus manos y entregarse cargos y fortalezas a sus aragoneses, en vez de a los castellanos. Fernando, en el camino hasta Segovia, juró guardar las leyes de Castilla, haciendo entrada en esta ciudad y, el día 3 de diciembre de 1474 fue jurado y proclamados los nuevos reyes en Segovia el 13 de diciembre de 1474. Cuenta Hernando del Pulgar que *“dende a pocos días partieron el Rey e la Reina de Segovia para Medina del Campo, e dende fueron a Valladolid... e allí estovieron algunos días, e hicieron grandes fiestas, e recibieron homenajes de algunos caballeros e cibdades e villas del reino que fincaban por recibir”*. Isabel fue proclamada *“Reyna e Señora nuestra”*. Fernando vendría en segundo lugar, *“como su legítimo marido”*. A lo largo de su reinado, Isabel casi nunca tomaría una decisión de importancia sin consultar antes con Fernando. Él dirigiría los asuntos tenidos por puramente castellanos, referentes a las guerras, a la religión cristiana o a las Indias.

En el marco de la contienda civil, la toma de Trujillo se produce entre 1475 y 1476. Durante el período hay una serie de vaivenes en los que Trujillo ora está en manos de los nobles Pacheco, Zúñiga por Juana y el rey de Portugal, ora con Luis de Chaves y los Monroy por los Reyes Católicos.

La ciudad se hallaba en manos de Diego López Pacheco, marqués de Villena desde la muerte de su padre, él quería a toda costa llevar a cabo el matrimonio del rey de Portugal con Juana. Llevó a Juana al castillo de Trujillo para poder celebrar el enlace, puesto que era una ciudad muy bien defendida, era mayo de 1475. Por su parte, los Reyes Católicos se pusieron en contacto con Luis de Chaves para que reuniera a cuantos pudiera de su parte, para oponerse a los planes de sus adver-



sarios; Luis de Chaves no debió haber muy favorable a actuar porque sus enemigos estaba muy reforzados y tenía un alcaide muy valiente que era Pedro Baeza a cuyo cargo dejaron a Juana. Los reyes enviaron a este alcaide unos parientes ofreciéndole dinero y un condado pero lo rechazó.

A pesar de todo el marqués de Villena, prefirió trasladar a Juana a la ciudad de Plasencia, que era un lugar seguro porque allí estaba la familia Stúñiga. El enlace tuvo lugar en Plasencia. Mientras tanto, en Trujillo se enfrentaban los dos bandos, el castillo estuvo cercado durante seis meses desde abril hasta el 22 septiembre, librándose un duro combate donde murió el capitán Juan Ternerero, que dirigía a la hueste de la alta nobleza, y acabó con el repliegue de las gentes del marqués en la fortaleza, mientras que Luis de Chaves dominaba la ciudad. Los monarcas, primero refrendando desde Zamora y después la reina Isabel desde Tordesillas felicitaron a Luis de Charles y le agradecieron esta valerosa empresa.

En 1475, la mayor parte de Castilla entre la que se encontraba Extremadura, se hallaba en manos de nobles juanistas: Villena y sus parientes, el maestre de Calatrava y al duque de Arévalo. La mayor parte de León y de Castilla La Vieja eran leales a Fernando e Isabel.

Las hostilidades empiezan en mayo de 1475, cuando tropas portuguesas pasan la frontera castellana. El rey de Portugal, Alfonso V, pretende defender los derechos de su sobrina doña Juana, con quien acaba de contraer matrimonio. Los nobles castellanos hostiles a doña Isabel entran en rebeldía. La guerra de Sucesión Castellana tiene, pues, un carácter doble de guerra civil y de guerra internacional. Por su situación geográfica y su empuje económico, Castilla constituye el eje de la Península. La victoria de uno u otro bando significaría un desplazamiento del peso político de la nueva monarquía hacia el oeste y el Atlántico o hacia el este y el ámbito mediterráneo;

lo que está en juego es la formación de un bloque Portugal—Castilla, que vendría a deshacer el bloque Castilla—Aragón en vías de constitución. A Francia también le preocupa la unión Castilla—Aragón; por eso decide aliarse con Portugal.

Luis de Chaves convenció a sus convecinos en 1475 para que se alzaran a favor de los monarcas católicos, para arrebatarse la ciudad a Juan Pacheco que la poseía desde 1469. El cerco duró seis meses —abril a septiembre— y al final se consiguió.

Había comenzado la guerra civil entre el rey de Portugal Alfonso V, los grandes señores y los Reyes Católicos. Trujillo era una plaza muy deseada y el lobo marqués de Villena, Diego López Pacheco, que se sentía con derechos heredados de su padre en esta ciudad, junto con los condes de Plasencia la forma en nombre del partido del rey de Portugal y Juana “la Beltraneja”, a quienes pretendían desposar en esta ciudad. Debido al ambiente poco propicio existente en Trujillo, pues se temía una sublevación de Luis de Chaves, trasladaron a Juan a Plasencia.

En los primeros meses de la campaña, los portugueses se apoderan de parte de Extremadura y de Galicia, ocupan Toro y, durante algunos días, Zamora. Cuentan con una invasión francesa por el norte para obligar a los Reyes Católicos a capitular. La reorganización del ejército castellano y la ayuda de Aragón permiten una contraofensiva de don Fernando por tierras de Burgos y, sobre todo, en Zamora. A principios de marzo de 1476, en Toro, las tropas castellanas derrotan a las portuguesas. Alfonso V de Portugal espera restablecer la situación a su favor con la alianza de Francia; pero la renuncia momentánea de Aragón a sus derechos sobre el Rosellón incita a Luis XI, rey de Francia, a retirarse del conflicto. Los reyes de Castilla afianzan su poder, reuniendo Cortes en Madrigal (abril de 1476) y repartiéndose las tareas: don Fernando pacifica la tierra de Zamora, mientras doña Isabel se dirige a Andalucía.

En el año 1476 se producen duros enfrentamientos en el castillo de Trujillo. Desde los primeros meses del año y en febrero ya estaban combatiendo ambas facciones. Los monarcas piden paz y prometen un perdón real para todos aquellos que fueron a ayudar a la toma de la fortaleza de Trujillo. En marzo se aísla aún más al enemigo para intentar su rendición por la falta de víveres. Se da orden expresa de prohibir cualquier ayuda a Pedro Baeza rebelde en la fortaleza, pues se castigaría con la confiscación de sus bienes. Desde el 10 abril hasta finales de julio se encargó de un modo especial el cerco a Fernando Monroy por parte de la reina. Luis de Chaves con las tropas de Alonso de Monroy consiguieron con una escala abrir una puerta por la noche y cogieron por sorpresa atacar a los habitantes de la villa, fue una victoria definitiva de la ciudad. Dos hijos de Luis de Chaves murieron en combate, Nuño y Martín.

El rey escribió a su amigo Luis para darle el pésame el 27 diciembre de 1476. La ciudad estaba tomada, pero Pedro Baeza se refugió en el castillo. Era el último baluarte que faltaba por conquistar. Se juntaron los alcaldes de algunas poblaciones vecinas, Alonso de Monroy a favor de la reina. La reina envió un emisario a Pedro Baeza que respondió que fueron a buscar al marqués porque sólo a él se le entregaría. La reina mandó a Fernando Álvarez de Toledo dialogar con el marqués para conseguir entregar la fortaleza a Gonzalo de Ávila, no obstante no se consiguió.

Pasaron varios días y la reina cansada mandó de nuevo subir a Diego López Pacheco, con una postura tajante, la de entregar la fortaleza y ser desterrado de sus reinos. Tras una larga discusión, el marqués de Villena consiguió que entregaran la fortaleza, abrió las puertas y entró la reina el 24 de junio de 1477, sonando en lo mas hondo los clarines, después fue entregada a Gonzalo de Ávila y se concedió un perdón general

al alcaide y a los que con él estuvieran. Los monarcas alzaron la bandera. Alonso de Monroy confirmó el maestrazgo de Alcántara en enero de 1476 a Luis de Chaves, reconociéndole su buenos servicios.

Los reyes también premiaron a algunos nobles que habían ayudado a la toma del castillo, tales como Diego Pizarro que en 1476 le hicieron donación de las tercias de ese año de Santa Cruz y el Puerto o a Diego de Hinojosa, que le libraron 6000 maravedís de las rentas de las alcabalas de Berzocana.

Reinaba una gran confusión y desorden. Los Reyes Católicos se dirigirán por primera vez a tierras extremeñas en el año 1477, donde los nobles rebeldes mantenían en su poder las principales ciudades.

El primer término de este viaje fue el monasterio de Guadalupe. Nada más llegar, se organizó en las calles de la Puebla una avalancha furiosa y alborotada, gritando y amenazando. En su mayoría eran judíos que se sentían insatisfecho porque no les protegían los trabajos artesanales a los que estaban dedicados diariamente. Una vez apaciguada su furia, cesaron los gritos, y todos cayeron de rodillas y aun postrados en el suelo al pasar la comitiva de la reina.

Se adelantó la reina unos pasos hacia ellos, y sin que su voz debe darse turbación mi enojo, les dijo serenamente:

—Decid ahora vosotros mis vasallos y servidores lo que queréis, porque lo que a vosotros tiene bien, aquello que es mi servicio, será el bien común de toda la Puebla.

—Señora, dijo uno de ellos, lo primero que este pueblo suplica a vuestra alteza es que se respeten nuestros oficios.

Y como fuese a proseguir en sus demandas, la reina muy sagazmente le atajó la palabra, diciendo:

—Eso que queréis vosotros, quiero yo; por ende, autorizaré unas ordenanzas para que todos estáis conformes y satisfechos.

Se desbordó toda aquella muchedumbre por las calles de la Puebla, satisfecha, alargada y contenta. Fernando e Isabel, una vez establecidos en el monasterio, tras celebrar solemnes honras fúnebres con su hermano, Enrique IV, fallecido en 1474 y enterrado en el altar mayor de la iglesia conventual, en el punto y hora tuvieron a bien aprobar las propuestas que había prometido a la muchedumbre judía, con prudencia y cautela.

Era costumbre de los reyes de Castilla confesarse arrodillados en un ancho reclinatorio, también se arrodillaba confesó a su lado, y en esta forma confesaban sus pecados y recibieron la absolución. Dando rienda suelta a la expansión de sus almas con aquellos frailes jerónimos que tanta fama tenían en Castilla como confesores. El padre Sigüenza encontró en cada uno de los monarcas las mismas ideas, los mismos sentimientos, la misma elevadas miras y los mismos fervientes anhelos de llevar a la práctica cuánto sentían y pensaban, para el bien del reino.

Desde el monasterio, los monarcas católicos se pusieron en contacto con el alcaide de la fortaleza de Trujillo, perteneciente al marqués de Villena, para que la entregase en sus manos. Fue necesaria la presencia del marqués para que la ciudad y su fortaleza quedase en manos de Gonzalo de Avila, elegido por la reina, tras un largo forcejeo, para tenerla en su nombre. Trujillo se convirtió en una ciudad segura y en un foco para la propaganda isabelina, para poder organizar la guerra contra Portugal. La reina desde Trujillo, durante el mes de junio de 1477 organizó un ejército y adoptó medidas severas para aquellos que favorecen a los portugueses con armas y caballos. Alonso de Monroe, maestro de Alcántara y Gómez Suárez de Figueroa, conde de feria, quedaron encargados de organizar el frente de guerra en el eje Trujillo—Cáceres—Badajoz. De Trujillo pasó la reina Isabel a Cáceres a principios de julio, y tuvo que resolver un pleito suscitado entre sus principales familias sobre el regi-

miento de la ciudad. Quedando el recuerdo de un buen número de fortalezas y torres de hidalgos mandado antes mostrar para evitarles la tentación de futuras rebeliones.

Los Reyes Católicos se esforzaron en no perder la fortaleza, era un punto neurálgico importante en la guerra que mantenían con Portugal.

Luis de Chaves había llamado a los Monroy a los que facilitó la entrada en la ciudad y donde se iba a librar un encarnizado combate.

Previamente, a las puertas de la ciudad, apenas rayaba el alba, reinaba en el campamento un profundo silencio, interrumpido tan sólo por un tambor un las palabras de un franciscano con el crucifijo en alto, que se dirigió al ejército.

Pasadas dos horas, comenzó un encarnizado combate cuerpo a cuerpo. Se tardó largo tiempo en batir la muralla, aunque los sitiadores acudían con gran presteza con escalas intentando trepar por los muros. Hubo muerte, entre ellas la de Juan Ternero, capitán de las tropas de los enemigos que se refugiaron en el castillo con su alcaide Pedro Baeza, pero en la ciudad quedó Luis de Chaves como gobernador. No quedaron satisfechos sus enemigos y aprovechando que Alonso de Monroy estaba en Portugal, compartiendo en la ciudad de Partalegre, los condes de Plasencia, la condesa de Medellín y el marqués de Villena con 200 caballeros y un gran número de infantería atacaron la ciudad, pensando tomarla porque se encontraba Luis de Chaves solo con sus hombres.

No pudo evitar que tomaran la ciudad, refugiándose en su casa fuerte donde sería cercado. Alonso de Monroy murió antes de lo previsto para invernar en Montánchez, cuando se enteró de la noticia, marchó hacia Trujillo con 300 caballeros para ayudar a Luis de Chaves. Llegó de madrugada los muros de la ciudad, subiendo por una escala, consiguieron entrar

en la ciudad y coger por sorpresa a los enemigos, librándose duros combates en los que murieron dos de los hijos de Luis de Chaves: Nuño y Martín, por lo que en 1476, el rey Fernando, dio el pésame.

Luis de Chaves con sus hombres, día a día, montado sobre su caballo que caracoleaba impaciente, se apostaba frente a la fortaleza. El alcaide Pedro Baeza, obstinado se negaba a claudicar, a pesar de que se le veía vacilar en el borde del repecho de la muralla. La reina en persona llegó a Trujillo en el mes de mayo de 1477. Baeza no accedió a los ruegos de su señor del marqués de Villena que también se presentó en Trujillo, el 24 junio de 1477. Durante varios días lucharon sitiados y sitiadores, con igual coraje y encarnizamiento. Los que se encontraban en el interior de la fortaleza habían detenido el terrible ímpetu de los hombres de Luis de Chaves. En las brechas que se generaban en la cerca, acudían los defensores con gran presteza a hacer reparos, ayudados por las mujeres, al tiempo que arrojaban piedras y agua hirviendo sobre los sitiadores. Estos habían rellenado el foso que rodeaba en parte a la fortaleza con tierra y cascotes para intentar abrirse camino. La victoria se había hecho imposible. Las sombras de la noche iban extendiendo sus tinieblas, se veía el reflejo de la luna menguante extenderse a lo largo de la barbacana, donde las armas de un grupo de hombres brillaban amenazadores. Entonces pudo verse un alma heroica que animaba al ejército. A escasos metros de la fortaleza, Sancho, que así se llamaba, era un paje que consiguió a duras penas encontrar un pasadizo que llegaba hasta el interior del albacar de la fortaleza, una cueva en la que había vivido un fraile ermitaño. No vaciló y con vigorosa fuerza pudo entrar en la fortaleza y abrir un a poterna para que pudiera entrar un nutrido grupo de hombres. Una gran hazaña que quedó escrita en los anales de la ciudad.

El tiempo, gran descubridor de misterios, ha conservado una tradición del castillo y de la cueva del fraile, que, viniendo de padres a hijos, ha llegado hasta nosotros, ennoblecida con el polvo de los siglos.

La reina Isabel pudo agradecer personalmente a Luis de Chaves sus servicios porque estuvo en su casa en dicha fecha y le premió por las hazañas realizadas.

Esta lucha por la sucesión podemos considerarla como una pugna entre una monarquía autoritaria y centralizadora y algunos nobles reaccionarios. El tratado de Alcáçobas (4 de septiembre de 1479) pone fin a la guerra: doña Isabel y don Fernando quedan reconocidos como reyes de Castilla; doña Juana “la Beltraneja” renuncia a sus supuestos derechos y se la obliga a pasar el resto de su vida en un convento de Coimbra (allí muere en 1530); se arreglan los desposorios del infante don Alfonso, hijo del príncipe heredero de Portugal, con la infanta Isabel, primogénita de los Reyes Católicos; por fin, Castilla acepta la expansión portuguesa en África.

En 1477 y 1478 estuvieron los Reyes Católicos hospedados en el palacio. Los meses que estuvo Isabel de Castilla en el palacio de Luis de Chaves, se pasaba el día en una sala que había practicado Luis, muy amplia y depurada, como sala de labor. Colgaban de las paredes paños de brocado azul, que era el color favorito de la reina, un estado con un gran bastidor, en el que bordaba a la sazón la reina, con oro y sedas de colores, ricos ornamentos que enviaba al monasterio de los frailes jerónimos de Guadalupe. Los frailes cuando se acercaban a Trujillo a por grano a la cilla que los frailes tenían en Trujillo. En Trujillo guardaban los jerónimos las provisiones del monasterio, el grano que habían ido recogiendo durante los meses de agosto y octubre. Era muy apreciado el grano que almacenaban en Trujillo, a pesar de que los frailes contaban con varios



molinos en Guadalupe, como el del Estanque, que podía moler trigo muy rápido, además de usarse para la pesca. Era una presa de cuatro molinos, una obra de ingeniería innovadora para su época.

Había mediado un entre Fernando e Isabel una gran unión, simbolizada en algunos detalles emblemáticos en un lema muy repetido en su heráldica, la primera letra del nombre de Isabel coincidiría con la primera de la palabra *Yugo*, emblema de Fernando, y la primera del nombre del rey coincidiría con la primera de la palabra *Flechas* como emblema de Isabel. Por otra parte, el lema *Tanto monta* sería expresión perfecta de la armonía que reinaba entre ambos. Cada soberano podía gobernar en sus reinos y los de su consorte.

Isabel siempre estuvo preocupada por el mantenimiento de su buena reputación y su pureza. Cuando Fernando estaba ausente, dormía rodeada de sus damas de compañía.

Con el discurrir del tiempo, la estrecha amistad que mantenía Luis de Chaves con el maestro Alonso de Monroy, se fue deteriorando. Entre finales de 1477 comienzos de 1478, Alonso de Monroy llevó a cabo la toma de Trujillo. Se apostó con su ejército cerca de la muralla, por la zona de mediodía. Un grupo de soldados, sentados en unos haces de forraje, escuchaban la palabra de Dios a dos pasos de la muralla, después conseguían ramas y malezas con el fin de producir una inmensa hoguera en la base del cercado; otros, cestones de tierra para proteger el manejo de la artillería y batir las murallas, pero los bastiones levantados para las defensas eran inexpugnables. Todos se aprestaban para el asalto, esperando el rayar del alba. No obstante, optaron por otra estrategia. Por la noche, a las dos de la madrugada, pusieron sus escalas en la muralla, subiendo su mejor escalador, Melgarejo, y sus principales hombres Pedro Rodríguez de las Varillas, Rodrigo de Monroy y Luis

de Herrera, consiguieron abrir una puerta por donde entró el maestre don Alonso de Monroy con su ejército, solamente le hizo frente Luis de Chaves con un nutrido grupo de nobles de Trujillo, hombres aguerridos y feroces. El factor sorpresa fracasó al desplegar Alonso de Monroy una maniobra de asalto nocturno por sorpresa, ya que sus escaladores fueron descubiertos. En la mayoría de las ocasiones para el asalto utilizaban torres de madera que apoyaban en los muros. El empleo de la pólvora fue una constante en este tipo de encuentros armados entre atacantes y defensores de la fortaleza.

Entre los muros del alcázar de Luis de Chaves se despacharon multitud de encargos y cartas durante el conflicto bélico, allí ondeó la bandera de los monarcas. Este edificio es uno de los mejores ejemplos de la arquitectura civil castellana de la Baja Edad Media. Trujillo es una ciudad que en la Edad Media ocupó el centro de la región extremeña, como capital de su territorio, en aquella época en que España era la más poderosa del universo, gozando del respeto y la admiración de todos; la época de la Edad de Oro de la nación española, que coincidió con la de mayor prosperidad de la ciudad trujillana, porque jugó un papel decisivo en la historia nacional y en la del universo, por la participación que tuvo en aquellos determinantes hechos. Nos referimos a período del reinado de los Reyes Católicos, que tuvieron a Trujillo como capital de su Corte, para llevar a cabo su consolidación en el reinado de Castilla, cuya permanencia desencadenó uno de los hechos más gloriosos de la historia, que fue el descubrimiento de tierras de ultramar.



La muralla del Espolón



Tienda de campaña medieval



Palacio de Luis de Chaves



Tapiz, Reyes Católicos



El rey Fernando V.



Isabel, la Católica.



Trono de los Reyes Católicos. Tanto Monta



## Capítulo IV (1479—1492)

Los reyes se esforzaban en no perder el castillo de Trujillo. Por dicho motivo se personaron nuevamente en enero de 1479 en Trujillo, con su familia y corte.

Los Reyes Católicos permanecieron una larga temporada en el año 1479 en el palacio de Luis de Chaves. No obstante, a pesar de su buena relación con los monarcas, Luis de Chaves que disfrutaba de 30.000 maravedíes de juro, situados en las rentas de alcabalas de Trujillo, luego fueron reducidas por los reyes por su política de recortar los privilegios monetarios concedidos en tiempos de Enrique IV. En compensación, los monarcas católicos le nombraron veinte excusados francos y, en pago de sus valiosísimos servicios, fue premiado con honores y haciendas.

Fue en la ciudad de Trujillo donde el rey Fernando se enteró de la noticia de la muerte de su padre el rey Juan II de Aragón, acaecida el 19 de enero, celebrándose en la iglesia de Santa María de Trujillo solemnes funerales con la presencia de los más destacados personajes de su corte.

Así se convirtieron, Isabel y Fernando, en reyes de la Corona de Aragón y la unieron definitivamente a la de Castilla. Se aderezó el templo con gran suntuosidad, colocando en el centro un rico y severo túmulo en el trono de los reyes, estuvie-

ron acompañados por el obispo de Cartagena, presidente del Consejo de Castilla; don Alonso de Quintanilla, contador y mayordomo de la reina; los camareros primeros de ambos, detrás de ellos. A lo largo del templo se colocaron los ministros y embajadores presentes en Trujillo en aquellos días, el mayordomo mayor de Castilla, don Jaime García de Aguilar, don Alonso de la Caballería, vicescanciller del reino, don Enrique Enríquez, conde de Alba de Aliste, don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago y capitán general de la guerra, don Juan de Zúñiga, maestre de Alcántara, los comendadores mayores de ambas órdenes, los duques de Feria, de Plasencia, condes de Benavente y Ledesma, los adelantados de Cazorla, de Murcia y Andalucía, los embajadores del duque de Anjou, el representante de Aragón y otro enviado especial de doña Beatriz, infanta de Portugal. También se hallaron en puesto especial muchos capitanes y caballeros de la ciudad, con el Concejo pleno que se componía de los miembros siguientes: corregidor, Sancho del Águila; regidores, Álvaro de Escobar, Francisco de Paredes, Alonso de Girona, Alonso de Sotomayor, Santiago Pizarro, Diego de Torres, Fernando Corajo y Sancho de Paredes, con los alguaciles escribanos públicos del Concejo. Ofició el obispo de Córdoba, asistido por el arcipreste de la ciudad y la participación de todo el clero de las parroquias y capellanes, cofradías, resultando el acto majestuoso.

Toda la iglesia se cubrió de telas negras. El negro cubría el dolor sincero, la íntima adhesión al señor, convirtiéndose la ceremonia en un suceso verdaderamente conmovedor.

Terminado el luto oficial, los reyes convocan a la corte, al clero y a la nobleza, a un Consejo que resultó de la mayor importancia y trascendencia, en él que se resolvieron importantes problemas de Estado. Fue designado, por disposición testamentaria, a don Fernando para suceder a su padre a la

corona de Aragón y Sicilia. Mas como doña Isabel era reina de Castilla, León, Toledo, Valencia, Mallorca, Sevilla, Cerdeña, Córdoba, Córcega, Murcia, Jaén, los Algarbes, Algeciras y Gibraltar, y poseía ducados, marquesados y condados, aconsejaba la unión de todos estos territorios bajo el cetro de Isabel y Fernando, lo que así se acuerda, pues dijeron y escribieron *“Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando”*.

En este acuerdo se habían sentado las bases para la Unidad de España, se había gestado la Hispanidad. Considerando que en esos momentos Trujillo fuera la primera Capital de España, y que se la reconozca como “Cuna de la Hispanidad”. En Guadalupe se conserva el terno del “Tanto Monta”, formado por casulla, dalmática y tunicela. Un conjunto de ornamentos sagrados de gran riqueza por la calidad de los terciopelos brocados y los temas decorativos que ostentan.

Era tan importante rematar la guerra castellana desde esta plaza defensiva, que la reina permaneció un larguísimo período en Trujillo, desde enero hasta el 30 de septiembre del año 1479, con escapadas a Cáceres, Miajadas, Guadalupe y Alcántara.

Eran tiempos en los que Luis de Chaves, dotado de singular prudencia y consejo, gobernó la plaza de Trujillo, recibiendo muchos públicos testimonios de afecto y gratitud de los reyes. Entre los muchos privilegios, además de los ya concedidos, le asignaron veinte franquicias de pechos, tributos, gabelas, tanto reales como concejales, derramas, rondas, velas, para él y sus descendientes.

Tras la batalla de La Albuera, acaecida el 24 de febrero, se negoció la paz desde Trujillo que se firmó en el Tratado de Alcaçovas, firmado el 4 de septiembre y confirmado en Trujillo el 27 del mismo mes. Suponía el fin de la guerra y la confirmación de doña Isabel como reina de Castilla. El ejército cristiano

entraba por la puerta de Santiago entregados a un desbordante entusiasmo con un estruendoso vocerío.

Otro importante hecho tuvo lugar en Trujillo para la unidad de España. El 29 de diciembre de 1479 y en dicho alcázar de Luis Chaves, se firmó el primer documento de Cancillería, donde aparecen por primera vez unidos Castilla y Aragón, figurando ya como Reyes de España, en una época en la que socialmente la ciudad de Trujillo se reducía al estamento privilegiado, formado por familias poderosas y el alto clero de la ciudad. El resto de la población eran campesinos que servían a dicha nobleza.

Será a partir del último tercio del siglo XV cuando surja una creciente burguesía “gremial”, que tendrá gran importancia en Trujillo y que darían nombres a las calles. Una manifestación clara de este ambiente caballeresco y religioso es la iglesia de Santa María la Mayor, elegida por los monarcas católicos para los oficios litúrgicos, templo que *“tuvo preeminencia sobre todas las parroquias y conventos de la ciudad, los que no pueden tocar a los oficios ni actos del culto general sin que primero toque Santa María, y lo mismo a las oraciones y sermón en los días de Cuaresma, Adviento y Pascuas, todo de tiempo inmemorial, por ser la primera y matriz. Es la primera iglesia que visitan los reyes y obispos y donde se hacen las honras por los reyes y príncipes y tiene anejo el Arciprestazgo”*.

Testimonio de la enorme importancia que tuvo Luis de Chaves en la vida política de los monarcas católicos, es el hecho de que su Casa—fuerte fuera residencia de los Reyes Católicos durante sus constantes visitas a la ciudad en los años 1477 y 1479.

Luis de Chaves estuvo también junto al clavero en febrero de 1480 en el cerco de la villa de Alcántara, contaba con setenta y siete años de edad, embrazado el escudo y lista la espada,

reforzadas sus huestes con las que enviaron el conde de Plasencia, los Monroy señores del Belvís y Monroy, y algunos personajes de Plasencia. El clavero venció a sus enemigos no por las armas, ya que eran en número muy superior sino por medio de la astucia logrando hacer unos desniveles en el terreno, donde caían y eran hechos prisioneros. Después de muchos enfrentamientos consiguió hacerse con la plaza, aunque allí encontró la muerte Gómez Solís.

Fueron muy importantes las Cortes de Toledo en 1480 donde se realizó una labor a fondo para poner orden en los reinos. En aquella primavera se hallaba reunido en Toledo lo más florido del reino. Fernando e Isabel restauraron la autoridad real, las instituciones de gobierno consolidadas, la hacienda pública saneada. Simplemente sacaron partido al legado recibido de sus antecesores. En Toledo se acordó ampliar las competencias de los corregidores que tanta importancia tuvieron en el gobierno local de Trujillo. Éstos eran delegados del poder real enviados a los diversos municipios de la corona para poner fin a las disputas locales y con el tiempo supervisar mejor la vida municipal.

En 1483, en los meses de septiembre y octubre, la reina Isabel permaneció en Córdoba planificando futuras campañas. Una vez terminada la guerra de sucesión y concluidas las Cortes de Toledo, decidieron reanudar la empresa reconquistado horas, con el objetivo explícito de poner fin al reino granadino; sobre todo, dada la debilidad manifestada por los musulmanes en Granada, con los continuos enfrentamientos entre clanes nobiliarios rivales: zegríes y abencerrajes y las disputas dinásticas entre los sultanes.

Con el fortalecimiento de la autoridad regia en Castilla, las órdenes militares de Santiago, Calatrava y, finalmente, Alcántara, vieron cómo su administración recaía en los monarcas

católicos. Desde Córdoba se planeó el segundo gran viaje real hacia las provincias norteñas de Castilla. La primera etapa del viaje se consumó por tierras extremeñas, con una visita al santuario de Guadalupe. De allí a Madrid, villa muy apreciada por los reyes y donde habían pasado muchas temporadas de su reinado y, posteriormente, a Valladolid, donde ratificaron el establecimiento de la Real Chancillería, en el palacio de los Vivero, en donde precisamente se habían casado unos años antes, Isabel y Fernando.

Mientras tanto, en Trujillo, los judíos estaban acaparando mucho poder. La aljama judía comprendía desde la plaza — en la zona de la Rinconada— a las calles aledañas. Más al sur estaba el barrio mudéjar. Aunque la comunidad judía conoció en Trujillo épocas de relativa tranquilidad, libertad y autonomía religiosa; en tan solo seis años se agravaron los conflictos religiosos entre las distintas creencias dando lugar a hostilidades y persecuciones contra los judíos, que alteraban y dificultaban el desarrollo normal de sus actividades cotidianas en Trujillo. Sobre todo, contra los judíos pecheros que formaban el grueso de la población. Estaban sujetos al pago de la pecha, de impuestos ordinarios o extraordinarios. Esta aristocracia judía poseía destacados patrimonios y una sólida formación cultural, dedicándose a las actividades financieras, comerciales, entre los que se encontraban expertos médicos. Supieron introducirse en el ambiente de la nobleza trujillana, sobre todo desde sus puestos de médico y cirujano; o desempeñaban labores artesanas en la corte.

Conseguida la unidad territorial los monarcas católicos quisieron que fuera seguida por la unidad religiosa y sería idea de Fernando la expulsión de todos los judíos de Castilla y Aragón, lo que se efectuaría pocos meses después, en marzo, de la conquista de Granada, dándoles la elección de quedarse como

cristianos o salir como judíos. Pero aún faltarían varios años para ese lamentable éxodo.

Un día cualquiera de la Semana de Pasión de 1486 se presentó en Trujillo un curioso personaje procedente de Portugal, llegó al caer la tarde y pernoctó en un albergue en el barrio de San Miguel. A Luis de Chaves le avisó el alcaide Lope de la Higuera, de la presencia de un viajero en la ciudad, un hombre sin patria, y sin más dilación se acercó al albergue en busca de él. El viajero tenía conocimiento del enorme poder económico que estaban adquiriendo algunos judíos de Trujillo y llegó con la intención de buscar financiación para un viaje que tenía planeado.

Cuando el anciano Luis se encontró junto a él, el peregrino le relató una curiosa historia. A su casa de Portugal se había presentado meses atrás un tripulante de un barco que había ido a la deriva cerca de la isla de Madeira, se llamaba Antonio Sánchez y era natural de Huelva. Este único superviviente había llegado en estado agónico a la casa de Cristóbal Colón, que así se llamaba el contertulio de Luis de Chaves procedente de Portugal. Le relató antes de morir las circunstancias de su extraño viaje. Era marino, navegaba por el Atlántico en busca de caladeros, cuando los vientos alisios empujaron mar adentro al barco por aquel océano temido y que se decía que estaba habitado por monstruos marinos. El viento y las olas le arrastró hasta unas tierras desconocidas, pobladas por gentes que tenían rasgos exóticos y que no tenían más defensa que unos juncos secos, a los cuales ponían al cabo una claveta aguda. Pero, lamentablemente, contrajeron la enfermedad de la sífilis y emprendieron a toda prisa la vuelta a casa, pero sólo podían llegar hasta Madeira. El marino narró a su anfitrión los pormenores de aquellas tierras.

Luis escuchó con detenimiento la historia del piloto ovetense narrada por el genovés Colón. En realidad, Cristóbal

Colón pasó por Trujillo desde Portugal camino a Guadalupe, para buscar financiación en los judíos de Trujillo y apoyo entre los jerónimos para su empresa y que intermediasen ante los Reyes Católicos. Cristóbal Colón consiguió el apoyo de Luis de Chaves, para que éste intercediera ante los

Reyes Católicos a financiar un viaje que se había propuesto realizar, encontrar una ruta más cercana hacia las Indias Orientales. Pero lo que realmente iba buscando Colón eran esas tierras allende el océano que le había relatado Antonio Sánchez unos meses antes. Colón logró transmitir su certeza al noble caballero trujillano y ya contaba con el apoyo de los monjes de La Rábida, sobre todo, de Juan Pérez, confesor de la reina. Cristóbal Colón fue cultivando en Trujillo las demás adhesiones de apoyo a su proyecto. Ni Luis de Chaves, ni fray Juan Pérez, quebrantaron el secreto de Cristóbal Colón. Luis porque falleció antes del descubrimiento de América y fray Juan Pérez, por secreto de confesión que le había confiado Cristóbal Colón.

Este personaje ya se había reunido el 20 de enero de 1486 con los Reyes Católicos en Alcalá de Henares para conseguir financiación para el viaje, con el fin de abrir una nueva ruta hacia las Indias Orientales por el Atlántico, gracias a la entrevista que le consiguió su amigo Antonio Marchena, fraile en La Rábida; y en la Semana Santa de 1486 volverá a reunirse con los monarcas católicos en el Monasterio de Guadalupe, donde recibirá aquel apoyo que años atrás había buscado entre los frailes jerónimos. El gran misterio de Colón es su obstinación por esta ruta; en apariencia fruto de intuiciones y leyendas marineras a pesar de que Colón encontraría muchas repulsas en solicitar auxilio para su empresa.

Fernando no acababa de estar de acuerdo con la empresa colombina, máxime cuando esos días de la entrevista con



Colón tenía otras preocupaciones provocadas por el conflicto que enfrentaba a los señores de Cataluña con sus campesinos o payeses llamados de remensa, los adscritos a la tierra que cultivaban y de la que no podían partir sin pagar al señor su redención y que se había enquistado desde finales del siglo XIV, dando lugar a sucesivos estallidos de violencia que afectaron a la mayor parte del campo catalán, con graves consecuencias sociales y económicas.

Hábilmente promulgó la llamada sentencia arbitral en Guadalupe el 21 de abril de 1486, uno de los documentos de mayor trascendencia de su reinado. Esta sentencia abolía la remensa y los otros cinco malos usos, además de otros derechos abusivos introducidos por la costumbre, sin que ello afectara al sistema señorial en su conjunto. Como compensación establecía diversos pagos que habrían de efectuar los campesinos en forma y plazos detallados. La sentencia incluía también el castigo ejemplar a los cabecillas de las revueltas, así como el pago de indemnizaciones y multas por los daños causados en los levantamientos. Se establecían, por último, los emolumentos de los funcionarios regios que habían intervenido en las negociaciones y en la preparación de la sentencia, encabezados por el vicescanciller de Aragón, Alfonso de la Cavallería, a pagar por señores y campesinos.

El rey Fernando halló el problema en un estado difícil de resolver. Los dos bandos se mostraban irreductibles en sus demandas y vivían en una guerra armada; pero se propuso resolverlo y se hizo dar poder con ambas partes como rey y señor en virtud de su suprema autoridad y con su firmeza y prudencia, porque no se parte de la justicia, que no consentía lo que en otro tiempo había consentido por acomodarse a otras costumbres, poniendo fin a tan larga querrela. Fue bien recibida la sentencia, poniendo fin al antagonismo de clases que tanto

había agitado Cataluña durante siglos, restableciendo sobre sólidas bases la paz y la armonía entre señores y payeses e inaugurando una era de prosperidad par la agricultura catalana.

Tras la conversación entre Luis de Chaves y Cristóbal Colón, el noble trujillano se levantó de la mesa y se marchó. Cristóbal, que creyó ver desconfianza en Luis, tomó una vela de manos y tras despedirse de Luis se sentó en una estrecha mesa, sobre la cual puso la vela; luego tomó de una alacenilla un trozo de pergamino de piel de vaca y pluma, que colocó también en la mesa. Trasladó sus deseos al papel, con infinita paciencia, dejó escrito palabra por palabra, lo que deseaba que leyese Luis de Chaves. Se limpiaba el sudor que brotaba en gotas por la frente. Cuando le llegó el pergamino a Luis de Chaves, en su ceño se veían arrugas de perplejidad. Aún recordaba las palabras de aquel viajero genovés, al que pudo entender perfectamente ya que ambos conocían el portugués, Luis durante su estancia en campos de batalla lusos, en los que había participado, y Cristóbal durante su estancia en la corte de Juan II.

Cristóbal logró hacerle comprender a Luis que el misterioso navegante había tenido varios contactos con balleneros vascos y cántabros que sabían de la existencia de un nuevo continente. También, dejó constancia en el pergamino que cuando estuvo como grumete a los 14 años en un mercante genovés, navegantes chinos le hablaron de ese nuevo continente. Un piloto – así lo recoge el propio navegante en su pergamino– le dijo que a 450 leguas al oeste del cabo de San Vicente había encontrado en el agua un madero labrado por manos de hombre. Otro marinero daba fe de dos cadáveres de cara ancha naufragados en el cabo de la Verga, en la costa occidental de África.

Pasados los años, Luis de Chaves, antes de su muerte, colaboró con varios doblones de oro y algunos maravedíes para financiar la expedición colombina y convenció a la reina Isabel

en apoyar a Colón. Los beneficios que trajo consigo el descubrimiento de América para el reino de Castilla fueron varios, como la extensión de las rutas marinas para el tráfico, el intercambio de culturas y la consolidación de un reino, así como la evangelización de las nuevas tierras, prioritaria para los Reyes Católicos.

Mientras esto transcurría, en la cercana ciudad de Trujillo se iban sucediendo acontecimientos que denotaban la inestabilidad dominante en el reinado y la obsesión de la nobleza por acaparar señoríos. Los maestros canteros trabajaban en los espacios arrabaleros, construyendo casas como las del concejo, bajo las estrictas órdenes del maestro Juan Martínez Tostado “el Viejo”. Su estructura inicial, pese a las múltiples obras posteriores, no defiere mucho del actual, en la que se colocaron elementos procedentes de otros edificios.

La ciudad fue extendiéndose durante el siglo XV, conociéndose un número relativamente amplio de actividades artesanales que se irán organizando en barrios y vías urbanas, aunque no deja de ser un elemento sintomático el hecho de que, pese a la abundancia de calles más o menos conformadas, no exista un elenco de nombres suficientes que las defina. En la mayoría de los casos, calles y viviendas se confundían, quizá como resultado del crecimiento relativamente desorganizado de los arrabales.

Muchas de las arterias donde presuntamente se localizaba una parte importante de las casas que el concejo arrienda a diversos inquilinos así como otras vías en las que se ubican viviendas particulares, tienen su salida a la “calle real” o calle principal. Es interesante señalar un detalle que explica esta curiosidad y es que en las ciudades medievales castellanas sometidas a un proceso de expansión urbana, como es el caso de Trujillo en la Baja Edad Media, las calles no detentaban un nombre defini-

do tal y como las conocemos en la actualidad. En el caso de los barrios donde se concentraban los gremios artesanales éstas eran conocidas por el oficio que se desarrollaba en sus talleres. Así, cabe destacar las calles de los Olleros, San Miguel, Pozuelo, Sancti Spíritus, entre otras. Sin embargo, entrado el siglo XVI ya se conocerán algunas calles con nombres propios correspondientes a la zona de expansión extramuros tales como: calles de los Ballesteros, calles Garciaz y Sillería.

A este respecto las ordenanzas municipales nos muestran cumplida información sobre los diversos oficios manuales como caldereros, barberos, albañiles y jubeteros. Podemos destacar las ordenanzas que regulaban la actividad de zapateros, zurradores, curtidores de pieles y herreros, y cuando decimos regulaban nos referimos tanto al desempeño de la propia actividad, como a los materiales empleados, la calidad de los productos resultantes y los precios establecidos por el concejo así como los puntos de venta. En esta realidad los denominados fieles del concejo eran los encargados de hacer cumplir las normativas articuladas al respecto. En una dinámica similar de control de calidad y precios estaban envueltos oficios como el de panadero (ejercido normalmente por mujeres), carnicero y, en general, los relacionados con el sector alimentario, al que se prestaba especial atención. El oficio de carnicero se presenta ampliamente regulado en las ordenanzas quizá, entre otras cuestiones, porque dicho producto estaba sometido a una amplia demanda, dada la significación de la carne en la dieta cristiana.

En 1487, ya estaba el sol muy alto en el firmamento cuando Luis de Chaves tuvo que acudir al escribano público, Pero Alonso, que iba a reunirse con el concejo a campana tañida. Luis estaba muy molesto con algunos nobles que se habían ido enriqueciendo gracias al comercio marítimo por el Mediterrá-

neo y con las ganancias obtenidas estaban construyendo casas palaciegas que ensombrecían al viejo alcázar de los Chaves. El espacio placero, allí donde se habían celebrado torneos y ahora congregaba al mercado, comenzaban a construir sus mansiones.

Le causaba indignación a Luis ver elevarse esas construcciones frente a su alcázar, donde ponían sus escudos los Vargas, los Hinojosas o los Calderones. Luis era el hombre más influyente de Trujillo y contaba con el favor de la Corona. No obstante, aquellos otros caballeros continuaron la labor constructiva haciéndose hueco en el gobierno local. Luis aplicaba todas sus horas a dar paseos a caballo a revisar sus tierras. Había salido sano y salvo de todas las campañas militares en las que había participado. Había cumplido, sin temor ni temeridad, asistido por la suerte ni pródiga ni esquivada, que de todo hubo.

Al margen de los oficios que marcan la cotidianidad de las necesidades de la población, hubo algunos oficios a los que tanto las autoridades locales como la Corona prestaron especial atención dada su importancia en el funcionamiento de la comunidad. Nos referimos a médicos, boticarios, cirujanos y bachilleres. Efectivamente, el ejercicio de tamañas funciones fue especialmente supervisada por los oficiales del concejo como se deduce de un documento de 1489 en el que se habla de la dotación salarial, seis y cuatro mil maravedís anuales, de aquellos que debían ejercer dichos puestos. Asimismo procuraron dotar a la villa de dos profesionales que desempeñen idénticas funciones. Desde otra perspectiva, para asegurar unas condiciones mínimas en la salud de los trujillanos así como la asistencia personalizada de especialistas, el concejo supo desarrollar una política de atracción de artesanos especializados para la satisfacción de estas necesidades.

La vida en las calles era bulliciosa y ajetreada según se deduce de las noticias conservadas en las actas y ordenan-

zas del concejo. El hecho de regular las múltiples actividades que se desarrollaban en ellas es sintomático. Además de los sonidos y alborotos típicos de los talleres artesanales en pleno funcionamiento, pequeñas tiendas y algún edificio público eran el centro donde convergían asiduamente los vecinos. Las ordenanzas de Trujillo detallan algunas cuestiones respecto al desarrollo tranquilo de la vida de todos los días como la higiene y tranquilidad que debían ostentar para beneficio de la comunidad. Considerando esta realidad, es posible pensar que en el ensanchamiento de la ciudad durante la segunda mitad del siglo XV, las calles mejoraran su aspecto. El empedrado de las mismas debió ser un hecho palpable con el que no sólo se trataba de añadir un toque de comodidad sino de aplicar una serie de medidas higiénicas indispensables para el bienestar comunitario. De esta forma, se penaba el vertido de basuras en las calles y no en los lugares destinados a tal fin: los muladares. Curiosamente, y dada la vivacidad del ritmo cotidiano en algunos casos, se denuncia que la basura no era llevada a los muladares sino que se era trasladada por algunos vecinos a otros barrios y calles. Hacia 1485 la villa contaba hasta con cinco muladares estratégicamente repartidos por puntos concretos.

Pero no todos los problemas que generaban el cuidado y limpieza de la calle terminan ahí. Si hay una estampa típicamente medieval es la de ver animales sueltos pululando por calles y barrios. Esta particular situación estimuló la redacción de un cúmulo de normativas que intentaba evitar que animales, como cerdos, fueran sacrificados por vecinos descontentos con la suciedad que éstos iban dejando a su paso. La situación llegó al límite de tener que legislar a favor de proceder al sacrificio (dado el perjuicio que podía infringir en la débil economía familiar la pérdida de estos animales) pero sí

evitar el que anduvieran sueltos por las calles. Para controlar éste y otros aspectos los “guardas de las calles” y el corralero procuraban encerrar a estos animales no sin multar a sus propietarios.

El acercamiento a la vida cotidiana de la villa de Trujillo a finales del siglo XV nos permite observar los cambios en los que se encontraba inmersa. A pesar de las contradicciones existentes en el seno de los grupos sociales, luchas por el poder y diferenciación social, podemos ver con nitidez las transformaciones a que se ha visto sujeta durante este período. Si el paisaje y la vida urbana de Trujillo no quedan perfectamente definidos en los primeros siglos después de la conquista cristiana, no podemos decir lo mismo para finales de la Edad Media cuando todos los datos indican una fuerte revitalización, crecimiento demográfico que provoca la expansión de la villa y desplazamiento de la vida cotidiana fuera de sus muros originales: nacimiento de nuevas calles, ampliación y mejora de la vivienda familiar, una actividad agroganadera y una intensa y nada despreciable actividad comercial como consecuencia del generoso sector artesanal radicado en la villa y un término productivo. La villa se convierte en el corazón económico de un amplio alfoz.

Trujillo, como otras villas castellanas a finales del siglo XV, se encuentra inmersa en una dinámica de gran vitalidad que a través de un análisis de elementos económicos y sociales enfocados desde un prisma distinto nos permite cotejar. Se puede constatar un crecimiento poblacional considerable que faculta el desarrollo de nuevos espacios y ámbitos de relación social (plazas, calles). Ello lleva consigo la revitalización de las actividades comerciales merced al aprovechamiento de las principales rutas de desplazamiento ganadero que con dirección norte sur tenían a Trujillo como centro nodal. Una villa, por

tanto, que albergaba una población en plena ebullición, con sus lados oscuros, como por ejemplo la intensa discriminación que proyectaron sobre las minorías étnico—religiosas allí residentes, pero espléndidamente reflejada en los aspectos más sencillos de la vida de aquellas gentes.

Los hidalgos frecuentaban los prostíbulos que había en el extramuros. Pero no solamente acudían a estas casas los hidalgos, la dinámica comercial y de riqueza que se generaba, así como el paso de gentes provenientes de otras partes del reino a los que se denomina “*extrangeros*” (pastores de la Mesta, mercaderes, merchaniegos, buhoneros), también acudían con asiduidad a las mancebías. Grupos de prostitutas proliferaban los mesones de la ciudad, cuestión que provocó no poco altercados públicos. En ocasiones las quejas de los vecinos respondían a las molestias que podrían causarles los ruidos y altercados que se provocaban en algunas de estas casas cercanas a determinados barrios, como el mesón de Catalina Ramos existente en el barrio de San Miguel, uno de los más reputados y serios hospedajes de la ciudad.

Este mesón era el lugar de encuentro de Luis de Chaves con otros caballeros cuando en otros tiempos regresaban de cacería por la sierra de Guadalupe. A pesar de que ya eran octogenarios Luis de Chaves, Beltrán de Sotomayor y Guzmán de Vargas, se iban a la posada a tomar unos vinos y a jugar a las cartas. Un día se encontraron un hombre que dormitaba sobre una lancha de piedra. Como los goznes de la pesada puerta de la posada chirriaba mucho, Beltrán de Sotomayor, que acompañaba a Luis de Chaves, despertó con continuadas sacudidas a la puerta al hombre que estaba tendido en el suelo. Se trataba de Pelayo Martínez, hombre de traza hercúlea y semblante hostil, que había servido a las órdenes de Pedro Rodríguez de Fonseca, señor de las Tercias del obispado de Badajoz,



Guarda mayor de Enrique IV y consejero real. Luis de Chaves y sus amigos le invitaron a reunirse con ellos en la mesa. Pelayo les relató que había conocido al rey Enrique IV, al que había mantenido su lealtad en los turbulentos años de la guerra civil entre enriqueños y alfonsinos. Pelayo había vivido junto con su señor en la ciudad de Toro, en donde había mejorado su dotación económica, pero que desde el enlace matrimonial de su señor con María Manuel, no tuvo más remedio que retirarse y no continuar a las órdenes de su señor. Según se explicó, María Manuel tenía mucho carácter y no había quién la aguantara.

A Luis no le gustaron los motivos por los que Pelayo había abandonado a su señor. Consideró que estaba disfrazando sus andanzas y un criado debe ser fiel y leal a su señor. La tarde era muy pasada. Luis, apenas logró disimular una sonrisa y se marchó, mientras tanto, Pelayo continuó su perorata con el resto de caballeros.

En Trujillo continuó la vida de Luis de Chaves. Los días transcurrían. Luis de Chaves alababa la piedad, el celo por la justicia que manifestaban los monarcas católicos, pero era muy compasivo con sus enemigos. La paz y el orden en que pusieron a España. Luis atrajo la atención de los reyes, sobre todo, de Isabel, que le reconocía como un militar bizarro. Las hazañas militares en las que había participado desfilarían también a los ojos de Fernando. Pero, ante todo, Luis era el prototipo de hombre justo, el mejor representante del ideal caballeresco protegiendo a los débiles. La verdadera nobleza sólo descansa en la virtud y en el fondo todos los hombres son iguales. La nobleza está llamada a proteger el mundo mediante el cumplimiento del ideal caballeresco. Luis de Chaves, al igual que los nobles de Trujillo, proporcionaban alrededor de 1040 jinetes y 1900 infantes. La más alta nobleza fue solicitada por los monarcas católicos a partir de 1485, “so pena de la pérdida de sus privilegios”, para acudir

a la guerra, cuyo coste fue considerable, ya que no sólo tenía el ejército que ser pagado por la Corona, sino que el coste de las vituallas era muy alto, puesto que, no había disponibilidad de alimentos en las ciudades conquistadas y, la clase trabajadora urbana musulmana, y también la población rural, era expulsada en muchos lugares.

Los años 1485 a 1487 fueron importantes en la caída de la parte occidental del emirato y, después, de Málaga, su principal puerto. En 1485 cayó Ronda que había sido hasta entonces un bastión inexpugnable del emirato. El marqués de Cádiz sostuvo negociaciones con un bando del interior de la muralla al tiempo que cortaba el principal suministro de agua de la ciudad. La caída de Ronda, condujo a la rendición de las tierras cercanas. Marbella también cayó en manos cristianas, constituyendo una valiosa base para la armada castellana.

Cinco años atrás, los reyes católicos habían fundado la Inquisición o Tribunal del Santo Oficio como institución para mantener la ortodoxia católica en sus reinos. Una palabra que aún suena odiosa a oídos de todos, declamando mucho contra su procedimiento contra las penas que aplicaba y los abusos que cometían los inquisidores. Es importante destacar que cuando los monarcas católicos establecieron este tribunal, en sus reinos vivían dos pueblos de religión diferente, dos pueblos que se odiaban, los judíos y los cristianos. Los judíos se dedicaron al comercio y otros trabajos sedentarios, a muchos de ellos les empujó la codicia y no reparaban en medios para extorsionar a los habitantes de la villa de Trujillo, suscitando con ello el odio entre los vecinos. Andrés Bernáldez, natural de la población pacense de Fuentes de León, apodado el «cura de los Palacios», describía si la sociedad judaica de esta época: *«Eran traidores, que nunca perdieron el comer a costumbre judaica de manjarejos e olletas de adefina, manjarejos de cebollas e ajos*

*refritos con aceite e la carne plisada con aceite, ca la echaban en lugar de tocino e de grosura por escusar el tocino; y el aceite con la carne es cosa que hace muy mal oler el resuello e ansi sus casas e puertas hedían muy mal a aquellos mamjarejos; e ellos eso mesmo tenían el olor de los judíos por causa de los manjares y de no ver batizados... no querían dar a Dios galardón por virginitad e castidad. Todo su hecho era crecer e multiplicar, y como mente por la mejor parte eran gentes logreras y de muchas artes y engaños, porque todos viviendo oficios colgados y en comprar y vender no tenían conciencia para con los cristianos”.*

En Trujillo convivían los judíos con los cristianos, sociedades distintas entre sí que vivían contiguos pero no juntos. Se veían pero no se trataban y cada uno hacía su vida propia.

En el año 1479, la reina Isabel había fundado en Trujillo la Santa Hermandad, para combatir el pillaje y el latrocinio, muy extendido en aquellos tiempos. Durante el reinado de los reyes católicos, la ciudad alcanzó su mayor esplendor, grandeza y universalidad, en una época en la que la ciudad era la capital de la provincia de Extremadura. Como anticipo de la estrecha unión de los monarcas y la ciudad, se encontraba en Trujillo Enrique IV, cuando recibió una carta de su hermana, la infanta doña Isabel, comunicándole su matrimonio con el infante de Aragón don Fernando. Entre los años 1477 y 1479, los reyes católicos cruzaron sin cesar las tierras extremeñas, especialmente las de Trujillo.

Luis de Chaves desempeñó un cargo relevante en el gobierno de la Ciudad. Los cargos municipales se repartieron entre los tres linajes: Altamirano, Bejarano y Añascos, que en el siglo XV se extienden en un sentido amplio y cada uno de ellos engloba a distintas familias.

En la villa trujillana, en la Baja Edad Media, hubo problemas por el reparto de los cargos, en cuanto al número que les

correspondía cada uno. Este problema había sido solucionado por Pedro I, ya en el año 1357, cuando sentenció a los Altamiranos, linaje al que pertenecerán los Chaves, hacerse los poseedores de la mitad de los cargos y la otra mitad se repartieron entre los Añascos y los Bejaranos.

Mientras vivió Luis de Chaves, el modelo de elegir los cargos fue el siguiente: se reunían el 30 noviembre los oficiales con el concejo y nombraban entre ellos a un elector o electores, que solían ser los parientes mayores o jefes de linaje, ellos a su vez repartían los cargos entre los suyos y era natural que recayeran entre parientes, allegados o criados, lo cual era origen de discordias en el seno de los linajes, porque aquellas personas que no estaban bien avenidas con los electores quedaban fuera del reparto, pese que tuvieran actitudes en el cargo. Chaves fue el encargado de repartir esos cargos durante años. Cuando fallece 1491 se quiere cambiar el sistema.

Fernando Alonso Altamirano y Francisco Loaisa escribieron a los monarcas para quejarse del sistema utilizado, decían que se reunían los dos pertenecían al mismo linaje que era origen de discordias porque cada uno pedía para sí el cargo que prefería y para conseguirlo siempre nombraban a un elector, que era Luis de Chaves, pero sin libertad porque temían la enemistad de Este quien los repartía según su voluntad. Algunos ni concurrían porque sabían que no les eran gratos. En las reuniones había grandes desórdenes y a veces tenía que presentarse el corregidor. Pero no sólo nombraban los cargos de los Altamirano sino también los de los tejanos y hallazgos porque tenía parentesco con todos, no sólo por su cuna o la de su mujer sino también porque su prolífica descendencia casó con miembros de la oligarquía trujillano. Luis de Chaves dominaba el concejo de su ciudad al elegir todos los cargos.

Al existir esta acaparación de poder, no es extraño que los tiranos lo respetaran e intentaran conseguir favores de él, y sus

enemigos supieran que tenía la causa perdida en el gobierno de la Ciudad. Hubo que esperar al fallecimiento de Luis, para que los Reyes Católicos ordenasen en 1492 que los cargos se eligiesen por un nuevo procedimiento que pareciera más justo y no acaparase el poder solamente una persona.

Luis de Chaves no conoció la toma de Granada con su pro­lón­ga­ción mediterránea desde Orán a Argel y la empresa con­quis­ta­dora de las islas y tierras del mar Océano. Bien es cierto que durante muchos años una monarquía castellana se dis­tinguía por su ausencia. Sus relaciones con Granada incluían treguas periódicas, algunas eran motivo de tributo, y no controlaban bien las continuas emboscadas. Los monarcas católicos desde que fueron proclamados reyes de Castilla se vieron envueltos en una guerra civil y no pudieron malgastar tiempo en Granada. Un hecho evidente de que los nuevos reyes no exigieron tributo a los musulmanes granadinos y de que no tuvieron indemnización por una importante incursión llevada a cabo en 1473 por los árabes fue un signo claro de debilidad de Fernando e Isabel.

El hecho de estar emparentado con las familias más nobles de Castilla, el tener una posición económica destacada en Trujillo y pertenecer al linaje Altamirano, el más importante del Consejo de Trujillo, hizo que Luis de Chaves fuese cabeza del patriarcado urbano de Trujillo en el siglo XV.

En Trujillo existió una lucha de bandas con linajes por acaparar los puestos más importantes del concejo. Rivalidad que aparece en el concejo pero que se patentiza la vida cotidiana, que está ensangrentada por enfrentamientos directos entre los Altamirano, Bejarano y hallazgos: muertes, peleas, robos. De todo ello hay una casuística en la que aparece Luis como protagonista, unas veces seguramente como cabeza de su mando los Altamirano y otras por abuso de su poder.

Del matrimonio de Luis de Chaves con María de Sotomayor nacieron varios hijos varones: Nuño García de Chaves, apodado “el Tuerto”, Alonso de Sotomayor Chaves, Gutierre de Sotomayor Chaves, Diego García de Chaves; también tuvieron dos hijas, María Chaves Sotomayor y Juana de Sotomayor. De hecho esta fue la más pequeña de sus hijas y se casó con el trujillano Francisco Hinojosa, que tomó parte muy activa la lucha por el más trágico de Alcántara. Colaboró directamente en las hazañas de su marido y su padre Luis de Chaves, estaba orgulloso por el valor que demostró tener en determinados acontecimientos. Los hijos varones participaron activamente las empresas de su padre al servicio de los reyes, dando incluso su vida por ellos.

Un espolonazo cruel sacudió a la familia cuando dos de sus hijos Nuño y Martín murieron en un asedio a la fortaleza de Trujillo 1477. Por este motivo que hicieron mayorazgo ese mismo año en su segundo hijo Francisco de Chaves.

En 1490 Luis de Chaves tuvo que cambiar el mayorazgo a su nieto Juan, porque su hijo Francisco murió en la toma de Málaga en 1487. Luis falleció en 1492 y fue enterrado en su ciudad de Trujillo, en el convento de la Encarnación situada en los arrabales de la ciudad, del que Luis había sido patrono por mandato de los Reyes Católicos. Estuvo su sepulcro situado en las gradas del altar mayor junto al de su mujer con las armas de Chaves Sotomayor.

Durante el reinado del rey Alfonso XI, fue reconstruido el Alcázar por Luis de Chaves, quien acomete las reformas que luego continuarían para acentuar el carácter residencial, sin perder por ello su imponente aspecto de fortificación.

Luis de Chaves comenzó a preparar su tumba en el convento de la Encarnación, donde contaba con buenos amigos entre los dominicos y con la ayuda de su amigo Gracián de Vargas.

Determinó edificar su capilla en el altar mayor, asignando al convento pingües beneficios.

En los últimos días de su existencia los acogió con noble entereza. Tomó otro rumbo a su vida, su verdadera ocupación fue un nuevo repliegue de vida espiritual.

Luis había conocido en vida la muerte de tres de sus hijos, quedaban otros cinco más: Diego, Alonso y Gutierre de Sotomayor, y sus hijas María y Juana. El mayorazgo hecho en Francisco, al morir en la toma de Málaga, fue cambiado para su nieto Juan. Los Chaves siguieron siendo un linaje preclaro del patriciado urbano durante siglos.

En los últimos días de su vida se revuelve las memorias de sus últimos años, afloraban a veces vestigios de su educación militar y aquellos recuerdos de su infancia de aquellas robustas creencias religiosas. Luis de Chaves falleció en 1492 a los ochenta y nueve años de edad, uno de los representantes más genuinos de la nobleza castellana.

En los últimos años del siglo XV, aunque regidos por distintas leyes, los reinos de Castilla y Aragón formaban un solo poder, bajo el cetro de los monarcas católicos. España se extendió allende los mares y el ejército dirigido por el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, obtenía grandes triunfos.

El día 6 de enero de 1492, mientras agonizaba Luis de Chaves en Trujillo, en Granada se oía la voz del Heraldo y los disparos de bardas y cañones, y con un atronador tedéum cantado por el ejército, los reyes Fernando e Isabel entraban oficialmente en Granada. La unidad de la monarquía española, convertida en una realidad con la conquista de Granada, no dejó solamente glorias y triunfos a los católicos monarcas; tuvieron que enfrentarse a dos problemas eslabonados entre sí: el antagonismo de razas y la diversidad de creencias religiosas.

Trujillo no fue solo testigo de la unidad nacional durante el reinado de los monarcas católicos. Si en el siglo XV los eu-

ropeos apenas conocían, sino los mismos países que habían descrito los geógrafos griegos y romanos, a finales del siglo se empezarán a contar por centenares los extremeños que marchan con sus navíos al nuevo continente descubierto por el genovés Colón en 1492 y, entre ellos, los trujillanos, en un ambiente preñado de inquietud descubridora y dotados de una fuerza incontenible. La política religiosa de los Reyes Católicos tanto en España como en América fue el mayor y más perdurable de los bienes que España les debe ya que hicieron posible la unidad de todos los españoles.

En aquellas tres carabelas que zarparon rumbo a las Indias iban algunos extremeños, en concreto, nueve. De ellos, siete murieron en el puerto de la Natividad y solo Pedro, natural de Talavera la Vieja, y Juan Patiño, de Villanueva de la Serena, regresaron a España con Cristóbal Colón. Según se constata por un libro de cuentas de García Martínez y Pedro de Montemayor, que trata de las composiciones de bulas del obispado de Palencia de 1484: *“dio e pago mas el dicho Alonso de las cabeças por otro libramiento del dicho arçobispo que granada fecho V de mayo de XCII años (1492) a luis de santangel escribano de ración del Rey nuestro señor e por el a alonso de angulo por virtud de un poder que del dicho escribano de ración mostro, en el qual estava inserto el dicho libramiento, dozientos mill maravedises en quenta de quatrocientos mill que en el e vasco de quiroga le libro el dicho arçobispo por el dicho livramiento de dos quentos (dos millones) seiscientos cuarenta mill que ovo de aver en esta manera: un quento quinientos mill para pagar a don Isaac Abravanel por otro tanto que presto a sus Altezas para los gastos de la guerra, e el un quento ciento quarenta mill restantes para pagar al dicho escribano de ración en quenta de otro tanto que presto para la paga de las tres carabelas que sus*



*Altezas mandaron yr de armada a las yndias, e para el pago de christoval colon que va en la dicha armada, e mostro carta de pago del dicho alonso de angulo”.*

Hay varias partidas de pago que encabeza Alfonso de las Cabezas, que era tesorero de la cruzada del obispado de Badajoz en el año 1490 y del obispado de Plasencia en el año 1492. Por tanto, cuando se inicia el viaje de Colón hacia las Indias, Alfonso de las Cabezas se encontraba en Plasencia, así lo certifica el historiador franciscano Arturo Álvarez. Por tanto, la mayoría de los fondos reunidos para financiar el viaje colombino salieron de Extremadura. Alfonso de las Cabezas tenía en Trujillo un gran amigo, Luis de Chaves, desplazándose en 1492 a su sepelio. Alfonso de las Cabezas pudo conseguir tanto dinero de las limosnas que tenía reunidas como fruto de las bulas de cruzada que la Santa Sede concedía para ayudar a las guerras granadinas, en las que el propio santuario de Guadalupe aportó cuantiosa ayuda, joyas y ornamentos sagrados.

Trujillo, tierra agreste desde donde soldados y campesinos parten por el camino de Santa Ana hasta perderse en el mar del cielo. Hasta la mar océano llegaba ese azaroso camino, el de Sevilla, el camino de los conquistadores, la inmensidad del esfuerzo realizado, porque los trujillanos crearon a partir de esta aurora brillante de los descubrimientos y conquistas, la Hispanidad, en su acepción más extensa y entrañable. El lenguaje y la cultura de los pueblos hispanoamericanos en recíproca conquista. El mundo americano, el paisaje americano abierto por Trujillo al entendimiento entre culturas milenarias.

De este modo, Trujillo constituye parte importante de la hispanidad abierta, creadora y universal que surgió como consecuencia de epopeyas grandiosas de hidalgos menesterosos ansiosos de gloria. Porque el camino que lleva a la aventura nace en Trujillo y termina en América.

Atrás queda Trujillo, cuajada de casas nobles, calles que aún conservan su atmósfera de otros siglos intacta. Un ambiente que te cautiva, ese es el verdadero perfume de Trujillo, que se respira en calles repletas de leyendas, como un hálito de tiempos pasados, que vivifica ese ambiente suave y apacible del arte de la poesía.

En ese soñar y realizar tan grande está presente y lo estará siempre Trujillo.

# Índice

Capítulo I (1378—1402) .....	7
Capítulo II (1403—1433).....	31
Capitulo III (1434—1479).....	69
Capitulo IV (1479—1492) .....	113





